

● **Debates sobre el decrecimiento.** *Chato Galante y Ladislao Martínez (editores), José Manuel Naredo, Yayo Herrero, Luis González Reyes, Iñaki Bárcena* ● **Euro. ¿Salir o no salir?** *Michel Husson* ● **Marx y la Comuna. El tiempo del reloj y el tiempo de las cerezas.** *Miguel Romero*



Foto: Cynthia González

● **Debate sobre el estalinismo. Las obsesiones de Domenico Losurdo.** *Antonio Moscato* ● **El humor del 15-M contra el "neo-caca-pipi-talismo".** *María Dolores Vivero García* ● **Vota y no te metas en política. Democracia y sistema electoral.** *Pablo Iglesias Turrión*

1
el desorden
global

Euro
¿Salir o no salir?
Michael Husson **5**

2
miradas
voces

Melancólicos. *Cynthia González* **16**

3
plural
plural

Debates sobre el decrecimiento
Presentación. *Ladislao Martínez* y *Chato Galante* **21**
Reflexiones sobre la bandera del decrecimiento. *José Manuel Naredo* **23**
Decrecimiento justo o barbarie. *Yayo Herrero* y *Luis González Reyes* **36**
¿Decrecimiento? ¿Sí, gracias! 6 tesis a favor de decrecimiento sostenible...
Ñaki Barcena Hinojal **46**
Un término inconveniente.
Ladislao Martínez y *Chato Galante* **54**

4
plural2
plural2

Marx y la Comuna
El tiempo del reloj y el tiempo de las cerezas. *Miguel Romero* **63**
Polémica sobre el estalinismo
Las obsesiones de Domenico Losurto. *Antonio Moscato* **85**

5
voces
miradas

Guía del odio. Ferran Fernández (Barcelona, 1956)
Antonio Crespo Massieu **101**

6
aquí
y ahora

Humor y subversión de la Doxa. El humor del 15M contra el neo-caca-pipi-talismo.
María Dolores Vivero García **107**
Vota y no te metas en política. Democracia y sistema electoral.
Pablo Iglesias Turrión **117**

7
subrayados
subrayados

Los libros de *VIENTO SUR*. *Martí Caussa* **122**
El imposible capitalismo verde
Daniel Tanuro *Yayo Herrero* y *Manuel Garí* **122**
Juan Andrade (1897-1981) Vida y voz de un revolucionario
Pelai Pagès, Jaime Pastor y Miguel Romero (eds.)
Carlos Huerga y *Pepe Gutiérrez* **124**

propuesta
gráfica

Cynthia González

Puntos de difusión de **VIENTO SUR**

Barcelona

La Central del Raval
Elisabets nº6. (08001).

La Central
Mallorca, 237. (08008).

Laie
Pau Clans, 85. (08010).

Llibreria Documenta
Cardenal Casañas, nº4.
(08002).

Bilbao

Librería Cámara
Euskalduna, 6. (48008).

Córdoba

Espacio Social y Cultural
Al Borde
Conde de Cárdenas, 3
(14003).

Granada

Librerías Picasso
Obispo Hurtado, 5
(18002).

Huesca

Librería Anónima
Cabestany, 19. (22005).

Las Palmas de Gran Canaria

Asociación Canaria de Economía Alternativa
Café dEspacio
Cebrián, 54. (35003).

Madrid

Librería Antonio Machado
Fernando VI nº 17
(28004).

Librería Rafael Alberti

Tutor nº 57. (28008).

La Libre

Argmosa nº 39.
(28012).

La Marabunta

Torrecilla del Real, 32
(28012).

Librería Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Universidad Complutense
Campus de Somosaguas
Traficantes de sueños
Embajadores nº 35
(28012).

Kiosko

San Millán / Plaza
Casorro. (28012).

Málaga

Librería Proteo
Pta Buenaventura nº 3
(29008).

Oviedo-Uviéu

Conceyu Abiertu
La Gascona, 12 baxu A
(33001).

Tienda de Comerci

Xustu
"L'Arcu la Vieya"
El Postigu Altu 14, baxu
(33009).

Pamplona-Iruñea

Zabaldi (Casa Solidaridad)
Navarrería, 23, bajo
(31001).

La Hormiga Atómika

Liburuak
Curia 2, bajo. (31001).

Santander

La Libre (librería alternativa)
Cisneros, 17. (39001).

Sevilla

Ateneo Tierra y Libertad
Miguel Cid, 45

Valencia

Llibrería tres i quatre
Octubre Centre de Cultura Contemporània
San Ferrán, 12
(46001).

Valladolid

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
(47002).

Vitoria-Gasteiz

ESK
Beethoven, 10, bajo
(01012).

Zaragoza

Papelería Germinal
Sepulcro, 21
(50001).

Librería Antígona

Pedro Cerbuna, 25
(50009).

Librería Cálamo

Plaza San Francisco, 4
(50009).

Kioskos

- Plaza San Francisco
(50009).
- San Juan de la Cruz, 3
(50009).

Si la palabra “terrorismo” conserva aún su sentido original, si sigue significando conseguir resultados políticos por medio de aterrorizar al adversario, la política de la troika –FMI, Banco Central Europeo, Comisión Europea- debe calificarse de terrorismo económico y su adversario son las clases trabajadoras europeas.

En nuestra época, no hay política sin política de comunicación (aunque no parece que la izquierda alternativa lo tenga muy en cuenta). El terrorismo económico se difunde cada día por los medios convencionales, que dedican un espacio creciente a la intoxicación económica, por medio de un discurso protocolizado que utiliza a Grecia como paradigma: la crisis se agrava+hay que endurecer los ajustes+cuando se endurezcan, la crisis se seguirá agravando+hay que hacer nuevos ajustes+no hay alternativa.

En un mitin reciente de CC OO, su secretario general hablaba en un atril en el que se leía: *“Con nosotros hay futuro”*. La verdad es más bien la contraria: la mayoría de las y los trabajadores han dejado de creer en la capacidad de sus instrumentos tradicionales de organización –en primer lugar, las grandes organizaciones sindicales- no ya para asegurarles un futuro digno, sino ni siquiera como protección ante un futuro amenazador. Y creen también que no hay instrumentos, ni alternativas de recambio. El secretario general de CC OO les ratificará en estas ideas cuando su alternativa es: *“Que el G-20 tome iniciativas”* (sic). Si así fuera, apaga y vámonos.

El problema no está tanto en la formulación de objetivos: por ejemplo, en torno al combate contra el yugo de la deuda, hay numerosas propuestas muy bien orientadas en la larga entrevista con Eric Toussaint que publicamos en nuestra web. El problema está en cómo conseguir acciones eficaces que nos aproximen a esos objetivos. Encontrar respuestas es extremadamente difícil, pero ese es hoy el sentido fundamental de la política anticapitalista. **Michel Husson** es el economista marxista que más se arriesga en la búsqueda de políticas concretas. En el artículo que publicamos sobre la crisis del euro, propone un debate muy pertinente: *“Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar?”*.

El movimiento del 15-M se encuentra en una fase complicada. Las enormes expectativas que se crearon en las primeras semanas, y que el movimiento se creyó sobre sí mismo, pueden producir ahora un efecto de rebote y producir preocupaciones o desilusiones excesivas. Parece más razonable pensar que estamos en un cambio de marcha, desde la exaltación y el vértigo de los primeros tiempos, al tiempo largo, del trabajo a medio plazo, cuando hay que caminar no por los “terrenos liberados” de las plazas públicas, sino por los caminos ásperos del protagonismo de la política institucional y los graves ataques sociales ante los

que no bastan las denuncias, las concentraciones o las acciones locales. No hay ninguna razón para el pesimismo, pero sí hay por delante un trabajo más duro y probablemente menos gratificante del que tuvimos la alegría de vivir en mayo y junio. La condición de “nuevo sujeto político” adjudicada al 15-M quizás con demasiadas prisas no es algo adquirido, sino que debe ser conquistada y no será fácil.

El texto que publicamos de **María Dolores Vivero** analiza un aspecto que no suele considerarse en los grandes movimientos sociales: su sentido y su uso del humor. Pero el estado de ánimo de un movimiento social tiene una influencia determinante en su acción y el humor es imprescindible para conocerlo. **Pablo Iglesias** ha titulado su texto: “*Vota y no te metas en política*”. Muy oportuno es vísperas electorales.

Me cuentan que el Partido Comunista Griego difunde en la plaza Syntagma una oferta para comprar la obras completas de Stalin con un importante descuento. Se podría tomar a broma, si no fuera porque este partido, al que llamarle estalinista es un eufemismo, es de lejos la primera fuerza a la izquierda del PASOK, y mientras intenta vender obras de Stalin, organiza a miles de jóvenes. Es desesperante, pero es así. La crítica radical de estalinismo no es un tema del siglo XX. Debería formar parte de la memoria de la izquierda alternativa del siglo XXI. El libro de Domenico Losurdo que ha publicado El Viejo Topo enturbia esa memoria. **Antonio Moscato** la restablece en el artículo que publicamos.

M.R.

Carlos Azagra



1 el desorden global

Euro

¿Salir o no salir?

Michel Husson

El desarrollo de la crisis puede resumirse de forma simple: el capitalismo se ha reproducido durante los dos decenios que han precedido a la crisis acumulando una montaña de deudas. Para evitar el hundimiento del sistema, los Estados han asumido lo esencial de estas deudas que de privadas han pasado a ser públicas. Su proyecto es de ahora en adelante presentar la factura a los ciudadanos bajo forma de recortes presupuestarios, de aumento de los impuestos más injustos y de congelación de los salarios. En resumen, la mayoría de la población (las y los trabajadores y jubilados) debe asegurar la realización de beneficios ficticios acumulados durante largos años.

El gusano estaba en la fruta. Querer construir un espacio económico con una moneda única, pero sin presupuesto, no era un proyecto coherente. Una unión monetaria truncada se convierte en una máquina de fabricar heterogeneidad y divergencia. Los países que conocen una inflación superior a la media pierden en competitividad, son incitados a basar su crecimiento en el sobreendeudamiento.

Retrospectivamente, por otra parte, la opción del euro no tenía justificación evidente en relación a un sistema de moneda común, con un euro convertible para las relaciones con el resto del mundo, y monedas reajustables en el interior. En realidad, el euro estaba concebido como un instrumento de disciplina presupuestaria y, sobre todo, salarial. Siendo imposible el recurso a la devaluación, el salario se convertía en la única variable de ajuste.

Sin embargo, el sistema ha funcionado más o menos gracias al sobreendeudamiento y, al menos en un primer momento, a la bajada del euro en relación al dólar. Estos recursos no podían sino agotarse, y las cosas comenzaron a estropearse con la política alemana de deflación salarial que le ha conducido a aumentar su parte de mercado, sobre todo en el interior de la zona euro. Incluso si la zona euro estaba globalmente en equilibrio, ha aumentado el hueco entre los excedentes alemanes y los déficit de la mayoría de los demás

“¿Produzcamos más para poder crear empleos? Es tomar las cosas al revés”

países. Las tasas de crecimiento de los países de la zona euro no se han acercado: han tenido, al contrario, tendencia a diverger, ya desde la puesta en pie del euro.

Esta configuración no era sostenible. La crisis ha acelerado brutalmente los procesos de fragmentación y la especulación financiera, ha hecho aparecer a la luz del día las tensiones inherentes a la Europa neoliberal. La crisis ha profundizado la polarización de la zona euro en dos grupos de países. De un lado, Alemania, los Países Bajos y Austria gozaban de importantes excedentes comerciales y sus déficit públicos seguían siendo moderados. Del otro, se encontraban ya los famosos “PIGS” (Portugal, Irlanda, Grecia, España) en una situación inversa: fuertes déficit comerciales y déficit públicos ya por encima de la media. Con la crisis, los déficit públicos han aumentado en todas partes pero mucho menos en el primer grupo de países que conservan excedentes comerciales. En todos los demás países, la situación se degrada con la explosión de los déficit públicos, y un desequilibrio creciente de la balanza comercial. En Europa, la crisis de las deudas soberanas ha acelerado el giro hacia la austeridad que estaba programado de todas formas. La especulación contra Grecia, luego Irlanda y Portugal no ha sido posible más que porque no ha habido ninguna medida de control de los bancos, ni de toma en cargo conjunta de las deudas a escala europea. Son, por otra parte, los bancos centrales los que proporcionan las municiones, prestando a los bancos al 1% el dinero que será luego utilizado para beneficiarse de la subida de las tasas de interés pagadas por los Estados, y embolsarse la diferencia.

Con el endeudamiento público tomando el relevo al endeudamiento privado, la crisis financiera se reanuda en este terreno. Desde este punto de vista, los planes de salvamento del euro son en realidad planes de salvamento de los bancos europeos que poseen una buena parte de la deuda de los países amenazados. Los ataques especulativos son utilizados como argumento en favor de un paso rápido a planes de austeridad drásticos. Es un sinsentido que no puede desembocar más que en una nueva recesión, incluso en Alemania donde las exportaciones hacia los países emergentes no podrán compensar las pérdidas en los mercados europeos.

En el fondo, los gobiernos europeos no tienen más que un solo objetivo: volver lo más rápidamente posible al *business as usual*. Pero este objetivo no puede ser alcanzado, precisamente porque todo lo que había permitido gestionar las contradicciones de una integración monetaria defectuosa ha sido hecho inutilizable por la crisis. Estos elementos de análisis son hoy bastante ampliamente compartidos. Conducen sin embargo a pronósticos y orientaciones opuestas: estallido de la zona euro, o refundación de la construcción europea.

Por una refundación de Europa

El principio esencial, es la satisfacción óptima de las necesidades sociales. El punto de partida es, pues, el reparto de las riquezas. Desde el punto de vista capitalista, la salida de la crisis pasa por una restauración de la rentabilidad y, por tanto, por una presión suplementaria sobre los salarios y el empleo.

Pero es la parte de la renta nacional sangrada de los salarios la que ha alimentado las burbujas financieras. Y son las contrarreformas neoliberales las que han aumentado los déficit, antes incluso del estallido de la crisis.

Por tanto la ecuación es sencilla: no se saldrá de la crisis por arriba sin una modificación significativa del reparto de las rentas. Esta cuestión viene antes de la del crecimiento. Ciertamente, un crecimiento más sostenido sería favorable al empleo y a los salarios (aún cuando haya que discutir su contenido desde un punto de vista ecológico) pero, de todas formas, no se puede contar con esta variable si, al mismo tiempo, el reparto de las rentas se vuelve cada vez más desigual.

Hay, pues, que atenuar las desigualdades: de un lado, con el aumento de la masa salarial; del otro, con la reforma fiscal. La puesta al día de la parte de los salarios podría seguir una regla de los tres tercios: un tercio para los salarios directos, un tercio para el salario socializado (la protección social) y un tercio para la creación de empleos mediante la reducción del tiempo de trabajo. Esta progresión se haría en detrimento de los dividendos, que no tienen ninguna justificación económica ni utilidad social. El déficit presupuestario debería ser progresivamente reducido, no por un recorte en los gastos, sino por una refiscalización de todas las formas de rentas que han sido poco a poco dispensadas de impuestos. En lo inmediato, el coste de la crisis debería ser asumido por sus responsables o, dicho de otra forma, la deuda debería ser en gran parte anulada y los bancos nacionalizados.

El paro y la precariedad eran ya las taras sociales más graves de este sistema: la crisis los endurece aún más, tanto más cuanto que los planes de austeridad van a provocar recortes en las condiciones de existencia de los más desfavorecidos. Ahí también, un hipotético crecimiento no debe ser considerado como el camino real. ¿Produzcamos más para poder crear empleos? Es tomar las cosas al revés. Hay que operar aquí un cambio total de perspectiva y tomar la creación de empleos útiles como punto de partida. Sea por reducción del tiempo de trabajo en el sector privado o por creaciones de puestos en las administraciones, servicios públicos y colectividades, hay que partir de las necesidades y comprender que son los empleos los que crean riqueza (no forzosamente mercantil). Y esto permite establecer una pasarela con las preocupaciones medioambientales: la prioridad al tiempo libre y la creación de empleos útiles son dos elementos esenciales de todo programa de lucha contra el cambio climático.

La cuestión del reparto de las rentas es, pues, el buen punto de enganche, alrededor de este sencillo principio: “no pagaremos por su crisis”. Esto no

“Dar a entender que la salida del euro podría en sí misma mejorar la correlación de fuerzas en favor de los trabajadores es el error de análisis fundamental”

tiene nada que ver con un “relanzamiento por los salarios”, sino con una defensa de los salarios, del empleo y de los derechos sociales sobre la que no debería haber discusión. Se puede entonces plantear la noción complementaria de control: control sobre lo que hacen de sus ganancias (entregar dividendos o crear empleos); control sobre la utilización de los impuestos (subvencionar a los bancos o financiar los servicios públicos). El desafío es cambiar la orientación de la

defensa al control y sólo esta reorientación puede permitir que el cuestionamiento de la propiedad privada de los medios de producción (el verdadero anticapitalismo) adquiera una audiencia de masas.

Como resume bien Özlem Onaran^{1/}: “*Emerge un consenso entre las fuerzas anticapitalistas europeas alrededor de una estrategia fundada en cuatro pilares: 1) resistencia a las políticas de austeridad; 2) reforma fiscal radical y control de los capitales; 3) nacionalización /socialización de los bancos bajo control democrático; 4) auditoría de la deuda bajo control democrático seguida de un eventual default (suspensión de pagos)*”.

¿Salida del euro?

¿Cuál sería la ventaja de una salida del euro? El argumento principal es que haría posible una devaluación de la nueva moneda que restablecería la competitividad del país considerado. Devolvería al Banco central la posibilidad de emitir moneda a fin de financiar de otra forma su déficit. Los más optimistas ven ahí un medio de reindustrializar una economía, de alcanzar un crecimiento más elevado y de crear empleos.

La fusión de las monedas nacionales en el seno del euro ha retirado una variable de ajuste esencial, la tasa de cambio. Los países cuya competitividad-precio retrocede no tienen otro medio, en el marco europeo actual, que el freno de los salarios y la huída hacia adelante en el endeudamiento. Es cierto, pero eso no impide que el guión de salida del euro sea incoherente.

La salida del euro no resolvería en nada la cuestión de la deuda y, al contrario, la agravaría en la medida en que la deuda a no residentes sería inmediatamente aumentada con la tasa de devaluación. La reestructuración de la deuda debería pues, en cualquier caso, ser realizada antes de la salida del euro.

Volver a una moneda nacional en el caso de países que registran importantes déficit exteriores les somete directamente a la especulación sobre la mone-

^{1/} Onaran, Ö. (2011) “An internationalist transitional program towards an anti-capitalist Europe”, *International Viewpoint*, 435, abril 2011. Disponible en: <http://internationalviewpoint.org/spip.php?article2096>

da. La pertenencia al euro tenía al menos la ventaja de preservar a los países de esos ataques especulativos: así el déficit comercial de España había llegado al 9% del PIB sin efecto, evidentemente, sobre “su” moneda.

Una devaluación hace los productos de un país más competitivos, en cualquier caso hacia los países que no devalúan. Sería preciso pues que la salida del euro no afectara más que a un pequeño número de países. Es pues una solución nacional no cooperativa en la que un país intenta ganar partes de mercado sobre sus socios comerciales. Pero una devaluación hace aumentar los precios de las importaciones, que repercuten sobre la inflación interna y puede anular en parte las ganancias de competitividad sobre los precios a la exportación. El economista Jacques Sapir, que ha establecido un plan de salida del euro para Francia^{2/}, reconoce que la inflación “*impondrá devaluaciones regulares (todos los años o cada 18 meses)*” para mantener la tasa de cambio real constante. Esto equivale a aceptar un bucle inflación-devaluación sin fin. La competitividad de un país se basa en elementos materiales: las ganancias de productividad, la innovación, la especialización industrial, etc. Pensar que la manipulación de las tasas de cambio puede bastar para asegurar la competitividad es, en gran medida, una ilusión. Es por lo que no hay casi ninguna experiencia de devaluación que no se haya traducido en un aumento de la austeridad que recae en definitiva sobre los asalariados. Para que la devaluación sirva para poner en marcha un reparto diferente de las rentas y un modelo diferente de crecimiento, sería necesario que las correlaciones de fuerzas sociales hayan sido profundamente transformadas. Hacer de la salida del euro una cuestión previa equivale, pues, a invertir las prioridades entre transformación social y tasa de cambio. Hay ahí un deslizamiento extremadamente peligroso. En su documento, Jacques Sapir subraya que la “*nueva moneda debería entonces ser insertada en los cambios de política macroeconómica e institucional (...) si se quiere que dé todos los efectos esperados*”. Entre esos cambios, cita una recuperación de los salarios, el mantenimiento de los sistemas sociales, un control estricto de los capitales, la requisa del Banco de Francia, el control del Estado sobre los bancos y los seguros. Pero todas estas medidas deberían haber sido impuestas antes incluso de todo proyecto de salida del euro.

Por otra parte, un gobierno de transformación social cometería un terrible error estratégico comenzando por salir del euro, puesto que se expondría así a todas las medidas de represalia.

Políticamente, es muy grande el riesgo de dar una legitimidad de izquierda a los programas populistas. En Francia, el Frente Nacional hace de la salida del euro uno de los ejes de su política. Enlaza con una lógica nacional-socia-

^{2/} Sapir, J. (2011) “S’il faut sortir de l’Euro, document de travail, 6/04/2011”. Disponible en : <http://gesd.free.fr/sapirsil.pdf>

“ Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar?”

lista que combina el discurso xenófobo con una lectura que hace de la integración europea la fuente exclusiva de todos los males económicos y sociales.

Es el fondo de la cuestión. La mundialización y la integración europea neoliberales refuerzan la correlación de fuerzas a favor del capital. Pero no es posible hacer de ello la causa única, como si un mejor reparto de las riquezas pudiera

establecerse espontáneamente, en el interior de cada país, con la única condición de tomar medidas proteccionistas. Dar a entender que la salida del euro podría en sí misma mejorar la correlación de fuerzas en favor de los trabajadores es en el fondo el error de análisis fundamental. Basta sin embargo considerar el ejemplo británico: la libra esterlina no forma parte del euro, pero eso no pone a la población al abrigo de uno de los planes de austeridad más brutales de Europa.

Los partidarios de la salida del euro plantean otro argumento: la salida del euro sería una medida inmediata, relativamente fácil de tomar, mientras que una perspectiva de refundación europea sería algo inalcanzable. Este argumento deja de lado la posibilidad misma de una estrategia de ruptura, que no presupone que se produzca de forma simultánea en todos los países europeos.

Por una estrategia de ruptura y de extensión

La opción parece, pues, estar entre una aventura azarosa y una armonización utópica. La cuestión política central es entonces salir de ese dilema. Para intentar responder a ello, hay que trabajar la distinción entre los fines y los medios. El objetivo de una política de transformación social es, una vez más, asegurar al conjunto de las y los ciudadanos una vida decente en todas sus dimensiones (empleo, salud, jubilación, vivienda, etc.). El obstáculo inmediato es el reparto de las rentas que hay que modificar en la raíz (entre beneficios y salarios) y corregir a nivel fiscal. Es preciso, pues, tomar un conjunto de medidas que apunten a deshinchar las rentas financieras y a realizar una reforma fiscal radical. Estos objetivos pasan por la puesta en cuestión de los intereses sociales dominantes, de sus privilegios y este enfrentamiento se desarrolla ante todo en un marco nacional. Pero las bazas de la clase dominante y las medidas de represalia posibles superan ese marco nacional: se invoca inmediatamente la pérdida de competitividad, las fugas de capitales y la ruptura con las reglas europeas.

La única estrategia posible debe entonces apoyarse en la legitimidad de las soluciones progresistas, que resulta de su carácter eminentemente cooperativo. Todas las recomendaciones neoliberales remiten en última instancia a la bús-

queda de la competitividad: hay que bajar los salarios, reducir las “cargas” para, a fin de cuentas, ganar partes de mercado. Como el crecimiento será débil en el período abierto por la crisis en Europa, el único medio para un país de crear empleos, será quitárselos a los países vecinos, tanto más cuanto que la mayoría del comercio exterior de los países europeos se hace en el interior de Europa. Es cierto incluso para Alemania (primero o segundo exportador mundial con China), que no puede contar sólo con los países emergentes para tirar de su crecimiento y de sus empleos. Las salidas de crisis neoliberales son, pues, por naturaleza no cooperativas: no se puede ganar más que contra los demás, y éste es por otra parte el fundamento de la crisis de la construcción europea.

En cambio, las soluciones progresistas son cooperativas: funcionan tanto mejor en la medida en que se extienden a un mayor número de países. Si todos los países europeos redujeran la duración del trabajo y aumentararan los impuestos a las rentas del capital, esta coordinación permitiría eliminar las consecuencias a las que sería expuesta esta misma política llevada a cabo en un solo país. La vía a explorar es, pues, la de una estrategia de extensión que podría seguir un gobierno de la izquierda radical:

1) Se toman unilateralmente las “buenas” medidas (por ejemplo, un impuesto sobre las transacciones financieras).

2) Se les añaden medidas de protección (por ejemplo, un control de los capitales).

3) Se acepta el riesgo político de infringir las reglas europeas.

4) Se propone modificarlas extendiendo a escala europea las medidas tomadas.

5) No se excluye un pulso y se usa la amenaza de la salida del euro.

Este esquema toma en consideración que no se puede condicionar la puesta en marcha de una “buena” política a la constitución de una “buena” Europa. Las medidas de represalia de todo tipo deben ser anticipadas por medio de medidas que, efectivamente, recurren al arsenal proteccionista. Pero no se trata de proteccionismo en el sentido habitual del término, pues ese proteccionismo protege una experiencia de transformación social y no los intereses de los capitalistas de un país dado frente a la competencia de los demás. Es pues un proteccionismo de extensión, cuya lógica es desaparecer a partir del momento en que las “buenas” medidas sean generalizadas.

La ruptura con las reglas europeas no se hace sobre una cuestión de principio, sino a partir de una medida justa y legítima, que corresponde a los intereses de la gran mayoría y que es propuesta como paso a seguir a los países vecinos. Esta experiencia de cambio permite entonces apoyarse en la movilización social en los demás países y construir así una correlación de fuerzas que puede influir en las instituciones europeas. La experiencia reciente del plan de salvamento del euro ha mostrado, por otra parte, que no había necesidad de cam-

“La opción parece estar entre una aventura azarosa y una armonización utópica. La cuestión política central es salir de ese dilema”

biar los tratados para dejar de lado un cierto número de sus disposiciones.

La salida del euro no es ya, en este esquema, un previo. Es, al contrario, un arma para utilizar como último recurso. La ruptura debería más bien hacerse sobre dos puntos que permitirían conseguir verdaderos márgenes de maniobra: nacionalización de los bancos y denuncia de la deuda.

Ruptura y refundación

El primer punto de apoyo es la capacidad de atacar los intereses capitalistas: el país innovador puede reestructurar su deuda, nacionalizar los capitales extranjeros, etc., o amenazar con hacerlo. Incluso en el caso de un pequeño país, la capacidad de respuesta es considerable, si se tiene en cuenta la imbricación de las economías y de los mercados financieros. Muchos podrían perder en ello, por ejemplo los bancos europeos en el caso de Grecia. En lugar de arrodillarse literalmente ante las finanzas, Papandreu habría podido entablar un pulso diciendo: “*Grecia no puede pagar, por tanto hay que discutir*”. Es lo que hizo Argentina suspendiendo su deuda en 2001 y obteniendo una renegociación de su deuda.

Pero el principal punto de apoyo residiría en el carácter cooperativo de las medidas tomadas. Es una enorme diferencia con el proteccionismo clásico que intenta siempre en el fondo sacar sus castañas del fuego quitando partes de mercado a sus concurrentes. Todas las medidas progresistas, al contrario, son tanto más eficaces en la medida en que se generalizan a un mayor número de países. Habría pues que hablar aquí de una estrategia de extensión que repose en el discurso siguiente: “*Afirmamos nuestra voluntad de tasar el capital y tomamos las medidas de protección adecuadas. Pero es esperando que esta medida, como la proponemos, sea extendida al conjunto de Europa*”. Es, pues, en nombre de una Europa diferente como sería asumida la ruptura con la Europa realmente existente. Más que oponerlas, hay que reflexionar sobre la articulación entre ruptura con la Europa neoliberal y proyecto de refundación europea.

El proyecto y la correlación de fuerzas

Un programa que sólo intentara regular el sistema de forma marginal estaría no sólo subdimensionado, sino que sería también poco movilizador. En sentido inverso, una perspectiva radical corre el riesgo de desanimar ante la amplitud de la tarea. Se trata de alguna forma de determinar el grado óptimo de radicalidad. La dificultad no es tanto elaborar dispositivos de orden técnico: es evidentemente indispensable y es un trabajo ampliamente adelantado, pero

ninguna medida hábil puede permitir esquivar el enfrentamiento inevitable entre intereses sociales contradictorios.

Sobre los bancos, el abanico va desde la nacionalización íntegra a la regulación, pasando por la constitución de un polo financiero público o la puesta en pie de una reglamentación muy exigente. La deuda pública puede por su parte ser anulada, suspendida, renegociada, etc. La nacionalización íntegra de los bancos y la denuncia de la deuda pública son medidas legítimas y económicamente viables, pero pueden parecer inalcanzables, debido a la correlación de fuerzas actual. Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar? No corresponde a los economistas zanjar este debate y por eso, más que proponer un conjunto de medidas, este artículo ha intentado plantear cuestiones de método y subrayar la necesidad, para una verdadera salida de la crisis, de tres ingredientes indispensables:

- 1) Una modificación radical del reparto de las rentas.
- 2) Una reducción masiva del tiempo de trabajo.
- 3) Una ruptura con el orden mundial capitalista, comenzando por la Europa realmente existente.

El debate no puede ser encerrado en una oposición entre antiliberales y anticapitalistas. Esta distinción tiene evidentemente un sentido, según que el proyecto sea librar al capitalismo de la finanza o librarnos del capitalismo. Pero esta tensión no debería impedir hacer un largo camino juntos, a la vez que se lleva a cabo este debate. El “programa común” podría basarse aquí en la voluntad de imponer otras reglas de funcionamiento al capitalismo. Y ésta es claramente la línea de división entre la izquierda radical de ruptura y el social liberalismo de acompañamiento. En todo caso, la tarea prioritaria para la izquierda radical es construir un horizonte europeo común que sirva de base a un verdadero internacionalismo.

18/07/2011

Michel Husson es economista. Pueden consultarse sus obras en castellano en <http://hussonet.free.fr/espanol.htm>

Traducción: Alberto Nadal para *VIENTO SUR*

alimentar **el pensamiento**
la revuelta
organizar

Los libros de Viento Sur

nueva colección en la editorial

La Oveja Roja



2 miradas voces



Cynthia González



Melancólicos

Cynthia González

Nos encontramos frente a la obra de una fotógrafa consumada. Tanto su excelente técnica como su lenguaje personal, original y sugerente así nos lo confirma. Sus diferentes proyectos *Mood* (reflexión sobre edificios en ruinas, abandonados, solitarios), *Yo es otro* (se fraguó en un espacio doméstico de La Habana y termina en Madrid advirtiendo del nomadismo viajero de la cultura cubana); pequeños vídeos vitalistas como *Dancing in the street*, o culturales en los que da cuenta, por ejemplo, del montaje de las exposiciones *El sudario* o *la librería* de Fernando Bermejo. Me interesa señalar su participación en *Artesles*. Se trata de un festival de arte al aire libre que se desarrolla cada año en Esles, en el Valle de Santa María de Cayón en Cantabria que merece destacarse por su continuidad y su innovación en materia visual, artística y musical.

En el proyecto *Los melancólicos*, que presentamos aquí, encontramos imágenes muy preparadas, lo opuesto al famoso *momento decisivo*. Son seres que no se encuentran situados en el mundo, incógnitas ante el futuro, confusos en sus orígenes y su entorno. Surgen de la tierra, se cuestionan su propio camino marcado... nos interrogan desde su identidad.

En su página web, podemos ver todas las imágenes de sus trabajos y, sobre todo, sus vídeocreaciones. <http://www.cynthiagonzalez.es/>

Carmen Ochoa Bravo









3 plural plural

Debates sobre el decrecimiento

Si hubiera que definir el ecologismo social deberíamos referirnos a un movimiento amplio y diverso, que sitúa el origen de la crisis ecológica en el modelo de producción y consumo del sistema, del que se derivan a su vez otros graves problemas sociales. Desde su inicio se ha caracterizado por su voluntad explícita de desarrollar un pensamiento propio y su interés en participar, junto a otros movimientos, en el impulso de todo tipo de iniciativas y conflictos sociales. Se trata sin duda de un ecosistema inquieto, con una saludable tendencia al debate y a la puesta en cuestión de las ideas propias y ajenas.

En esta corriente viene desarrollándose en los últimos años un intenso debate sobre la teoría del decrecimiento formulada por Serge Latouche (*La apuesta por el decrecimiento*, Barcelona, Icaria, 2008). Debate que abarca desde aspectos teóricos sustantivos, particularmente relacionados con aportaciones conceptuales de la economía ecológica, a cuestiones tácticas como la utilidad o no de impulsar una definición de la corriente alrededor de este término, pasando por debates de un significativo calado político como su papel en una estrategia de cambio del modelo de sociedad.

Probablemente hace tiempo que deberíamos haber tratado este tema en un *Plural*, pero también es cierto que este es un momento muy oportuno para hacerlo y que nos permite abordarlo con mayor claridad. Váyase lo uno por lo otro. Hemos intentado abordar el debate en toda su amplitud, procurando que las distintas aportaciones dieran una visión suficiente sobre el conjunto de temas que abarca. Además, como siempre, pretendemos recoger opiniones significativas de las distintas opiniones presentes. Creemos haberlo conseguido, pero sin duda quedan temas y puntos de vista del mayor interés que podremos publicar más adelante.

José Manuel Naredo es el referente principal de nuestro país en el campo de la economía ecológica; con este trabajo se estrena en una colaboración que esperamos larga y fructífera con nuestra revista. Partiendo de un recuadro que recoge una crítica sistemática del decrecimiento, desarrolla su elaboración en dos planos. Por una parte, analiza los problemas para la utilización del término en el conjunto de la sociedad, más allá de su papel como aglutinante de

gente crítica con el sistema, ya convencida y que sobreentiende su significado. Por otra, critica su falta de un respaldo conceptual sólido, sin el cual difícilmente puede construirse una alternativa sólida y creíble al sistema económico actual.

Yayo Herrero y Luís González Reyes, reconocidos representantes de Ecologistas en Acción, parten en su artículo de señalar los límites del planeta como frontera insuperable por un supuesto crecimiento económico ilimitado consustancial al capitalismo. A continuación abordan la relación del decrecimiento con distintas variables sociopolíticas: calidad de vida, trabajo, empleo y distribución de la riqueza. Por último, cierran su aportación con un interesante apartado que propone diversas prácticas de decrecimiento a nivel macroeconómico.

Iñaki Barcena, profesor de la UPV-EHU y miembro de Ekologistak Martxan, a partir de una caracterización de la situación actual del movimiento *decrecentista* articula su discurso en torno a seis tesis, que van desde el análisis de su carácter de herramienta frente a la insostenibilidad económica y ecológica hasta su papel en la formación de alternativas poscapitalistas, pasando por su utilidad para establece alianzas con el Sur global o la caracterización del pico del petróleo como inevitable mensajero del decrecimiento económico.

Ladislao Martínez miembro de ATTAC, Izquierda Anticapitalista y Ecologistas en Acción y **Chato Galante**, miembro de Ecologistas en Acción, analizan el decrecimiento en función de su aportación a los postulados básicos del ecologismo social y su utilidad política para este movimiento. Tras apuntar las limitaciones teóricas del concepto y señalar la existencia de mejores fórmulas de identificación, se detienen en la crítica del contenido del pensamiento *decrecentista* a la hora de elaborar una alternativa estratégica al sistema, para acabar insistiendo en la necesidad de encontrar espacios para la reflexión y la acción común.

Ladislao Martínez y Chato Galante (editores).



1. Debates sobre el decrecimiento

Reflexiones sobre la bandera del decrecimiento

José Manuel Naredo

Tras ser invitado por los redactores de esta revista a reflexionar sobre la bandera del *decrecimiento* que enarbolan ahora muchos compañeros del movimiento ecologista, en principio, pensé hacerlo también sobre el *antineoliberalismo* que abraza la mayoría de los críticos del actual sistema socioeconómico, pues ambos responden con el contrario al “pie forzado” que nos marca la ideología dominante, en vez de emanciparse de ella pensando libremente al margen suyo. Pero, al ser temas tan diferentes, he optado por dejar los comentarios de este último para otra ocasión.

Hace ya algún tiempo que expresé mis puntos de vista sobre el tema del decrecimiento respondiendo a la pregunta que me hizo Jorge Riechmann en las conversaciones sobre la crisis y sus alternativas que componen la segunda parte de un libro reciente: empezaré por transcribir estos comentarios para ampliarlos después [*A continuación se reproducen estos párrafos tomados del libro de Naredo (2009), pp. 314-318*].

Jorge Riechmann: ...¿qué opinión te merecen las propuestas de decrecimiento que se han avanzado en los últimos años?, sobre todo en Francia donde han dado origen a cierto movimiento social. Sabes que hay ahí toda una serie de gente, entre los cuáles quizás el más conocido es Latouche, pero con cierto tirón entre el movimiento ecologista también por aquí.

José Manuel Naredo: Sí claro, conozco esta corriente que empezó enarbolando en Francia la bandera de decrecimiento. Buena parte de su integrantes, y el propio Latouche, forman parte de la asociación “La ligne d’horizon” de “amigos de François Partant”, autor, entre otras cosas, de un libro titulado *El fin del desarrollo* publicado hace un cuarto de siglo y reeditado con el apoyo de esa asociación. Ellos

me invitaron, incluso, a dar una charla en París, con motivo de los actos organizados el veinte aniversario de la muerte de Partant. También conozco la extensión de esa corriente de ideas en nuestro país.

Para responder a tu pregunta, creo que hay que diferenciar si se usa el término “decrecimiento” simplemente para llamar la atención, como título de un libro,... o de una revista, o si se toma en serio como concepto para articular sobre él una verdadera meta o propuesta alternativa al actual sistema económico. En el primer caso el empleo de la palabra podría ser acertado. Este es, por ejemplo, el caso de la revista que se publica en Francia con el título *La décroissance*: se trata de una revista de crítica radical del desarrollismo imperante, que hace bien en subrayar con tintes surrealistas los absurdos que la mitología del crecimiento conlleva y en utilizar ese título a modo de desafío o de provocación frente al pensamiento económico ordinario. Ese fue también el caso del libro *Demain la décroissance*, que publicó hace treinta años y reeditó (con el título *La décroissance*) hace más de diez, mi amigo Grinevald, en el que introducía y traducía al francés algunos textos clave de Georgescu-Roegen y del que conservo un ejemplar dedicado por el autor. Ese título respondía más a una ocurrencia publicitaria provocadora, orientada a pillar a contrapié la palabra y el mito del crecimiento económico, que a un intento serio de proponer el decrecimiento como meta o alternativa. Pues ni la introducción, ni los textos presentados en el libro, tejen en torno al decrecimiento ninguna propuesta o enfoque alternativo. La palabra apenas figura en el texto y, desde luego, brilla por su ausencia en el “programa bioeconómico mínimo” propuesto por Georgescu-Roegen. Por lo tanto, resulta engañoso presentar a ambos autores como pioneros del decrecimiento como propuesta.

En lo referente al segundo de los usos indicados, tengo que decir que me parece desacertada la elección del término decrecimiento para articular sobre él un enfoque económico alternativo al actualmente dominante. Pues para que un término con pretensiones políticas cumpla bien esa función, necesita tener a la vez un respaldo conceptual y un atractivo asegurados, de los que carece el término decrecimiento.

La noción ordinaria de crecimiento económico encuentra ese respaldo conceptual en el reduccionismo pecuniario de la idea usual de sistema económico y de los agregados que lo cuantifican en el sistema de cuentas nacionales al uso. Ya vimos que la mitología del crecimiento se apoya en la metáfora de la producción, que oculta el lado oscuro e indeseado del proceso económico. Ya comentamos que lo

que se entiende normalmente por crecimiento no es otra cosa que el crecimiento del producto o renta nacional. Y en este marco de referencia, el decrecimiento tiene también nombre propio: se llama recesión y conlleva la caída de esa renta o producto nacional y el empobrecimiento del país, con consecuencias sociales generalmente indeseadas. Por lo que, de entrada, el objetivo del decrecimiento no puede resultar atractivo para la mayoría de la población, tributaria de la ideología económica dominante. Pero la idea general del decrecimiento tampoco encuentra solidez conceptual fuera del reduccionismo propio del enfoque económico ordinario. Pues desde los enfoques abiertos y multidimensionales de la economía ecológica, o desde lo que yo llamo el enfoque eco-integrador, no hay ninguna variable general de síntesis cuyo crecimiento, o decrecimiento, se pueda considerar inequívocamente deseable. Esto lo explicaba ya con claridad en la primera edición de mi libro *La economía en evolución*, de 1987 (3ª ed. 2003, pp. 514-515). En el último capítulo, sobre los nuevos enfoques de lo económico, señalaba que *“los elementos que componen mi propuesta de enfoque ecointegrador, al no ser expresables en una única magnitud homogénea, no pueden dar lugar a ningún saldo o indicador global cuyo crecimiento (o decrecimiento) se estime inequívocamente deseable. Y por este mismo motivo el enfoque ecointegrador no debe asumir tampoco el objetivo del “crecimiento cero” (que entonces estaba de moda, como tampoco el del “decrecimiento” que ahora lo sustituye). Pues la reconversión propuesta del sistema económico entrañará, sin duda, la expansión de ciertas actividades y la regresión de otras, el uso acrecentado de ciertos materiales y energías y la regresión de otras. Por ejemplo, desde este enfoque tiene sentido proponer la reducción del consumo de energía fósil y contaminante, pero no el de la energía solar y sus derivados renovables, que se acaban disipando igual aunque no se usen”*.

De ahí que el movimiento ecologista que defiende el decrecimiento, tiene que empezar a ponerle apellidos sobre la marcha para que el objetivo resulte inteligible y razonable desde fuera del enfoque económico ordinario. Se dice así defender el decrecimiento del consumo superfluo, de la exigencia de energía fósil y contaminante, de determinados materiales,... o de la generación de residuos, sin erosionar, se matiza a veces, la calidad de vida de la gente. Pero el objetivo de hacer que decrezcan las exigencias materiales del proceso económico, coincide *grosso modo* con el de la llamada “desmaterialización” de la vida económica, lo que introduce cierto elemento de confusión. Pues los propios defensores del sistema actual han veni-

do afirmando la “desmaterialización” como tendencia que estaba teniendo lugar, ilustrada por la disminución del requerimiento de energía y/o materiales por unidad de renta observada en algunos países ricos. Se ha confundido, así, esta tendencia, que no tiene nada de sorprendente (ya que es un simple corolario de la por mi denominada *Regla del Notario*), con la disminución de los requerimientos totales de energía y materiales per cápita, que está bien lejos de producirse (Naredo, 2010). En suma, que creo que los objetivos borrosamente apuntados por los defensores del “decrecimiento”, quedarían mucho mejor expresados por el eslogan “*mejor con menos*”, puesto que hace referencia a una ética de la contención voluntaria, no sólo medida en términos físicos, sino también pecuniarios y de poder, a la vez que afirma el disfrute de la vida.

Considerando, como subraya Georgescu-Roegen, que la Tierra es un sistema cerrado en materiales, lo que permite verla como un gran almacén de recursos naturales, el creciente uso y deterioro de estos recursos que genera la actual civilización industrial, no puede menos que apuntar a una merma en las disponibilidades y a un menor uso futuro de los mismos. Desde esta perspectiva, el “decrecimiento” en el uso de determinados recursos será el horizonte obligado hacia el que apuntan las tendencias en curso. Aprovechando esta evidencia, Serge Latouche propone prever y planificar este “decrecimiento” para evitar que se produzca de forma dramática y habla de la necesidad de aplicar una lógica económica diferente para conseguirlo, que es lo que yo vengo proponiendo desde hace tiempo. Llegados a este punto, creo que el principal objetivo a plantear es cambiar esa lógica y reconvertir el metabolismo económico de la sociedad. El problema estriba en que anteponer el objetivo del “decrecimiento” genera confusión cuando permanece en vigor la mitología del crecimiento y cuando los objetivos más generales de “cambio” y “reconversión” del sistema económico están todavía lejos de ser comprendidos y asumidos por la población. Por lo que creo que el movimiento ecologista tendría, sobre todo, que hacer más hincapié en ellos y en la propuesta “mejor con menos”, que sustituye con ventaja a la del “decrecimiento”.

Oscar Carpintero: Esto está relacionado con el horizonte de crisis ecológica hacia el que nos arrastra la actual civilización. Aunque hayamos decidido centrar más estas reflexiones sobre la crisis económica, no estaría de más que definieras en dos palabras cómo ves ese horizonte de crisis ecológica.

José Manuel Naredo: Ya hemos señalado que el metabolismo de la sociedad industrial arrastra hacia un creciente deterioro de la base de

recursos planetaria, con una creciente polarización social y territorial. A partir de mis trabajos con Antonio Valero (*se da cuenta de estos trabajos en mis libros, Naredo 2009 y 2010, incluidos entre las referencias del final*) sobre la evolución de la corteza terrestre, el agua y la atmósfera y sobre la composición del estado de máxima entropía hacia la que tiende nuestro planeta, he podido concluir que si la vida surgió y evolucionó en la Tierra a partir, como se dice, de una “sopa primigenia”, la civilización industrial la está empujando hacia una especie de “puré póstumo” en el que estarían revueltos todos los materiales que la componen. La metodología que hemos elaborado nos ha permitido cuantificar la composición química de ese “puré póstumo” y calcular el coste físico de devolverlo a la situación actual. Permite, en suma, cuantificar y agregar el gradiente de potenciales disponibles en la Tierra en el momento actual y seguir el uso de ellos que está haciendo la civilización industrial: se puede utilizar y degradar más o menos rápidamente el stock de potencia contenido en la Tierra, como se turbinan el agua de un embalse. Nuestra metodología permite cuantificar la evolución del deterioro de la base de recursos planetaria, permitiendo hacer un seguimiento preciso de la sostenibilidad o viabilidad del modelo de gestión imperante. Creo que la escasa acogida y apoyo institucional que ha tenido nuestra línea de trabajo evidencia que el medioambientalismo banal en boga no está interesado en añadir precisiones al tema de la insostenibilidad del crecimiento: su objetivo es ayudarnos a convivir con el deterioro ecológico en curso mediante campañas de imagen verde, no reconvertir el metabolismo de la sociedad industrial hacia un futuro social y ecológicamente menos degradante.

La puerta falsa de las metáforas

¿Qué puedo añadir sobre el empeño de utilizar la bandera del “decrecimiento” como divisa aglutinante del movimiento ecologista, dos años después de haber comunicado en estos párrafos mis puntos de vista? La verdad es que mi juicio sobre esta cuestión no ha variado sustancialmente e, incluso, se ha reforzado. Porque no veo que ninguno de los dos aspectos críticos arriba comentados se haya desvanecido: 1) no creo que la palabra “decrecimiento” suscite hoy más entusiasmo que hace unos años, más bien al contrario, cuando las penalidades asociadas al paro y a “los recortes” de la crisis, hacen que la población añore el crecimiento anterior, y 2) tampoco creo que goce hoy de un respaldo conceptual generalmente asumido, más sólido que hace unos años, ni que se hayan disipado sus amplias dosis de ambigüedad.

Conviene recordar que buena parte de la ideología que orienta los juicios de valor y el comportamiento de las personas se cuele, sin advertirlo, por la puer-

“Lo importante no es tanto cuestionar las tasas formales de crecimiento de esos agregados, como las reglas de valoración subyacentes”

ta falsa de la metáforas, como argumenté en la segunda parte de mi libro *Raíces...* antes citado (Naredo, 2010). De ahí que el éxito de un eslogan dependa, en buena medida, de que resulten atractivas las metáforas que suscite. Y, hoy por hoy, hemos de contar con que *grande* se considera mejor que *pequeño*¹ (se habla así de un *gran* pensador, literato,... o deportista), *alto* o *elevado* se considera mejor que *bajo* (se habla de automóviles de *alta* gama, o de sentimientos *elevados* frente a aquellos otros *bajos* o *rastros*), como también *avanzar* resulta más atractivo que *retroceder* (se habla así, de *avances* de la medicina o de la ciencia... o de estudios *avanzados*), ... y que *crecer* se considera mejor que *decrecer* (se habla así, no solo de *crecimiento* económico, sino también de *crecimiento* del nivel de vida,... o de *crecimiento* personal).

En este contexto creo que la bandera del decrecimiento aglutina a críticos del sistema ya convencidos que sobreentienden su significado, pero no me parece que resulte atractiva para la mayoría de la población, que es a la que habría que atraer y convencer para que el movimiento crítico progrese. Sobre todo cuando el grueso de la población, además de permanecer prisionero de la ideología económica dominante, sufre el decrecimiento efectivo de sus ingresos y de su patrimonio motivado por una crisis que se revela de larga duración y por mutaciones del capitalismo que hacen que las nuevas generaciones tengan más dificultades que sus padres para conseguir un trabajo y una vivienda dignos. Los que desde el movimiento ecologista se dicen partidarios del decrecimiento, deberían de matizar bien su posición frente a ese decrecimiento que nos están imponiendo desde el poder estatal y empresarial en forma de recortes de salarios, pensiones, gastos sociales o plantillas..., a la vez que se siguen subiendo impuestos y tarifas. Por mucho que se matice, creo que declararse en este contexto partidarios del decrecimiento para cambiar la mentalidad de la gente, es un empeño de remar contra corriente sin utilizar los vientos más favorables que brindan otras ideas. Porque, si nuestra meta es domesticar, reconvertir y, en suma, cambiar el sistema socio-económico imperante, creo habría que aprovechar que el sistema está en crisis y no puede adormecer a la población con la droga del crecimiento, para enarbolar la bandera del cambio (un cambio que abarcaría, desde el sistema monetario internacional, hasta las reglas que rigen la valoración, el comercio,... y los patrones de consumo) en vez de declararse

En este contexto creo que la bandera del decrecimiento aglutina a críticos del sistema ya convencidos que sobreentienden su significado, pero no me parece que resulte atractiva para la mayoría de la población, que es a la que habría que atraer y convencer para que el movimiento crítico progrese. Sobre todo cuando el grueso de la población, además de permanecer prisionero de la ideología económica dominante, sufre el decrecimiento efectivo de sus ingresos y de su patrimonio motivado por una crisis que se revela de larga duración y por mutaciones del capitalismo que hacen que las nuevas generaciones tengan más dificultades que sus padres para conseguir un trabajo y una vivienda dignos. Los que desde el movimiento ecologista se dicen partidarios del decrecimiento, deberían de matizar bien su posición frente a ese decrecimiento que nos están imponiendo desde el poder estatal y empresarial en forma de recortes de salarios, pensiones, gastos sociales o plantillas..., a la vez que se siguen subiendo impuestos y tarifas. Por mucho que se matice, creo que declararse en este contexto partidarios del decrecimiento para cambiar la mentalidad de la gente, es un empeño de remar contra corriente sin utilizar los vientos más favorables que brindan otras ideas. Porque, si nuestra meta es domesticar, reconvertir y, en suma, cambiar el sistema socio-económico imperante, creo habría que aprovechar que el sistema está en crisis y no puede adormecer a la población con la droga del crecimiento, para enarbolar la bandera del cambio (un cambio que abarcaría, desde el sistema monetario internacional, hasta las reglas que rigen la valoración, el comercio,... y los patrones de consumo) en vez de declararse

¹/Precisamente, para llamar la atención, frente a la valoración usualmente más positiva de lo grande, Schumacher (1973) eligió lo pequeño como título de su libro, pero tuvo la precaución de calificarlo de hermoso para hacerlo más atractivo (como *mejor con menos*).

partidarios del decrecimiento justo cuando el propio sistema nos lo regala, recortando el empleo, los salarios, los derechos,... y el consumo de recursos (aunque sus precios suban, y el dólar caiga, animados por la enorme liquidez que se sigue “inyectando” para reanimar el pulso de la actividad económica).

Una gran confusión

En lo que concierne al segundo punto, tampoco creo que los que se dicen partidarios del decrecimiento hayan dotado hoy a este término de un respaldo conceptual ampliamente asumido que se revele más sólido que hace unos años, ni que, en consecuencia, se hayan disipado las amplias dosis de ambigüedad que su uso genera, ni la falsa paternidad que se le atribuye. Me sorprende y desalienta que se siga presentando en los *media* al “matemático y economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen” como “el padre del decrecimiento” y a Jacques Grinevald como “su discípulo” (Dubuis, 2011, p. 29). Se da la falsa impresión de que el primero enarbó el decrecimiento como propuesta y que el segundo siguió dócilmente sus enseñanzas. Cuando, por una parte, Grinevald no es economista, sino filósofo e historiador de la ciencia y tampoco fue alumno, sino amigo y biógrafo suyo, y me consta que como buen librepensador tiene otros muchos autores de cabecera o, si se quiere, maestros, por mucho que admire y valore, como yo, al economista rumano. Y cuando, por otra parte, fue a Grinevald al que se le ocurrió poner la palabra decrecimiento en el título del libro antes citado, que traducía y divulgaba en francés algunos de los textos de Nicholas Geogescu-Roegen (NGR), en cuyos títulos originales no figuraba esa palabra. Es más, me atrevo a afirmar con buen conocimiento de causa^{2/}, que ninguno de los textos originales de Georgescu-Roegen, anteriores o posteriores a la aparición del libro introducido por Grinevald, incluye en el título la palabra decrecimiento y/o se dedica a defender el decrecimiento como propuesta.

Conociendo el carácter fuerte de NGR, estoy seguro de que habría pillado un buen rebote si se hubiera enterado de que ahora lo presentan como “el padre del decrecimiento”. Así ocurrió cuando el economista Herman Daly —del que sí podemos decir, con más visos de realidad, que fue discípulo suyo— se declaró partidario del crecimiento cero, tras la aparición del primer Informe del Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento* (1971). NGR criticó con vehemencia la propuesta del “estado estacionario”, formulada por Daly (creo que con bastante más precisión, dicho sea de paso, de la que ahora acompaña

^{2/} Me lo ha confirmado Óscar Carpintero, que estuvo investigando durante todo un curso académico en los archivos de Georgescu-Roegen, depositados en la Duke University, para preparar su interesante libro titulado *La bioeconomía de Georgescu-Roegen* (2006), que recomiendo a las personas que deseen conocer el legado intelectual de este autor y de las personas que hemos divulgado y desarrollado su pensamiento.

a la propuesta del decrecimiento (Daly, 1977 y 1980)/3. Entre los textos de NGR introducidos por Grinevald en el libro arriba citado, figura un capítulo titulado “El estado estacionario, un milagro a la moda”, que sigue a otro titulado “El crecimiento: mitos polémicas y sofismas”: “*una gran confusión — empezaba diciendo nuestro autor— impregna las vivas controversias relativas al “crecimiento”, simplemente porque este término se utiliza en múltiples acepciones*” (p. 104). Para esclarecer esta confusión, que está lejos de haberse disipado, nuestro autor revisa las posibles acepciones de la palabra y concreta que el usualmente llamado “crecimiento económico” es el que los economistas miden con el agregado de renta o producto nacional (“per cápita” y deflactado o a “precios constantes”, precisa NGR). Y como este agregado monetario puede tener las correspondencias más variopintas en el mundo físico, “*a nivel puramente teórico, el crecimiento económico puede ser compatible con una baja de la tasa de agotamiento (de los recursos naturales)*” (p. 106). NGR remacha que “*el error crucial consiste en no ver que, no sólo el crecimiento, sino que también un estado de crecimiento cero e incluso un estado de decrecimiento que no tendiera a la anulación, no podrían durar eternamente en un medio ambiente finito...*” (p. 112).

El estancamiento o el decrecimiento de los agregados monetarios suele, ciertamente, moderar, pero no evitar, el deterioro del medio natural que ocasiona el proceso económico, que a la postre lo hace inviable. Sólo la *reconversión* del proceso puede evitarlo en la medida en la que —siguiendo el ejemplo de la biosfera— apoye sus flujos físicos en fuentes renovables y cierre los ciclos de materiales obtenidos de la corteza terrestre, reconvirtiendo los residuos en recursos o inertizándolos y reinsertándolos en el entorno sin deteriorarlo. Es esta reconversión, y no el decrecimiento, lo que propone NGR, aunque considera irrealista la posibilidad de erradicar o invertir por completo el carácter entrópico del proceso económico y la naturaleza depredadora y consumista del ser humano, como se observa en los propios textos recogidos por Grinevald bajo el título *La décroissance*. Valgan como botón de muestra estas referencias: “*Justus Von Liebig escribió que ‘la civilización es la economía de energía’. En el momento actual, la economía de la energía, en todos sus aspectos, requiere una reconversión*” (nótese que no dice un decrecimiento, sino una

3/ Sobre la polémica de NGR en torno a la propuesta de Daly del estado estacionario, véase también Carpintero (2006). La propuesta del estado estacionario pasó, sin pena ni gloria, a la historia, como una moda pasajera, como seguramente ocurrirá también con la propuesta del decrecimiento. Lo que no quita para que sigan decreciendo sordamente las dotaciones de recursos. Por ejemplo, si se ha utilizado ya la mitad del petróleo convencional que existía en la corteza terrestre, es evidente que ya no se podrá utilizar de nuevo. Eso sí, se seguirá extrayendo, con mayores costes, el petróleo no convencional y fabricando petróleo artificial a partir del carbón o de las biomásas, como ya hicieron Alemania y Japón durante la segunda guerra mundial... y esquilmando y degradando, de una u otra manera, los recursos y el ambiente planetarios, en una huida hacia adelante, que no cambiará mientras no lo hagan las reglas del juego económico habitual que impulsan este proceder, que enunciamos a continuación en este mismo artículo.

reconversión) (p. 132). Y esta reconversión entrañaría el aumento del recurso a ciertas energías renovables y la reducción del manejo de otras más limitadas y contaminantes, el mayor uso, reutilización y reciclaje de ciertos materiales y la reducción de la utilización de otros,... lo cual es incompatible con la propuesta del decrecimiento como objetivo generalizado (más adelante volveremos sobre la posibilidad de elegir algunos agregados físicos o de síntesis cuyo crecimiento o decrecimiento pueda aparecer como un objetivo generalmente deseable).

Flujos o stocks

Tampoco el panorama económico tan desigual que se aprecia en el mundo, se presta a decretar por todas partes la misma divisa del decrecimiento y NGR lo subrayó afirmando, de acuerdo con otros autores, que *“dada la naturaleza humana... si frenáramos por todas partes el crecimiento económico, congelaríamos la situación actual y eliminaríamos la posibilidad de las naciones pobres de mejorar su suerte”* (p. 130). Evidentemente, los que ahora proponen planificar el decrecimiento, son concientes de ello y reorientan su propuesta pensando en los problemas de los *países del Sur*. Como puntualiza el propio Latouche, *“atribuirnos el proyecto de un ‘decrecimiento ciego’,... que impediría que los países del Sur resolvieran sus problemas, raya en el absurdo, cuando no en la mala fe. Nuestro proyecto de construcción de sociedades conviviales, autónomas y ecónomas, tanto en el Norte como en el Sur, implica ciertamente hablar en este caso de un ‘a-crecimiento’, como se habla de ‘a-teísmo’, más bien que de un decrecimiento”* (Latouche, 2006, p. 242). En cualquier caso ha de notarse que estas matizaciones quitan universalidad a la propuesta del decrecimiento, lo que no ocurre con la propuesta de reconversión de las reglas del juego de la actual economía globalizada, que sufren especialmente los países del Sur.

En mi libro *La economía en evolución* (1987, 3ª ed. 2003) antes citado comento largo y tendido todos estos aspectos, insistiendo en que *“cualquier tasa de crecimiento de los agregados monetarios puede ser compatible con la aplicación de muy diversas tecnologías e impactos sobre el entorno y sobre la vida de las personas.... (por lo que) no cabe hablar de crecimiento cero (o de decrecimiento) como solución a la crisis ecológica, sin precisar su conexión con el mundo físico, biológico e incluso utilitario”* (p. 365). Y hasta ejemplifico con un dibujo cómo un mismo flujo de salida, tanto monetario, como físico, puede tener implicaciones ecológicas bien diferentes y ser más o menos viable o sostenible, según se articule sobre stocks o sobre flujos procedentes de fuentes renovables. *“El problema estriba en que el universo homogéneo de los valores monetarios en el que se desenvuelve la idea usual de sistema económico, induce a confundir lo que son flujos y stocks en términos físicos, impidiendo el tratamiento adecuado de estos temas relativos al volumen y evolución de los flujos de salida que son compatibles con la estabilidad de los sistemas. En consecuencia, las tasas de variación de los agregados pecuniarios*

“... no sólo hay que seguir la vida de los procesos y productos ‘desde la cuna hasta la tumba’, sino desde la cuna hasta la cuna”

dicen poco sobre estos problemas que por su propia naturaleza encubren, al igual que la propia recomendación del ‘crecimiento cero’ (entonces de moda o del ‘decrecimiento’, que ahora tiende a sustituirla)” (p. 368).

Así las cosas, hay una pregunta clave a la que quiero responder para aclarar la relación entre los agregados monetarios y el mundo físico: ¿qué es lo que hace que los agregados monetarios normales, ya sea en estado de crecimiento, estancamiento e incluso decrecimiento, tengan

un reflejo negativo sobre el medio natural, al financiar con mayor o menor intensidad operaciones orientadas a esquilmar recursos y generar residuos? El deterioro físico asociado al crecimiento monetario de los agregados de producto o renta nacional responde no sólo al reduccionismo monetario y a la extensión del intercambio mercantil —el malvado mercado—, sino también y sobre todo a las reglas de valoración imperantes, que permanecen generalmente indiscutidas, y al marco institucional que las propicia, al avalar y proteger la desigualdad, el afán de poder y de lucro, las relaciones de subordinación y las organizaciones jerárquicas estatales y empresariales que las aplican. En efecto, como expongo con mayor amplitud en el libro antes citado (*Raíces...* pp. 66-69 y 204-220) el reduccionismo monetario imperante, además de valorar sólo el coste de *extracción*, no el de *reposición*, de los recursos naturales (favoreciendo, así, el esquilmo de los recursos y penalizando la conservación y el reciclaje), impone una creciente asimetría entre el valor monetario y el coste físico y humano de los procesos: es decir, que a mayor coste físico y trabajo penoso, menor valoración monetaria. Es esta asimetría creciente, que traslada sordamente a nuestras sociedades *mercantiles* y *democráticas* los valores propios de sociedades jerárquicas anteriores, la que hemos denominado *Regla del Notario* y aparece formalizada matemáticamente, cuantificada y ajustada para ilustrar su aplicación a procesos reales en Naredo y Valero (1999) y en Naredo (2010). A las reglas de valoración imperantes, plasmadas en la *Regla del Notario*, se añade un marco institucional que respalda derechos de propiedad desiguales, organizaciones jerárquicas (como son las empresas capitalistas y los partidos políticos), relaciones laborales dependientes,...y un sistema financiero que espolea el afán de lucro, amplificando la desigualdad hasta extremos antes insospechados.

Evidentemente, con estos mimbres salen estos cestos: los agregados monetarios, al ser tributarios de esas reglas de valoración y ese marco institucional, tienen como reflejo obligado el deterioro ecológico y la polarización social y territorial. Y este deterioro y esta polarización se producen, incluso, en situaciones de estancamiento o de decrecimiento de los agregados monetarios. Lo importante no es tanto cuestionar las tasas formales de crecimiento de esos

agregados, como las reglas de valoración subyacentes. Habría que corregir y enderezar la *Regla del Notario* para hacer que el proceso económico fuera ecológica y socialmente menos degradante y establecer marcos institucionales que propicien la igualdad, la solidaridad, la cooperación,... tal y como propongo en el libro *Raíces*... Habría, en suma, que corregir las reglas del juego económico para cambiar su orientación y reconvertir los procesos hacia horizontes ecológica y socialmente más saludables que los actuales.

Para conseguirlo, los nuevos enfoques e instrumentos tienen que abrir ese cajón de sastre de valor monetario que nos ofrecen los agregados para enjuiciar su reflejo físico y social y separar el grano de la paja, promoviendo los frutos y los procesos ecológica y socialmente recomendables y recortando aquellos indeseables. La economía ecológica, con sus derivaciones de agroecología, ecología industrial, etc., trabaja en aportar el instrumental necesario para ello, desvelando las “mochilas” y “huellas” de deterioro ecológico que arrastran los productos, analizando el “ciclo de vida” de los procesos asociados a ellos “desde la cuna hasta la tumba”. Sin embargo, como venimos proponiendo Antonio Valero y yo, hay que ampliar más el objeto de estudio: no sólo hay que seguir la vida de los procesos y productos “desde la cuna hasta la tumba”, sino *desde la cuna hasta la cuna*, considerando también el coste de reconvertir los residuos en recursos. Si no lo hacemos, seguiremos dando por buenas unas reglas de valoración sesgadas, que consideran sólo el coste de extracción, pero no el de reposición de los recursos naturales y empujando así hacia la continua degradación de la base de recursos y/o del medio ambiente planetario.

Cambiar las reglas del juego

Como ya he apuntado antes, respondiendo a la pregunta de Óscar Carpintero recogida arriba, en el recuadro, [ver páginas 23-27] Antonio Valero y yo hemos desarrollado y aplicado una metodología que permite cuantificar, en unidades de energía, el coste de reposición del deterioro que el proceso económico inflinge a la base de recursos planetaria, posibilitando establecer el seguimiento agregado de la misma. Esta metodología es de utilidad para llenar de contenido preciso la propuesta del decrecimiento: todo el mundo podría estar de acuerdo en el objetivo de reducir o hacer que *decrezca* el deterioro de la base de recursos planetaria, asociada a lo que se conoce como deterioro ambiental, por extracción de recursos y emisión de residuos. Creo que esta meta sustituye con ventaja a otros intentos de llenar de contenido físico la propuesta del decrecimiento, proponiendo asociarlo a variables menos básicas o más parciales, ambiguas o imprecisas, como son las de reducir el requerimiento total de materiales, de energía,...o la apropiación de biomasa neta. Pero el mismo empeño de dar solidez teórica y empírica al objetivo planificado del *decrecimiento* requiere de propuestas y procesos que escapan a la simple palabra decrecimiento, al exigir reconvensio-

nes con aumentos y disminuciones. Tal vez por ello nuestra propuesta haya sido silenciada tanto por el medioambientalismo banal en boga, como por los defensores del decrecimiento. La reducción del deterioro de la base de recursos y el ambiente planetarios, exigiría cambiar las reglas del juego económico en el sentido antes indicado, para promover (y aumentar) el uso de las energías renovables y la conservación y el reciclaje de materiales, además de desactivar (y reducir) el uso de aquellos no renovables y de los afanes adquisitivos y/o consuntivos extendidos por todo el cuerpo social. Afanes que hacen que hasta los pobres se esfuercen en trabajar para los ricos con el ilusorio empeño de emular los patrones de vida de éstos recurriendo a los sucedáneos de la llamada sociedad de consumo. En este sentido de cambiar las reglas del juego y los afanes adquisitivo-consuntivos, apuntan tanto el “*programa bioeconómico mínimo*” que propone NGR en el texto antes citado, que empieza por prohibir las guerras y la fabricación de armamento..., como las “*orientaciones*” que nos da Lewis Mumford — por citar a otro de mis autores de cabecera — en el último capítulo de su libro *Técnica y civilización* (1934), con apartados como “*¡Aumenten la conversión!, ¡Economicen la producción! ¡Normalicen el consumo! ¡Socialicen la creación!...*”. El problema estriba en que este tipo de propuestas de reconversión trascienden por completo la simple bandera del decrecimiento, al proponer, insisto, aumentos, disminuciones, normalizaciones, socializaciones... y hasta prohibiciones. No se si es por esto, o por simple desconocimiento, que estas propuestas no acostumbran a ser divulgadas, que yo sepa, por los defensores del decrecimiento. En el “Esbozo de programa político para la construcción de una sociedad del decrecimiento” que hace Serge Latouche en su libro *La pari de la décroissance* (2006), no aparece ni una sola referencia a los dos autores mencionados. Es que, como dice Mumford, “*la actividad saludable exige restricción, monotonía, repetición, así como cambio, variedad, expansión*” (p. 418). O también, NGR, tras apuntar que el deterioro de la base de recursos planetaria empuja, no ya hacia un estado estacionario, sino hacia el decrecimiento de los mismos, recuerda a quienes quieran escribir un proyecto para la salud ecológica de la especie humana, comprendan “*que la naturaleza de la evolución e, incluso, de la historia, no se asemeja a un proceso físico-químico controlable, como el de cocer un huevo o enviar un cohete a la Luna, sino que consiste en una lucha permanente con la constante aparición de formas nuevas*” (p. 115). Para participar con eficacia en esa lucha, hemos de aportar eslóganes y propuestas que, además de ser atractivos, gocen de un sólido respaldo conceptual, lo que como hemos visto no ocurre en el caso del decrecimiento. Eslóganes y propuestas que apunten a cambiar las ideas y reglas del juego económico, más allá de la epidermis de sus agregados y sus tasas de crecimiento, para *reconvertir* con algunas posibilidades de éxito la sociedad hacia un horizonte social y ecológicamente más saludable.

José Manuel Naredo es economista. Su libro más reciente es *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.

Bibliografía citada:

- Carpintero, O. (2006) *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*. Madrid: Montesinos.
- Daly, H. (1977) *Steady State Economics*. Nueva York-San Francisco: W. H. Freeman.
- Daly, H. (1980) *Economics, Ethics. Essays Toward a Steady-State Economy*. Nueva York-San Francisco: W. H. Freeman (este libro actualiza y renueva una edición anterior, de 1973, con el título *Toward a Steady-State Economy*). Hay edición en castellano del FCE, México, 1989.
- Dubuis, E. (2011) “Développement durable ou décroissance, le dilemme écologiste”. *Le Temps*, 20/05/ 2011.
- Grinevald, J. (1979) *Demain la décroissance*. Lausanne: Eds. Pierre-Marcel Favre (hay una 2ª ed. ampliada de 1995, con el título *La décroissance*).
- Latouche, S. (2006) *Le pari de la décroissance*. París: Fayard.
- Meadows, D.H. y Meadows, D.L. (1971) *Los límites del crecimiento*. México: FCE.
- Mumford, L. (1934) *Technics and Civilization*. Harcourt: Brace&World. Hay edición actualizada en castellano de Alianza Ed., Madrid, 1971.
- Naredo, J.M. (2003) *La economía en evolución*. Madrid: Siglo XXI.
- Naredo, J.M. (2009) *Luces en el laberinto. Autobiografía intelectual. Alternativas a la Crisis (Conversaciones con Óscar Carpintero y Jorge Riechmann)*. Madrid: Libros de La Catarata.
- Naredo, J.M. (2010) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- Naredo, J.M. y Valero A. (dirs.) (1999) *Desarrollo económico y deterioro ecológico*. Madrid: Fundación Argentaria y Visor Distribuciones, Col. Economía y Naturaleza.
- Partant, F. (1982) *La fin du développement. Naissance d'une alternative?* París: F. Maspero &Eds. La Découverte. Hay una 2ª ed. de 1997, París: La Ligne d'horizon&Les amis de François Partant.
- Schumacher, E. (1973) *Small is Beautiful*. Londres: Blond and Briggs.



2. Debates sobre el decrecimiento

Decrecimiento justo o barbarie

Yayo Herrero y Luis González Reyes

En nuestra sociedad, que podría llamarse la sociedad del exceso, paradójicamente la mayor parte de las cosas importantes o imprescindibles van a menos. Las reservas pesqueras disminuyen de forma alarmante debido al *exceso* de pesca; el petróleo, base de nuestra organización económica, empieza a agotarse a causa de la extracción *excesiva*; el equilibrio climático se quiebra debido al *exceso* de transporte motorizado; los ecosistemas se fraccionan y deterioran debido al *exceso* de cemento y hormigón; el agua, el aire y el suelo se envenenan debido al uso *excesivo* de productos químicos; las desigualdades sociales se profundizan porque existe una acumulación y consumo *excesivo* de bienes por parte de una minoría; la articulación social que garantizaba los cuidados se está destruyendo, entre otras cosas, porque hombres y mujeres deben dedicar un tiempo *excesivo* a trabajar para el mercado; la diversidad social y cultural desaparece ante los *excesos* de un modelo homogeneizador.

Si los problemas que afrontamos están causados por una extracción *excesiva* de recursos, por la *ingente* generación de residuos, por la incautación *excesiva* de los tiempos para la vida por parte del mercado y por una acumulación *obscena* de riqueza por una parte de la humanidad; si los problemas que colocan la vida, tal y como la conocemos, en situación de riesgo vienen dados por la *extralimitación*, es fácil imaginar por dónde tendrán que ir las soluciones.

1. Nada puede crecer indefinidamente en un planeta con límites

El planeta Tierra cuenta con una cantidad finita de materiales y, por tanto, la extracción y uso de los mismos no puede ser ilimitada. Los sumideros que degradan los desechos y residuos que genera cualquier actividad, también presentan límites.

Los recursos no renovables (o renovables sólo en tiempo geológicos) están limitados por la cantidad total disponible. Los renovables no están limitados en cantidad si el uso es prudente y respeta sus ritmos de regeneración. La ener-

gía solar no está limitada por la cantidad total ni por la tasa de uso, pero sí lo está por el hecho de que la estructura de captación (los seres que realizan la fotosíntesis o las placas solares) es finita.

Si el planeta está sujeto a límites, en su seno nada puede crecer ilimitadamente. El ineludible hecho de que el sistema económico se encuentre dentro de la biosfera, de que requiera materiales y energía, y de que inevitablemente emita residuos y calor, implica que no puede sostenerse sobre el supuesto de un crecimiento ilimitado.

Puesto que no es posible un crecimiento indefinido dentro de una biosfera de recursos y sumideros finitos y que los límites ya han sido superados, el camino hacia la sostenibilidad está forzosamente marcado por la disminución de la extracción y la generación de residuos.

Cada recurso utilizado por la economía está limitado, pero estos límites son difíciles de fijar porque fuentes y sumideros forman parte de un sistema, la biosfera, que es dinámico y está interconectado. Así, una parcela de tierra, por ejemplo, puede ser fuente de cosechas de alimentos y, a la vez, un sumidero de CO₂, procedente de la utilización de combustibles fósiles.

El cálculo de la huella ecológica global pone de manifiesto la superación de los límites de la capacidad de carga del planeta por encima de un 30%. Esta responsabilidad en la superación de esta capacidad de carga se reparte de forma muy desigual entre los diferentes países.

2. Movimiento por el decrecimiento

La propuesta del decrecimiento constituye una corriente de pensamiento con orígenes muy diversos que defiende la necesidad de abandonar la lógica que sostiene el modelo de vida occidental. Pretende denunciar la inviabilidad de la sociedad del crecimiento y apunta a una disminución radical de la extracción de materiales y generación de residuos, con todos los efectos sociales, económicos, ecológicos y culturales que ello conlleva. Cuestiona el objetivo de crecer por crecer, ignorando la naturaleza de las producciones y sus consecuencias. Sus principales reflexiones no son nuevas y proceden en buena medida de los análisis del ecologismo social. Se nutre también de la crítica social y ecológica a la economía convencional, del análisis feminista y de reflexiones procedentes del Sur.

El reto del decrecimiento es aprender a producir valor y felicidad reduciendo progresivamente la utilización de materia y energía.

El incremento del consumo de recursos y su inseparable generación de residuos se encuentran hoy directamente acoplados al aumento del PIB, tal y como muestran los estudios de la economía ecológica. El movimiento por el decrecimiento propone desmarcarse de la obsesión por el crecimiento de PIB. Utiliza un término provocador que trata de llamar la atención sobre el absurdo de crecer por crecer sin valorar la naturaleza de las producciones que sos-

“El sistema capitalista no puede pagar los costes de reproducción social, ni tampoco puede subsistir sin ella...”

tienen ese crecimiento. No cae en la ingenuidad de reclamar una mera disminución del PIB, pues es obvio que no todo tiene que decrecer, al igual que no todo crece en la economía capitalista.

3. La adición al crecimiento del capitalismo

Vivimos en un sistema, el capitalista, que funciona con una única premisa: maximizar el beneficio individual en el menor tiempo. Uno de sus corolarios inevitables es que el consumo de recursos y la producción de residuos no puede parar de crecer, formando una curva exponencial.

Veámoslo con un ejemplo. Partimos del Banco Central Europeo (BCE) que presta dinero a los bancos privados a un tipo de interés. Pongamos que el Banco Santander toma unos millones de euros del BCE. Obviamente, no lo hace para guardarlos, sino para conseguir un beneficio con ello. Por ejemplo, se los presta, a un tipo de interés mayor, a Sacyr-Vallehermoso. ¿Para qué le pide la constructora el dinero al banco? Por ejemplo para comprar el 20% de Repsol-YPF. Sacyr espera recuperar su inversión en Repsol con creces, vía la revalorización de las acciones de la petrolera y/o el reparto de beneficios. Ambas cosas pasan por un incremento continuado de los beneficios de Repsol.

Es decir, que para que Sacyr rentabilice su inversión y le devuelva el préstamo al Santander y este a su vez al BCE, Repsol no puede parar de crecer. Si no hay tal crecimiento, la espiral de créditos se derrumba y el sistema se viene abajo. El crecimiento no es una consecuencia posible de este sistema, es una condición indispensable para que funcione.

¿Y cómo crece Repsol? vendiendo más gasolina y aumentando el cambio climático (a través de costosas campañas de publicidad); recortando los costes salariales (como tras la compra de YPF); extrayendo más petróleo incluso de Parques Nacionales (como el Yasuní en Ecuador) o de reservas indígenas (como las guaraníes en Bolivia); bajando las condiciones de seguridad (como en la refinería de Puertollano); subcontratando los servicios (como en el transporte de crudo); apoyando a dictaduras (como hace en Guinea)... (Gabaldà y Carrión, 2007). En definitiva, a costa de las poblaciones de las zonas periféricas y de la naturaleza.

Y esto también es aplicable al ámbito de la economía financiera, ya que se articula sobre la productiva, que es sobre la que tiene que ejercer, en último término, su capacidad de compra. Es decir, que los complicados derivados financieros al final se basan en derechos de compra sobre acciones, materias primas o deuda, que a su vez dependen del consumo creciente de materia y energía, una constante en la historia del capitalismo (Fernández Durán, 2011).

Por lo tanto, el capitalismo es intrínsecamente incompatible con los límites físicos del planeta. Por ello ha ido desarrollando toda una serie de pseudo-

soluciones que toman la categoría de mitos. Todas ellas se caracterizan por intentar demostrar que se puede seguir creciendo indefinidamente en un planeta de recursos limitados. Entre ellas destaca la promesa incumplida de la desmaterialización de la economía a partir de la ecoeficiencia. La eficiencia es condición necesaria pero no suficiente. El efecto rebote que ha acompañado a muchas innovaciones tecnológicas que pretendían desmaterializar la economía da buena muestra de ello.

En realidad las renovables y la eficiencia son el futuro, pero acompañadas de una desmaterialización basada en una reducción real de la actividad monetaria. En ese escenario el papel clave no será el de la tecnología, sino el de los cambios culturales y económicos; el de los cambios sistémicos.

4. Decrecimiento y calidad de vida. ¿Cuánto es suficiente?

Uno de los escollos que se plantean a las propuestas *decrecentistas* es el de la supuesta pérdida de calidad de vida. Cuando la población vive en condiciones de miseria, incrementos en el consumo de recursos y energía se asocian directamente con el aumento de la calidad de vida. Esto está claro en varios indicadores, como el aumento de la esperanza de vida, el acceso a la educación o la felicidad.

Sin embargo, a partir de un determinado umbral, esa correlación se pierde. Por ejemplo, incrementos continuados en el consumo de energía por encima de una tonelada equivalente de petróleo por persona y año no van acompañados de incrementos significativos en indicadores como el Índice de Desarrollo Humano, la esperanza de vida, la mortalidad infantil o el índice de educación (Lago y Bárcena, 2009), en algunos casos incluso se producen disminuciones. Una tonelada equivalente de petróleo es el consumo energético aproximado de Uruguay y Costa Rica, que tienen indicadores de calidad de vida similares, aunque algo menores, a España, cuyo consumo ronda las 3,6 toneladas.

Esta cifra podría ser un punto de referencia que respondiese a la pregunta de ¿hasta dónde decrecer?, aunque podríamos tomar otras referencias más bajas, como la de los/as habitantes de Can Masdeu, en la periferia de Barcelona, que tienen una calidad de vida excelente con un consumo que ronda el cuarto de esa tonelada equivalente de petróleo (Lago y Bárcena, 2009). En Can Masdeu cultivan sus alimentos bajo criterios agroecológicos, se mueven en bicicleta o en transporte público, tienen un ingenioso sistema de depuración de sus aguas, generan una parte importante de la energía que necesitan, reducen su consumo a lo justo para satisfacer sus necesidades... En definitiva, allí se vive de otra forma, los valores y las prioridades han cambiado y ya no son maximizar los beneficios sino satisfacer las necesidades.

Otros estudios apuntan a que la felicidad tampoco guarda una correlación con el crecimiento a partir de determinado límite. Por ejemplo, en EE UU,

aunque el poder adquisitivo se ha más que duplicado desde 1950, se han incrementado problemas como las rupturas familiares, la inestabilidad mental, la obesidad, las adicciones, las desigualdades, la inseguridad o el descenso de confianza (Offer, 2006). Un caso paradigmático es el de Irlanda. Entre 1994 y 2000 el PIB del país creció de forma constante y notable. Pero, en paralelo, se incrementaron el número de horas dedicadas al empleo por persona, el porcentaje de personas que se declaraban insatisfechas con su vida, las diferencias sociales, los suicidios masculinos y el consumo de alcohol (Max-Neef, 2005).

5. Decrecimiento y trabajo

Ajustarse a los límites del planeta requiere reducir y reconvertir aquellos sectores de actividad que nos abocan al deterioro, e impulsar aquellos otros que son compatibles y necesarios para la conservación de los ecosistemas y la reproducción social.

Nuestra sociedad ha identificado el trabajo exclusivamente con el empleo remunerado. Se invisibilizan así los trabajos que se centran en la sostenibilidad de la vida humana (crianza, alimentación, cuidados a personas mayores o enfermas, discapacidad o diversidad funcional) que, siendo imprescindibles, no siguen la lógica capitalista.

El sistema capitalista no puede pagar los costes de reproducción social, ni tampoco puede subsistir sin ella, por eso esa inmensa cantidad de trabajo, impregnada de la carga emocional y afectiva que les acompaña, permanecen ocultos y cargados sobre las espaldas de las mujeres. Ni los mercados, ni el estado, ni los hombres como colectivo se sienten responsables del mantenimiento último de la vida. Son las mujeres, organizadas en torno a redes femininas, las que responden y actúan como reajuste del sistema. Cualquier sociedad que se quiera orientar hacia la sostenibilidad debe reorganizar su modelo de trabajo para incorporar las actividades de cuidados como una preocupación social y política de primer orden de la que hombres y mujeres se deben responsabilizar por igual.

5.1. El espinoso tema del empleo. Pero además es necesaria una gran reflexión sobre el mundo del actual empleo remunerado. El gran escollo que se suele plantear al hablar de transición hacia un estilo de vida mucho más austero es el del empleo. Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica. Es evidente que un frenazo en el modelo económico actual termina desembocando en el despido de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, algunas actividades deben decrecer y el mantenimiento de los puestos de trabajo no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo. Hay trabajos que no son socialmente deseables, como la fabricación de armamento, las centrales nucleares, el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor

de las burbujas financieras. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y, por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración en un marco de fuertes coberturas sociales públicas.

El avance hacia la sostenibilidad haría crecer todo un nuevo sector de producción, basado en el reciclaje. Además crearía nuevos empleos en sectores que ya son fuertes generadores de trabajo. Por ejemplo, según datos del PNUMA, en energías renovables ya hay trabajando más de 2,3 millones de personas (suponiendo solo el 2% de la energía mundial); en el transporte público de Europa oriental y EE UU se emplea a 1,3 millones; la industria del reciclado china, brasileña y estadounidense da trabajo a unos 12 millones de personas; o la agricultura ecológica emplea un tercio más de mano de obra que la industrial (Worldwatch Institute, 2008).

Además, en la reconversión inevitable que tenemos por delante, una red pública de calidad de servicios básicos como son la educación, la sanidad, la atención a personas más dependientes requiere personas. Estos son sectores que deberán crecer.

Por último, la reducción del consumo de energía, inevitable por otra parte, y el replanteamiento de la utilización de tecnología de alto nivel, implicarán una mayor intensidad en el trabajo y, por lo tanto, la necesidad de más empleo.

En todo caso hay informes (Coote, Franklin y Simms, 2010) que apuntan a que, ya hoy, necesitamos trabajar menos para mantener el sistema de producción que tenemos. En Gran Bretaña los hombres entre 16 a 64 años y mujeres entre 16 a 59 (tanto si están empleados/as, en paro o son “económicamente inactivos/as) pasan de media 19,6 horas a la semana en el trabajo remunerado (24,5 horas para los hombres y 15,4 para las mujeres). Estos datos enmascaran un muy desigual reparto del trabajo remunerado. En 2007, el 13,1% de las personas empleadas trabajaban de forma habitual 48 horas a la semana.

Además, cuando se incluye el trabajo no remunerado (tareas domésticas y el cuidado de personas dependientes), las mujeres y los hombres dedican de media 20,4 horas a la semana. Si añadimos el tiempo dedicado a otras actividades como el voluntariado, pasar tiempo con las amistades y familiares o asistir a reuniones, la cifra aumenta hasta 30,9 horas a la semana.

Por lo tanto, ya hoy, con un reparto adecuado del trabajo, nuestra jornada laboral, incluyendo las labores de cuidados, disminuiría notablemente. Esto centra el foco de discusión social en el reparto del trabajo, no en la creación de más empleo.

Desde esta perspectiva, el enfoque del sindicalismo mayoritario debería volver a reivindicaciones anteriores, como la jornada de 35 horas o el aumento de los permisos de descanso, que ponen el foco en el reparto del trabajo, y no en la creación de empleo sin importar en qué sector sea. La disminución de la jornada laboral y el reparto de todos los tiempos de trabajo necesario (remunera-

“...se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se someta a las exigencias sociales y ambientales que permiten el mantenimiento de la vida”

do y doméstico) podrían permitir articular otra sociedad diferente. Ahora, la disminución de los beneficios se repercute directamente sobre los puestos de trabajo asalariados, pero podría repercutir sobre los “bonus” y reparto de dividendos a accionistas o sobre algunos salarios. Además, es preciso tener en cuenta que existen fórmulas empresariales, como las cooperativas, en las que el objetivo primordial no es maximizar el beneficio, sino el mantenimiento de los puestos de trabajo.

6. Igualdad y distribución de la riqueza

Tradicionalmente, se defiende que la distribución está supeditada al crecimiento de la producción. La economía neoclásica presenta una receta mágica para alcanzar el bienestar: incrementar el tamaño de la “tarta”, es decir, crecer, soslayando así la incómoda cuestión del reparto. Sin embargo, hemos visto que el crecimiento contradice las leyes fundamentales de la naturaleza. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

El reparto de la tierra será en el futuro un asunto nodal. La tarea será sustraer tierra a la agricultura industrial, a la especulación urbanística, a la expansión del asfalto y el cemento, y ponerla a disposición de sistemas agroecológicos locales.

La exploración de propuestas como la renta básica de ciudadanía o los sueldos complementarios se hace urgente. Igualmente sería interesante considerar la posibilidad de establecer una renta máxima.

Reducir las desigualdades nos sumerge en el debate sobre la propiedad. Paradójicamente nos encontramos es una sociedad que defiende la igualdad de derechos entre las personas y que sin embargo asume con naturalidad enormes diferencias en los derechos de propiedad. En una cultura de la sostenibilidad habría que diferenciar entre la propiedad ligada al uso de la vivienda o el trabajo de la tierra, de aquellas otras ligadas a la acumulación, ya sea en forma de bienes inmuebles o productos financieros, y poner coto a éstas últimas.

En definitiva, se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se someta a las exigencias sociales y ambientales que permiten el mantenimiento de la vida. Orientar las decisiones económicas hacia la igualdad no es sólo cuestión de normativa o instrumentos económicos, sino de impulsar también cambios culturales.

7. ¿En qué hay que decrecer?

Como hemos argumentado, la lógica que se esconde detrás del crecimiento monetario como objetivo principal es incapaz de satisfacer las necesidades

vitales de la mayoría de la población, deteriora de forma irreversible la naturaleza, genera violencia e inseguridad, dificulta las relaciones comunitarias, destruye los saberes tradicionales más sostenibles, provoca la quiebra del sistema de cuidados y construye un concepto de riqueza y de bienestar ajeno a todo lo que no sea acumular dinero. Mientras no salgamos del paradigma económico que hace del fundamentalismo del crecimiento su centro, economía, sostenibilidad y equidad seguirán siendo incompatibles.

Reducir el tamaño de una esfera económica basada en la extracción y generación de residuos no es una opción que podamos o no escoger. El agotamiento del petróleo y de los minerales, el cambio climático y los desórdenes en los ciclos naturales, van a obligar a ello. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos decrecientes, o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

El reto es aprender a vivir bien con menos. Se trata de buscar nuevas formas de socialización, de organización social y económica que permitan “*librarse de un modelo de desarrollo*” (Shiva, 2005), que antepone la obtención de beneficios monetarios y de poder al mantenimiento de la vida. En el Norte supondrá desacoplar el bienestar de las personas del incremento de la producción material, y en el Sur se tratará de eliminar las imposiciones que obligan a imitar las pautas de mal desarrollo del Norte, eliminando las trabas a la construcción de sociedades autónomas.

El decrecimiento puede abordarse desde prácticas individuales, comunitarias y también a nivel macro. Entre ellas resaltamos algunas, sobre todo centradas en el nivel macro, que igual es el más difícil de ver.

7.1. Introducir límites al uso de recursos

- Reducir el consumo en los países del Norte para igualarlo con el Sur, que debería aumentar hasta poder garantizar la salida de la miseria de sus poblaciones. Una iniciativa en este sentido es el límite máximo de uso de recursos que se está promoviendo por distintas organizaciones para la UE.
- Estudiar la puesta en marcha de una huella ecológica de consumo máximo por persona en forma de “tarjeta de débito de impactos” o “declaración de impactos realizados al año”.
- Prohibir la producción en sectores que destruyan la vida, como el armamentístico.
- Políticas de reducción de los residuos. Entre otras estarían las políticas de reducción del envasado mediante medidas de apoyo de la venta a granel o sistema de devolución y retorno de envases.
- Medidas de aumento de la eficiencia en todos los campos, teniendo en cuenta que son necesarias, pero no suficientes.
- También será necesario aumentar progresivamente la participación de los elementos renovables en la economía, ya sea en forma de energía o en forma

de materia (biocompuestos), sin olvidar que van a poder cubrir un consumo inferior al que tenemos en la actualidad. A nivel del Estado español para 2020 se podría garantizar la producción del 72% de la energía eléctrica mediante renovables/1.

- Medidas de sensibilización a la población sobre los límites del planeta que habitamos.

7.2. Priorizar la producción y el consumo local, los circuitos cortos de distribución

- Incentivar una reruralización de la población para fomentar los circuitos cortos y la concentración de actividades vitales de las personas en cercanía.
- Promocionar un urbanismo compacto, de cercanía y bioclimático. El urbanismo visto desde el feminismo tiene interesantes aportaciones en esta línea.
- Fomento de grupos de consumo y mercados locales.

7.3. Poner límites a la creación de dinero

- Anclaje de las monedas a valores físicos como una bolsa de alimentos básicos o de minerales estratégicos o a la cantidad de población.
- Prohibición de que los bancos creen dinero saltándose los depósitos de los que disponen. Eliminación de los mecanismos de titularización de la deuda.
- Promoción de monedas locales y redes de trueque.

7.4. Internalización de costes

- Nuestra apuesta no es por una economía ambiental que valora económicamente el entorno mercantilizándolo, sin embargo sí presenta herramientas útiles.
- Puesta en marcha de un sistema de ecotasas finalistas. Un ejemplo sería el aumento del precio del carburante de manera proporcional al impacto del vehículo. Además, determinados sectores para los que la movilidad sea imprescindible, tendrían precios más baratos, como ya ocurre.
- Responsabilidad por parte de los fabricantes de todo el ciclo de vida del producto. Por ejemplo, las eléctricas tendrían que gestionar los impactos de los gases de efecto invernadero y de los residuos radiactivos que generasen.
- Introducir más controles a la producción no ecológica que a la ecológica. Esto implicaría, indirectamente, un aumento de precio de los productos más agresivos ambientalmente.

7.5. Políticas activas de fomento de la economía ecológica y solidaria

- Volver a hacer público el control, en primera instancia, de los sectores estratégicos, como el energético o la banca. Que sean públicas implica que haya un control de la producción decisorio por parte de la sociedad, y una capacidad de gestión por parte de trabajadoras y trabajadores.

- Medidas para el reparto de la riqueza y la limitación de la capacidad adquisitiva: renta máxima que impida consumos suntuosos; y reparto del trabajo (productivo y reproductivo).
- Introducir como únicos los criterios sociales y ambientales en las políticas públicas de subvenciones. Esto eliminaría los criterios económicos y geoestratégicos.
- Etiquetado de trazabilidad del producto. En él tendrían que venir recogidas las formas de producción (si es ecológica, las condiciones laborales...) y el transporte (distancia y medios de transporte).
- Política de compras verdes y justas por parte de las administraciones públicas.
- Disminuir incentivos al consumo. Un ejemplo sería la limitación y el control de la publicidad. Un segundo ejemplo sería la deconstrucción de infraestructuras, como autovías, de cara a desincentivar el uso del transporte privado.

Yayo Herrero y Luis González Reyes son miembros de Ecologistas en Acción.

Bibliografía citada:

- Coote, A., Franklin, J. y Simms, A. (2010) *21 horas*. Nef y Ecopolítica.
- Gabalda, M. y Carrión, J. (2007) *Repsol YPF, un discurso socialmente irresponsable*. Àgora Nord-Sud y Observatori del Deute en la Globalització.
- Fernández Durán, R. (2011) *El antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la Biosfera*. Barcelona/Madrid: Virus/Libros en Acción.
- Lago, R. y Bárcena, I. (2009) "A la búsqueda de alternativas". En I. Bárcena, R. Lago y U. Villalba (eds.) *Energía y deuda ecológica*. Barcelona: Icaria.
- Max-Neef, M. (2005) "Economía transdisciplinaria para la sustentabilidad". Disponible en: http://inakioe.net/volpa_vieja/documentos/mmax-neef.pdf
- Offer, A. (2006) *The Challenge of Affluence*. Oxford: Oxford University Press.
- Shiva, V. (2005) "Cómo poner fin a la pobreza". Disponible en: www.rebellion.org/noticia.php?id=15959, fecha descarga 6-7-2011.
- Worldwatch Institute (2008) *Empleos verdes: Hacia el trabajo decente en un mundo sostenible con bajas emisiones de carbono*. Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

1/ Puede consultarse la propuesta de Ecologistas en Acción en: http://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/mix_electrico_2020.pdf, fecha descarga 8-7-2011.



3. Debates sobre el decrecimiento

¿Decrecimiento? ¡Sí, gracias! 6 tesis a favor de decrecimiento sostenible

Iñaki Barcena Hinojal

Desde hace varios años, la recepción del término y la aparición de grupos y campañas a favor del decrecimiento ha posicionado a su favor a una buena parte de la izquierda crítica y ha dejado descolocada o reticente a otra parte. Las reflexiones que vienen a continuación son un intento de aportar argumentos al debate y apoyar la consigna *decrecentista*, tan bien recibida en estas tierras por el ecologismo social.

1. El multicolor movimiento *decrecentista* crece. En los últimos tiempos, cada vez que un determinado colectivo o asociación organiza un debate sobre decrecimiento en la universidad, en un centro cultural o en el local de cualquier movimiento social, la respuesta del público, sobre todo joven, es notable. Seguramente este denominado contra-concepto *bomba u obús* adolece de ciertas lagunas analíticas y de algunas facetas explicativas de lo que ocurre en el mundo, pero tiene una gran virtud en los tiempos del pensamiento único: moviliza conciencias y genera nuevas prácticas anticapitalistas. Eso es esencial para generar un potente movimiento ideológico adversario del neoliberalismo, algo tan necesario en tiempos de crisis múltiple del sistema capitalista imperante. Y lo que es a mi entender más importante, el *decrecimiento sostenible y solidario* permite juntar personas y organizaciones del variado espectro de los movimientos sociales del Norte y del Sur globales para establecer vínculos de reflexión y acción socio-ecológica.

Decrecimiento es el contra-concepto utilizado por una nueva y creciente onda de activistas e investigadores que tratan de cuestionar y poner en solfa la base misma del capitalismo: el crecimiento económico ilimitado. Y en la actualidad se está conformando un movimiento activo, plural, anti-dogmático y anticapitalista, joven y atractivo que está sirviendo para aunar luchas y conciencias.

El movimiento *decrecentista* en sus distintas expresiones actuales desde los grupos y redes de decrecimiento o las ciudades en transición y las iniciativas de los municipios y regiones post-carbón, pasando por diversas propuestas *slow* que elogian la lentitud en el campo del trabajo, del transporte o del consumo en general supone una nueva savia que revitaliza la idea de ese *otro mundo posible* y necesario. Si bien el ecologismo es el movimiento social que mejor representa la voz contraria al mito del crecimiento ilimitado de la economía, apoyándose en la evidencia de las crisis ecológica, climática o energética, no es conveniente olvidar que existen otros movimientos y sectores sociales y políticos que aportan su crítica y sus alternativas tratando también de desvanecer este mito incrustado con tanta fuerza en la cultura occidental. Desde el feminismo a los movimientos indígenas, desde el movimiento sindical (esto es, los trabajadores y trabajadoras que reivindican y luchan cotidianamente por la justicia social y los derechos colectivos conquistados en el mundo laboral y no las privilegiadas y acomodadas burocracias sindicales que abogan por la competitividad) hasta los movimientos cooperativos y de *okupas* o los jornaleros y campesinas del mundo rural son variados los discursos que apuntan hacia el decrecimiento sostenible y redistributivo, que es sinónimo de una apuesta por la transición hacia un sociedad que reconstruya sus relaciones sociales y las relaciones con los ecosistemas de la vida por la vía de la democratización ecológica plantando cara a las veleidades eco-autoritarias que amenazan hoy más que nunca el futuro de la humanidad.

2. Es una buena herramienta frente a los mitos del pensamiento único y a la insostenibilidad ecológica y económica. Los mitos que sustentan el insostenible crecimiento de la economía son muchos. El mito de libre mercado se basó filosóficamente en la metáfora de la *mano invisible* de Adam Smith según la cual el egoísmo particular se convierte por gracia del mercado, en hipotético beneficio para todos y todas. Existen otros como el mito del desarrollo ilimitado o el mito tecnológico, compartido asombrosamente por la derecha y la izquierda, que tratan de despejar las razonables dudas sobre las posibilidades de seguir creciendo económicamente en un planeta limitado (Bárcena, 2010, pp. 27-31 y 2011, pp. 155-167). La realidad es muy tozuda y ese sueño tecnológico no se ha materializado; por el contrario las demandas de materias primas y energía y los impactos de su uso siguen aumentando, por lo que el decrecimiento se convierte en una utopía necesaria y razonable.

Como dice nuestra compañera Yayo Herrero: “*Desvelar la falacia del crecimiento continuo en un planeta con límites ha sido desde hace décadas el núcleo central del ecologismo*” (Herrero, 2011 p. 13). Frente al polémico concepto de *desarrollo sostenible* popularizado por el Informe Brundtland (Nuestro Futuro Común, 1987) que prometía la compatibilidad entre el creci-

miento económico y la sostenibilidad ecológica, la apuesta por el decrecimiento sostenible significa un decrecimiento económico que sea socialmente sostenible, esto es, que cambie el metabolismo social actual que como muestra el indicador de nuestra huella ecológica es además de insostenible, desequilibrado e injusto. Como plantea Martínez Alier: *“La economía puede ser descrita de manera diferente, con lenguaje físico, como un sistema de transformación de energía (sobre todo de recursos agotables) y de materiales (incluida el agua) en productos y servicios útiles y finalmente en residuos”* (Martínez Alier, 2010, pp. 51-58).

El decrecimiento nos lleva a estudiar y cuestionar los flujos de materiales que muestran una tendencia histórica de comercio internacional repleta de desequilibrios ecológicos: América Latina exporta seis veces más toneladas de las que importa y en la Unión Europea importamos cuatro veces más toneladas de las que exportamos (Naredo, 2006, pp. 58-59).

Como dice J.M. Naredo, existe una clara dicotomía entre la valoración monetaria y el coste físico de los procesos y denomina *“Regla del Notario”* a la forma secular de actuación de los países industrializados. Injusta, pero consuetudinaria regla que permite que el valor monetario y los costes físicos de la producción se repartan de forma muy desigual entre los países y las personas de los países extractores y las de los países y empresas manufactureras, engendrando a su vez un reparto desigual de salarios y de penuria laboral, donde a mayor penuria en el trabajo corresponde menor asignación salarial. Esta forma de funcionamiento mercantil entre países del centro y de la periferia ha traído consigo, no solamente un crecimiento económico muy desigual sino además un deterioro socio-ambiental insostenible, que conoce límites humanos y ecosistémicos. El decrecimiento trata de cuestionar estos desiguales e injustos flujos materiales y financieros buscando la subordinación de la economía a las instituciones políticas y a las necesidades sociales básicas.

3. El pico del petróleo anuncia el inevitable decrecimiento. La actual situación de crisis energética, representada plásticamente por el cénit o pico del petróleo nos dice que hemos consumido la mitad de cantidad total disponible y que cada vez tenemos menos capacidad de extracción.

El petróleo con su combustión ha sido el mayor contribuyente al cambio climático global y los damnificados principales son las poblaciones del Sur global lo que significa que hemos trascendido los límites del planeta. Límites no solamente en cuanto a los recursos energéticos y materiales de la corteza terrestre y de los mares sino también en los sumideros, lo que ha generado la alteración climática a escala mundial como resultado de atender las necesidades del metabolismo urbano-agro-industrial del capitalismo global apuntado por Ramón Fernández Durán. La actual crisis energética en su dimensión global no va a poder ser superada y mucho menos salir de ella con un flujo energéti-

co mayor según este ecologista madrileño. Si hasta ahora parecía que habíamos sabido *engañar* a la Ley de la Entropía, ya no hay Plan B energético factible, ni disponible. No estamos ante una crisis político-militar como en los años 70 sino ante una de carácter físico. El declive energético es ineludible (Fernández Durán 2011, p. 33).

Para el valenciano Ernest García, la inminencia del pico en la extracción anuncia convulsiones importantes que a su juicio serán especialmente visibles en dos ámbitos: el transporte y la producción de alimentos. Y plantea dos escenarios posibles entre muchos. En positivo la *“implosión controlada, un camino de regreso ordenado hacia la relocalización de las actividades económicas, hacia una relativa compactación de las ciudades, hacia el viaje más como excepción que como norma”*. Lo que denominamos decrecimiento sostenible y solidario. En negativo a *“una desorganización catastrófica de todo el sistema económico”*. A su entender, que venga el colapso no significa necesariamente la caída catastrófica a una desorganización caótica de la sociedad tipo Mad Max. Por el contrario, permite homologar las propuestas ecologistas: reducir, frenar, redistribuir, democratizar, descentralizar... con los rasgos de un proceso de colapso energético en una sociedad compleja: reducción de la escala, menos desigualdad, pequeñez y relocalización (García, 2007, pp. 30-31).

Esto muestra que es más plausible la vía de decrecimiento sostenible y redistributivo que la esperanza vana en una solución tecnológica (fusión nuclear, energía solar...) que nos permita atender la demanda creciente de energía tras el pico de los combustibles fósiles. También las energías renovables tienen límites e impactos, necesitan materiales y energía para ser implementadas. Las nuevas tecnologías para la obtención de energía y las energías renovables no deben ser vistas como una panacea. Desde hace varias décadas ecologistas y antinucleares han sabido poner solfa este sueño o mito tecnológico que no olvidemos ha traído buena parte de los problemas que hoy padecemos, llámen-se incomunicación, desorden genético, contaminación o guerras (Herrero, Cembranos, Pascual, 2011, p. 97).

Por el contrario aceptar los límites ecosistémicos entronca con otro tipo de análisis que tiene en cuenta las constricciones estructurales para las acciones y proyectos humanos que se derivan de la finitud y vulnerabilidad de la biosfera. Límites que derivan de nuestra dependencia de los procesos termodinámicos y fisiológicos, de nuestra dependencia de la finitud de los recursos naturales y de los sumideros disponibles, esto es, de las fuentes y los vertederos de nuestra actividad humana en la biosfera y de la irreversibilidad de la pérdida de biodiversidad (Riechmann, 2001, p.41).

4. El decrecimiento del PIB no es un objetivo central, ni buscado.

Aunque será un resultado a corto plazo. Los variados grupos y organizaciones en defensa del decrecimiento sostenible que están actuando en nuestras ciuda-

des tienen claro que la apuesta por el decrecimiento sostenible no significa proponer una simplista reducción del Producto Interior Bruto (PIB). Saben que si bien el crecimiento económico se suele medir en base a este indicador, en él se juntan algunas variables que en principio no deberían decrecer, como los gastos sociales en salud o enseñanza pública y otros que deberían decrecer ostensiblemente como las gigantes infraestructuras de transporte o los gastos militares.

El PIB suma todo lo que se mueve y tiene un valor de cambio o precio en el mercado y no tiene en cuenta otros servicios y labores tan necesarias para nuestro bienestar como son los cuidados familiares y las tareas de reproducción y de defensa y mantenimiento de la vida. Por eso es necesario dejar claro que aunque posiblemente en las próximas décadas por la venida del decrecimiento, disminuirá el PIB, esa será una consecuencia lógica del colapso del modelo industrial, pero no es el objetivo central buscado por el movimiento decrecentista. Como dice Alex Arizkun (*Dale la vuelta*, 2010) la crisis que conduce a miles de personas al desempleo y genera inseguridad y miedo no es *nuestro decrecimiento*. Ni la que hace decrecer el ingreso de miles de familias que no pueden pagar sus hipotecas, ni la que hace que el Banco de Santander, Repsol e Iberdrola ganen miles de millones de euros cuando la crisis se agrava o tampoco las propuestas de bajar los impuestos empresariales y reducir los gastos sociales. Ese es el decrecimiento que trae consigo el neoliberalismo por su inherente regla del aumento de la acumulación capitalista. Hay terrenos en que las cosas están claras. Tiene que decrecer el consumo de energía, de materiales y el uso de sumideros y espacio ambiental. Debe decrecer la jornada laboral y aumentar el número de horas que los hombres dedicamos a los cuidados y a las tareas familiares y comunitarias.

El decrecimiento es inevitable, lo que debemos intentar es que sea social y ambientalmente sostenible. G. Kallis defiende la necesidad de un cambio radical con reformas económicas que marquen los límites a las infraestructuras de transporte, al turismo, a la producción de bienes anti-ecológicos y por contra la promoción de instalaciones de energías renovables, de mejores servicios sociales y espacios públicos y producción agrícola orgánica y local. Se propone un decrecimiento “selectivo” que llegue a la macroeconomía, que ligue los temas ambientales y de sostenibilidad a los grandes temas de la economía como son la inflación, la deuda, las finanzas, los bancos y las monedas (Kallis, 2011, pp. 873-881).

Como plantea Rosa Lago en su artículo “¿Cuánta energía necesitamos?”, es posible vivir bien con la mitad de la energía que consumimos en el denominado Primer Mundo (*El Ecologista* nº 67). Y el ahorro energético es el primer objetivo a cumplir ya que el megawatio más barato, sostenible y limpio es el “negawatio” esto es, aquel que no se consume, que se ahorra. En línea con las propuestas de Roberto Bermejo, recomienda reordenar el territorio para redu-

cir las necesidades de transporte, proteger las tierras de cultivo y el procesado local de alimentos, planes de emergencia energética para casos de carestía, rediseñar una red de seguridad para proteger a la población vulnerable y marginada, sistemas de trueque, bancos de tiempo, moneda local... todo un programa de transición para la sociedad post-carbón (Bermejo, 2008).

5. El decrecimiento sirve para tejer alianzas con el Sur global. Una de las cuestiones que con mayor asiduidad aparece en los debates sobre el decrecimiento es el asunto de cómo llevar esta propuesta al Sur global, esto es, a aquellos lugares dónde los índices bienestar son precarios para la mayoría de la población. Y decimos mayoría porque en lugares como India, China, México, Sudáfrica o Brasil además de millones de personas empobrecidas existen clases acomodadas con niveles de renta per cápita similares o superiores a las de los países industrializados del Norte. Existe pues, un Norte en el Sur y un cuarto mundo en el primero. Por eso, como plantea David Llistar, debemos poner en cuestión la categoría *país* y en vez de hacer un análisis por países debemos hacerlo por clases y grupos de interés, ya que decrecimiento también es exigible a los ricos y clases medias del Sur. Porque aún estando localizados en países empobrecidos, estas franjas de población son parte del denominado Norte global.

Esto nos lleva a pensar que son muchos los potenciales aliados del decrecimiento sostenible en el Sur global. Como en otros muchos campos y terrenos de la actividad socio-política la concurrencia de intereses es posible. Para ello Llistar señala la conveniencia de construir “conceptos puente” como la deuda ecológica (Bárcena, Lago y Villalba, 2009), la soberanía alimentaria, los alimentos kilométricos o la antiooperación para mostrar los enlaces entre problemas aparentemente separados que pueden ayudar a construir una visión y un abordaje más sistémico y vincular movimientos sociales y organizaciones sociales del Norte y del Sur global (Llistar, 2009, p. 297).

Un buen ejemplo lo tenemos en el rebrote del *sumak kawsay* o buen vivir de los quechuas y su acompasamiento con la propuesta decrecentista del Norte. En Ecuador y en Bolivia, países que se debaten entre el desarrollo económico basado en el “extractivismo” y la defensa de sus ecosistemas, desde la pasada década se han dotado de nuevos textos constitucionales, donde el *sumak kawsay* o buen vivir de los quechuas (*suma q'amaña* en aymara) ha pasado a formar parte de los principios constitucionales que informan los fundamentos de una nueva sociedad que aspira a enterrar la nefasta herencia de la opresión y dominación colonial centenaria.

Como dice Magdalena León, el *sumak kawsay* o buen vivir de las comunidades indígenas ahora incorporado a las cartas magnas “*sintetiza visiones y prácticas ancestrales, debates y propuestas actuales, el acumulado pensamiento crítico y las luchas sociales de décadas recientes, junta dinámicas*

nacionales e internacionales de respuesta al modelo de desarrollo y al modelo de civilización que han conducido a una situación ya reconocida como insostenible... Por otra parte el paradigma del buen vivir resulta convergente y se nutre de análisis y propuestas avanzadas ya desde hace décadas por la economía feminista y la ecologista, que han cuestionado las nociones de economía y riqueza en sus formas clásica y neoclásica y que postulan la sostenibilidad ambiental y humana como centrales e indisociables” (León, 2010).

Decrecimiento y buen vivir son así, complementarios, simbióticos y mutuamente enriquecedores ya que generan formas de pensamiento y acción portadoras de una renovada teoría y práctica socio-políticas que se enfrentan frontalmente con las dinámicas del crecimiento ilimitado del capitalismo. Ardua y compleja tarea que necesita tanto de iniciativas políticas locales, por ejemplo de las ciudades en transición a una economía post-carbón (post-petróleo) como de otras nacionales e internacionales. Ejemplar resulta la iniciativa del Yasuní (ITT) que contraviniendo las dinámicas extractivistas trata de dejar el petróleo en el subsuelo de la selva amazónica.

6. El decrecimiento está ideando alternativas de transición hacia una sociedad post-capitalista. Una de las virtualidades del decrecimiento sostenible y redistributivo como herramienta de cambio social es su capacidad para mostrarse como un crisol de convergencia de un cúmulo de propuestas y alternativas. Además de los comportamientos individuales que marcan la coherencia entre teoría y práctica y que ejemplarizan el camino a seguir colectivamente, el decrecimiento sabe sumar campañas y experiencias alternativas ciudadanas que generan información, educación y participación para promover programas *decrecentistas* a nivel local, nacional e internacional (Ridoux, 2009, p. 182).

Existen interesantes experiencias locales en todo el planeta que se enfrentan al reto de superar el marco local para generalizarse y extenderse. Pero también existen, aunque de momento pocos, ejemplos en países del Norte y del Sur que muestran que es posible dotarse de políticas energéticas, de transporte o de soberanía alimentaria que apunten a prepararse para el decrecimiento que conoceremos en breve.

La política energética de Dinamarca es paradigmática en este sentido. Tras renunciar a la energía nuclear en 1985, diez años después prohibió la construcción de nuevas plantas de carbón, reafirmando su apuesta por las energías renovables, la cogeneración y la fiscalidad ecológica lo que le hace el país mejor preparado para el decrecimiento de la OCDE (Bermejo, 2008, p. 220). Al otro lado del Atlántico, Cuba ofrece la muestra de cómo prepararse para el decrecimiento sostenible. Tras la debacle de la Unión Soviética, la población cubana conoció un periodo especial en que hubo que arreglarse sin la ayuda económica de Moscú y sin el petróleo de Siberia. Y hubo prolongados cortes

de suministro eléctrico, escasearon los bienes de consumo y se restringió el transporte. Y así, haciendo de la necesidad virtud, crecieron los huertos comunitarios, las bicicletas y el cooperativismo. Como muestra el documental *El poder de la comunidad*, en Cuba se dieron las condiciones sociales que posibilitaron una salida digna y participativa al colapso energético de los 90.

En nuestro entorno más próximo, de las múltiples iniciativas decrecentistas en marcha, en el ámbito político la experiencia autogestionaria y el movimiento de *okupación urbana* (Cattaneo y Gavaldá, 2008, pp.73-76) marcan una estela de coherencia y cuestionamiento práctico de los modos de vida en nuestras ciudades. Son todavía minoritarios, pero seguro que serán modelos a seguir y a multiplicar en los años venideros. Idear alternativas es loable, sin embargo tejer alianzas y construir mayorías no es tarea fácil y se necesitan estrategias constructivas además de discursos y críticas feroces al capitalismo global en crisis.

La alianza tripartita del eco-feminismo-socialista es una buena base para prepararse a afrontar los cambios que se avecinan. Cambios y alteraciones profundas en el mundo del empleo pero también en el reparto de los cuidados y las tareas de reproducción de la vida, en las formas de consumir y de movernos. Eso significa prepararse para asistir a estos cambios de forma serena y deliberada, defendiendo un mundo donde las relaciones de los humanos entre sí y de los humanos con la naturaleza sean justas y equilibradas.

Larrabetzu, Junio del 2011

Iñaki Barcena Hinojal es profesor de Ciencia Política en la UPV-EHU. Es miembro de Ekologistak Martxan.

Bibliografía citada:

- Ballenilla, M. y Ballenilla, F. (2007) "La tasa de Retorno Energético". *El Ecologista*, 55.
- Barcena, I. (2009) "El mito del mercado y la democracia liberal". En AA.VV. *Claves del Ecologismo Social*. Madrid: Libros en Acción, 27-32.
- Barcena, I. (2010) "Decrecimiento y Transporte. De los mitos del transporte a la utopía ecologista". En C. Taibo (dir.) *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*. Madrid: Catarata, 155-167.
- Barcena I. y Lago R. (2009) "Deuda Ecológica: un nuevo concepto integrador para avanzar hacia ese otro mundo posible". En I. Barcena, R. Lago y U.Villalba (coords.) *Energía y deuda ecológica*. Barcelona: Icaria.
- Bermejo, R. (2008) *Un futuro sin petróleo. Colapsos y transformaciones socio-económicas*. Madrid: CIP-Catarata.
- Cattaneo, C. y Gavaldá, M. (2008) La experiencia autogestionaria. *Ecología Política*, 35, 73-76 . Barcelona: Icaria.

- Dale la vuelta (2010) *Movimiento por el Decrecimiento*. Autoedición. Iruña/Pamplona
- Fernández Durán, R. (2011) *La Quiebra del Capitalismo Global: 2010-2030. Preparándonos para el comienzo del colapso de la Civilización Industrial* Barcelona/Madrid: Virus/Baladre/Libros en Acción.
- García, E. (2007) “Del pico del petróleo a las visiones de una sociedad post-fosilista”. En J.Sempere y E.Tello (coords.) *El final de la era del petróleo barato*. Barcelona: Icaria.
- Hamilton, C. (2001) *El fetiche del crecimiento*. Pamplona: Laetoli.
- Herrero, Y. (2011) “Vivir bien con menos: ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia”. *Encuentros de Decrecimiento y Buen Vivir*. Bilbao: UPV-EHU.
- Herrero, Y., Cembranos, F. y Pascual, M. (coords.) (2011) *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad*. Madrid: Libros en Acción.
- Kallis, G. (2011) “In defence of degrowth”. *Environmental Economics*, 70, 873-881.
- Lago, R., Barcena, I. y Bueno, G. (2010) “Ecological Debt: an energy model change for environmental justice”. *Current Research*, 3. *Development Cooperation: Facing the challenge of global change*. Universidad de Nevada y Universidad del País Vasco.
- León, M. (2010) “El “buen vivir”: Objetivo y camino para otro modelo”. En I. León, (coord.) *Sumak Kawsay/ Buen Vivir y cambios civilizatorios*. Quito: Fedaeaps.
- Llistar, D. (2009) *Anticooperación. Interferencias Norte/Sur. Los problemas el Sur global no se resuelven con más ayuda internacional*. Barcelona: Icaria/ODG.
- Martinez Alier, J. M. (2008) “Decrecimiento Sostenible”. *Ecología Política*, 35, 73-76. Barcelona: Icaria.
- Naredo, J.M. (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- Ridoux, N. (2009) *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*. Barcelona: Los libros del Lince.
- Riechmann, J. (2001) *Todo tiene un límite: Ecología y transformación social*. Madrid: Ed. Debate.
- Taibo, C. (2010) *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*. Madrid: Catarata.



4. Debates sobre el decrecimiento

Un término inconveniente

Ladislao Martínez y Chato Galante

Partiendo de una consideración ampliamente compartida que sitúa al decrecimiento como una corriente del ecologismo social, a la hora de valorar la

importancia de su aportación se trataría de responder a dos preguntas relevantes: ¿Hay algún aporte sustantivo de las corrientes *decrecentistas* a los postulados básicos del ecologismo social? ¿Qué utilidad política tiene este concepto para el ecologismo social del que todos y todas nos reclamamos?

A partir de la literatura *decrecentista* que hemos leído, la respuesta a esa primera pregunta no puede ser positiva, más allá de constatar su insistencia en la utilidad de usar un “término obús” o concepto provocador para servir de síntesis de una corriente de pensamiento. Su objetivo central declarado es impulsar la reflexión en torno al mito de crecimiento ilimitado, que es uno de los ejes básicos del sistema económico a combatir, pero en esa reflexión no se encuentra nada nuevo de interés significativo. Por poner sólo unos ejemplos, que podrían extenderse a muchos otros casos, la idea de la necesidad de limitar el uso de combustibles fósiles en un mundo con recursos finitos y con un cambio climático ya presente y en rapidísimo avance, estaba presente en los textos del ecologismo social mucho antes de que apareciera el *decrecentismo*. Otro tanto podría decirse de la inconveniencia de extraer, procesar y trasegar las ingentes cantidades de muchos tipos de productos no renovables en un mundo que cada vez hace más visibles sus límites físicos, proceso que ya se había señalado repetidamente cuando las corrientes *decrecentistas* hicieron su aparición. Tampoco es ninguna novedad teórica plantear la conveniencia de reducir la jornada laboral, que en el decrecimiento aparece como clave de bóveda para conseguir al tiempo producir menos y evitar el drama del paro; la pista en este caso lleva hasta los orígenes del movimiento obrero combativo, que no sólo lo enunció como programa, sino que lo materializó como conquista en determinados momentos. La propia crítica a la irracionalidad de pretender un crecimiento ilimitado en un mundo de recursos y sumideros finitos, es una constante en el ecologismo social desde sus orígenes.

Las limitaciones teóricas del concepto

Parece, por tanto, que el eje del debate se circunscribe a la *conveniencia política* de emplear el término decrecimiento, para los fines y usos que proponen quienes defienden su utilidad. Pero antes de ello es necesario empezar remarcando las limitaciones teórico conceptuales del término decrecimiento, a la hora de articular sobre él un modelo alternativo al actual sistema económico. En primer lugar porque, aunque se presente como antítesis del crecimiento, se trata al igual que éste de un concepto inscrito en el marco teórico de la ideología económica del sistema. El término decrecimiento no es entendible desde el enfoque analítico de la economía ecológica, que rechaza la pertinencia del actual modelo de cuentas nacionales y, a partir de una metodología más abierta e integral, plantea un nuevo sistema económico que articulará el impulso de ciertas actividades, recursos y energías con la reducción de otros. Sin que sea posible fijar parámetros generales cuyo aumento o disminución garanticen la salud de la economía (Naredo, 1987).

Además, en el marco de la crisis global del sistema, cuando sectores significativos de la población pueden poner en cuestión su lógica económica interna, la tarea del ecologismo social es plantear la necesidad de transformar radicalmente el metabolismo económico de la sociedad, y explicar cómo puede hacerse utilizando el aparato analítico y conceptual elaborado por la economía ecológica. Y este es un trabajo que no nos vamos a ahorrar improvisando una explicación estructurada en torno al decrecimiento, concepto deudor de la ideología económica dominante y que parece más relacionado con fantasmas del pasado (crecimiento cero, desmaterialización de la economía,...) que con un nuevo modelo de sociedad sobre el que construir ese otro mundo posible.

En este terreno, por último, no podemos resistir la tentación de hacer un breve apunte metodológico. Prácticamente desde sus orígenes, el ecologismo tiene la inveterada costumbre de buscar conceptos “definitivos” que, expresados en términos “inasumibles” por el sistema, plantean la urgente necesidad de transformaciones sociales profundas. Esta metodología ha demostrado sobradamente su eficacia a la hora de desarrollar campañas concretas. Pero, trasladada sin el debido cuidado al campo teórico, puede generar escuelas reduccionistas no deseables que intentan abarcar toda una escuela de pensamiento, el ecologismo social, en un único concepto. Problema que se agrava cuando, como en este caso, se trata de un concepto cuanto menos equívoco.

Mejores formas de identificación

En todo caso no deja de resultar sorprendente esa preferencia por un término que resulta polémico, dejando de lado otras fórmulas de identificación menos conflictivas y preexistentes (el propio término ecologismo social, ecologismo radical, ecosocialismo o tantos otros), lo que denota una actitud poco sensible a la necesidad de construir terrenos comunes en el campo del ecologismo social. ¿De verdad se cree que añadir un “potente término identificador”, aunque éste fuera el más afortunado del mundo, puede implicar un cambio importante en la situación y las tareas de la lucha ecologista? Suponer que un nuevo enunciado político produce avances significativos en la correlación de fuerzas de la sociedad, es una afirmación idealista que prueba además una confianza desmedida en la mercadotecnia.

En distintas polémicas con amigas y amigos *decrecentistas*, se ha objetado que el ecologismo tiene una larga tradición de empleo de expresiones impaciantes como “*Nuclear, no gracias*”, “*El coche devora la ciudad*”, “*Mejor con menos*” o “*Lo pequeño es hermoso*”, por citar sólo algunas. No creemos que todos los enunciados anteriores sean igual de eficaces ni utilizables en cualquier momento y lugar^{1/}, pero en todo caso se trata de consignas de campaña

^{1/} Nadie dice “*mi sueldo es pequeño, luego mi sueldo es hermoso*” o es evidente que no se está “*mejor con menos*” afectos, por citar dos casos en los que estas expresiones prueban que requieren un cierto contexto.

o de expresiones para combatir alguna idea concreta, y más o menos válidas en un contexto determinado. No se trata, por tanto, de plantear dudas sobre su utilidad, como tampoco tenemos objeciones mayores al empleo del término decrecimiento vinculado a ciertos contextos, como decrecimiento del consumo de combustibles fósiles, de las emisiones de dióxido de carbono o del trasiego de materiales y productos. Pero los problemas aparecen al valorar su pertinencia cuando se trata de definir a todo un movimiento sociopolítico con aspiraciones de transformar el mundo, realizando un cambio revolucionario del modelo de sociedad.

Más sorprende por último ese empeño en el uso del término, cuando alguno de sus más vehementes defensores reconocen que, para lo que quieren decir, hay términos mejores. El propio Latouche afirma que *“con todo rigor, convendría más hablar de acrecimiento, tal como hablamos de ateísmo que de decrecimiento”*. Y plantea inmediatamente después que se trata de abandonar *“la religión de la economía, del crecimiento, del progreso, del desarrollo”* (Latouche 2008, p. 16). Una expresión que para nosotros resume perfectamente el impulso provocador de su autor... pero también la falta de precisión que le acompaña en demasiados casos.

El “otro” decrecimiento

Otro asunto no menor es que el término decrecimiento existía previamente a su uso por quienes se reclaman de él y tiene connotaciones bastante desagradables, puesto que su significado en términos de la economía oficial no es otro que el de la recesión. Además debería preocupar que se trate de un término infrecuente, desconocido para un amplio sector de la población cuyos intereses se intentan defender y sobre todo que se usa de manera intermitente. Es decir, es un término que casi desaparece de los medios de comunicación y de las publicaciones de más amplia lectura en situaciones de bonanza económica y que se emplea mucho más, asociado siempre a estrecheces, problemas sociales, recortes de derechos, en situaciones de crisis como las que ahora viven buena parte de los países periféricos de Europa. Desde luego su carácter de provocación es evidente pero su utilización obliga necesariamente, sobre todo al dirigirse a sectores sociales amplios, a empezar explicando que el decrecimiento del que se habla no es ese que bastante gente conoce y que evoca tantos problemas. Si se tiene en cuenta la función pedagógica de la política, no es muy aconsejable recurrir a la estrategia de la provocación cuando va acompañada, en tantas ocasiones, de una tarea añadida a menudo farragosa.

Por citar un ejemplo que nos parece pertinente y de actualidad, no vemos la manera en que el decrecimiento pueda enriquecer movimientos como el del 15-M. Justo cuando uno de los motores de ese movimiento es el profundo malestar de la ciudadanía por el desmantelamiento de servicios públicos y el recorte de los derechos sociales, difícilmente el empleo de un término como

decrecimiento puede ayudar a dinamizarlo ¿Qué sentido tiene, para un colectivo que intente ampliar su influencia en este movimiento, tratar de reforzar su perfil político definiéndose como *decrecentista*? En un movimiento que tiene como rasgo distintivo que “*su programa es la acción que decide emprender*”, lo más razonable sería elegir entre los aspectos centrales de tu discurso aquellos que reúnen la doble condición de ser a la vez radicales y tener una repercusión garantizada. Piénsese que cuando se escriben estas notas el movimiento ha celebrado ya acciones masivas contra “el pacto del euro” o contra los desalojos, aspectos ambos que sin duda reúnen la doble condición antes expuesta.

El riesgo de un idealismo apolítico

En ocasiones las posiciones decrecentistas comparten con ciertas corrientes del socialismo utópico y libertarias su escasa valoración de los problemas de la política concreta. Ignoran o minusvaloran las graves dificultades que presenta la transición hacia su modelo social, las resistencias de los beneficiarios del modelo actual y los riesgos de malograr avances concretos en la confrontación social. En definitiva, prestan escasa atención a problemas decisivos para lograr transformaciones sociales reales. Casi nunca hablan de acumulación de fuerzas, de posibilidades de avanzar en tal o cuál campo, de aspectos organizativos o de posibilidades de ganar a este o a aquel sector social para un avance. Con frecuencia se limitan simplemente a hacer autopropaganda del modelo propio, con la esperanza de arrasar las resistencias de un poder que, en sus esquemas, es a la vez omnipresente y sorprendentemente frágil. En su planteamiento la acción política no es fundamentalmente un asunto de programas, luchas, alianzas o prioridades. En la práctica parece que les basta, incluso cuando descienden al terreno de las propuestas concretas, con formular opciones genéricas sin detenerse a definir por quién y cómo pueden ser puestas en marcha. Parece que así, al margen de la escasez de medios propios, pueden provocar una revolución cultural que alcance a amplios sectores sociales y que venza las resistencias de los poderosos.

Tampoco parecen conceder demasiada importancia a uno de los problemas cruciales que enfrenta el ecologismo social cuando intenta actuar en sociedades opulentas y que ya fue enunciado por Manuel Sacristán en los años 70: el escaso poder de seducción de una revolución cuyo programa político debe incluir, como aspecto central necesario, la idea “*de nada en demasía*”. Lo que conlleva trasladar a amplios sectores de la ciudadanía la constatación de que muchas preferencias, que ya han sido cubiertas por el sistema en estos países para una franja mayoritaria de la sociedad, no pueden sin embargo reclamarse como derechos porque no son universalizables. Es decir, que la transformación social necesaria implica *para toda la población* renunciar a ciertos privilegios, de los que obtienen los correspondientes niveles de seguridad y bienestar y que el sistema ya ha conseguido prácticamente universalizar en las socie-

dades ricas: viajes en avión^{2/}, aire acondicionado, consumo de carne, y que son mayoritariamente consideradas conquistas sociales irrenunciables. Para hablar con precisión, no es que no pueda hacerse nada de esto en absoluto, pero sin mentir debe decirse que hay que hacerlo en mucha menor escala que en la actualidad y que, por tanto, debe haber un sistema para decidir racional y democráticamente cuando puede hacerse y cuando no.

El “Qué hacer” de Latouche

Hay excepciones a este ignorar los problemas de la transición. Por ejemplo Latouche afirma: “*El decrecimiento no puede concebirse sin salir del capitalismo*”. Sin embargo, pocas líneas más adelante encontramos esta otra afirmación que expresa exactamente la idea contraria: “*La eliminación de los capitalistas, la prohibición de la propiedad privada de los bienes de producción, la abolición de las relaciones salariales o de la moneda abocarían a la sociedad al caos y sólo sería posible a costa de un terrorismo masivo. Y, por otro lado, esto no bastaría para salir del imaginario capitalista*” (Latouche 2008, p. 173).

Como se ve, no resulta fácil entender desde qué punto de vista se plantea el teórico del *decrecentismo* la puesta en marcha de su alternativa social. Además páginas adelante (*Ibidem*, p. 238) se plantea: “*¿Cómo afrontar ‘políticamente’ la megamáquina?/3*” y aquí vuelven a aparecer las sorpresas. Dice Latouche: “*La respuesta tradicional de una cierta extrema izquierda consiste en hacer de una entidad, ‘el capitalismo’, el origen de todos los problemas*”.

De ahí cita a Castoriadis y se pregunta “*¿qué fuerzas sociales representan una alternativa? ¿O es la propia idea de una relación entre una alternativa y unas fuerzas sociales precisas lo que es falso?*”. Se desmarca de la idea de que el proletariado tiene la misión histórica de transformar la sociedad y concluye que: “*toda la población puede ser sensibilizada para esta exigencia- salvo tal vez un 3 a un 5% de individuos inconvertibles*”.

La puesta en cuestión del proletariado como sujeto de la revolución, en el sentido utilizado por los clásicos, es una idea desde hace mucho tiempo planteada y discutida desde los movimientos sociales, con una aportación significativa del

^{2/} Contamos una anécdota de cuyo valor tenemos alguna duda, pero que nos parece muy ilustrativa. En la misma manifestación contra el desalojo de una casa ocupada tuvimos dos discusiones casi consecutivas. La primera se inició cuando un veterano revolucionario se quejó de lo excesivamente costosos que resultaban los aviones. Le intentamos convencer de que esa afirmación era de derechas y que los aviones eran siempre demasiado baratos (sin éxito. Lo atribuí a nuestro fanatismo ecologista). E inmediatamente después una compañera decrecentista decía, con total sinceridad, no entender qué ventaja le veía nadie a los aviones. Nosotros sí le vemos ventajas a los aviones y al aire acondicionado en verano, pero creemos que existen poderosas razones para limitar estrictamente su uso y que sólo desde una inconsciencia culpable podemos proclamar nuestro “derecho” a su uso.

^{3/} Las comillas interiores y el término megamáquina es del autor.

feminismo. Pero no es ese el problema, es más aunque se estuviera enteramente de acuerdo con lo que aquí dice, Latouche sigue sin responder a la pregunta por él mismo formulada: “¿Cómo afrontar “políticamente la megamáquina?” Y deseamos a todo el mundo en la lectura de las páginas posteriores mayor fortuna o mejor vista que la nuestra a la hora de encontrar alguna referencia a esta cuestión decisiva. Puede que se trate de resolver agitando vehementemente al viento la bandera del decrecimiento, pero no nos atrevemos a asegurarlo.

Sí se puede encontrar en esas mismas páginas algo muy indicativo de la personalidad de Latouche. “*El problema es que la lucha de clases se acabó y que el capital salió triunfador arrastrando prácticamente con todo lo apostado*” (Ibidem, p. 240) E inmediatamente después, tras un revelador epígrafe titulado “*Qué hacer*”, se encuentra la siguiente perla: “*En el núcleo del programa se encuentra la internalización de las deseconomías externas... Esta medida, en principio conforme a la teoría económica ortodoxa, permitiría, si fuera aplicada hasta sus últimas consecuencias, realizar casi todo el programa de una sociedad de decrecimiento*”. Queda más que demostrada por tanto la voluntad de provocar de Latouche, pero al precio de generar muy serias dudas sobre su coherencia.

La unidad en la acción

Aunque sea de forma tangencial, por las limitaciones de espacio disponible, es necesario hacer referencia a la afirmación según la cual, para muchos autores y autoras *decrecentistas*, se pueden incluir en esta corriente la mayoría de las experiencias políticas indigenistas sobre todo latinoamericanas. Pueden constatarse evidentes similitudes, que por cierto son también extensibles al grueso del ecologismo social, sobre todo en lo que se refiere a su crítica de la ignorancia de los límites naturales que demuestra el sistema. También es fácil de entender la importancia que tendría la confirmación de tal supuesto⁴. Pero hasta ahora no existe ningún dato real que permita afirmarlo sin ambigüedades, no conocemos ningún líder indigenista de relevancia cuyo discurso y acción puedan considerarse sin equívocos *decrecentista* y nos parece que las diferencias metodológicas y aún culturales entre ambas posiciones por el momento sólo permiten constatar los importantes aspectos comunes.

Para concluir, consideramos necesario avanzar en la creación de un marco que limite el alcance de la división de una corriente fundamental en el futuro del ecologismo. Para ello lo decisivo es poner en valor la experiencia del ecologismo social: centrarnos en la acción política con los sectores sociales en conflicto más o menos profundo y consciente con el sistema, buscar los meca-

⁴/ Con motivo del referéndum constitucional de Bolivia tuvo lugar un acto en el Círculo de Bellas Artes de

nismos que posibiliten su aceptación de un discurso alternativo elaborado a partir de la experiencia práctica común, poner el énfasis en el impulso de la acción política transformadora, mantener el esfuerzo unitario que produzca la mezcla capaz de cambiar correlaciones de fuerzas sin diluir las opciones estratégicas. O por decirlo con un ejemplo: lo importante son cosas como llegar a tiempo para detener el cambio climático ya en marcha, y para ello lo fundamental es dotarse de un programa suficientemente transformador y reunir a su alrededor la fuerza social necesaria para el cambio.

En este proceso tiene un papel significativo el debate sobre la conveniencia de una definición *decrecentista* del ecologismo social. Contra esa idea polemizamos con vehemencia, en base a lo expresado en este artículo y a la convicción de que el ecologismo social no necesita de una “definición fuerte” que genera más problemas de los que soluciona. Insistiendo siempre en los muchos aspectos que nos unen y proponiéndonos buscar la síntesis en el discurso y en la acción.

Bibliografía citada:

- Latouche, S. (2008) *La apuesta por el decrecimiento*. Barcelona: Icaria.
Naredo J.M. (1987) *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid: Siglo XXI.

Chato Galante y Ladislado Martínez son miembros de Ecologistas en Acción. Forman parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

Madrid. Tras una apasionada y nada crítica exposición del proceso boliviano, una liberada de una ONG española partidaria del decrecimiento, indicó que dicho proceso era la experiencia más acabada de decrecimiento. Intervino después el representante de la embajada boliviana, que no cesó de hablar de los logros del gobierno de Evo Morales en mejorar la producción, con continuas referencias estadísticas sobre el aumento en la extracción de hidrocarburos, de litio,... No es sólo que en la experiencia boliviana haya muchas sensibilidades distintas, lo que es obvio, sino también que entre la cultura de respeto a la Pacha Mama y la teoría del decrecimiento sigue habiendo una notable distancia.



La Marabunta, un nuevo espacio cultural asociativo en Madrid

Hazte soci@ de la librería
la marabunta

Librería, café, cooperativa de consumo...



www.lamarabunta.info
c/ Torrecilla del Leal 32
(esquina Buenavista)
28012 Madrid <M> Lavapiés.
Telf. 915 305 555
libreria@lamarabunta.info
Horario:
mañanas de 10 a 14h.
tardes 17 a 21
fines de semana
12 a 00h.

4 plural2 plural2

Marx y la Comuna

El tiempo del reloj y el tiempo de las cerezas

Miguel Romero

*A la memoria de Ramón Fernández Durán,
recordando los buenos ratos compartidos en nuestros “tiempos de las cerezas”.*

*J’aimerai toujours le temps des cerises
Et le souvenir que je garde au cœur !
(...) Mais il est bien court le temps des cerises”*

*(Siempre amaré el tiempo de las cerezas
Y el recuerdo que guardo en mi corazón
(...) Pero es muy corto el tiempo de las cerezas).*

Letra de Jean-Baptiste Clément. Música de Antoine Renard (1866)*

“Lo que tenemos que hacer ahora es la crítica despiadada de todo el orden establecido, despiadada en el sentido de que la crítica no teme ni a sus propias conclusiones, ni al conflicto con los poderes existentes” (Marx, 1843).

Venerada en discursos y conmemoraciones pero ignorada en la práctica de todas las revoluciones del siglo XX, desde la revolución rusa a la revolución cubana, *La guerra civil en Francia* es una obra fundamental del marxismo. Si puede hablarse de una “política marxista”, su base teórica está en la “trilogía francesa” que forma junto con *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, y de la que constituye la conclusión: para Marx, el proyecto revolucionario para la “emancipación del Trabajo” se encarna en la Comuna de París.

La guerra civil en Francia no es un texto de historia, ni de teoría política. Es una crónica de periodismo militante terminada dos días después de la masacre que destruyó a la Comuna. Fue escrita con el objetivo de dar a conocer urgentemente al movimiento obrero una gesta excepcional, que era vital que comprendiera e hiciera suya unitariamente, frente a la contraofensiva

“Marx plantea el conflicto entre Estado y sociedad de una forma radical, como contradicción entre el ‘interés común’ y el ‘interés general”

reaccionaria y la avalancha de represión y calumnias que, tras la derrota, se difundirían sobre ella por toda Europa. Quizás Marx pensó que las lecciones de la Comuna podrían ser un patrimonio común compartido por todas las corrientes de la Internacional, superando así sus divisiones internas; eso explicaría que apenas aluda a las polémicas dentro de la Internacional, pese a que entonces se había encontrado la batalla fraccional con la corriente encabezada por

Bakunin. Pero no fue así: la Internacional se autodestruiría, y se disolvería oficialmente en 1876, inaugurando una larguísima serie de experiencias del movimiento obrero en las que las fracciones han sido más fuertes que la vida.

Ese carácter de crónica de urgencia permite comprender que algunos hechos aparezcan excesivamente comprimidos –como, por ejemplo, la etapa que transcurren entre el 18 de marzo, en que se considera que nace la Comuna, y el 26 de marzo, fecha de su proclamación formal, un período confuso y contradictorio¹, con sucesivos intentos fracasados de negociación con el gobierno de Versalles, unas elecciones con baja participación, etc.-; otros estén subvalorados –por ejemplo, el papel de los organismos locales y barriales, políticos y militares, que actuaron frecuentemente con un alto grado de autonomía respecto a los organismos centrales, sin los cuales no pueden entenderse la creatividad y la fuerza social del proceso, aunque también su desorden-; y en fin, otros apenas sean nombrados –como, particularmente, las mujeres comuneras, que tuvieron un papel político importante, más allá de las tareas “femeninas”: atención a heridos y otros servicios de retaguardia, sufrieron la represión y concentraron un odio especial en las campañas de calumnias tras la derrota. Vale la pena, en este caso, recordar algunos datos: de las 35.000 personas juzgadas después de la derrota, 1.050 eran mujeres, 70% obreras. Las que fueron llamadas “petroleras” -con propósito de insultarlas, aunque el nombre fue asumido con orgullo y hoy es reivindicado por el feminismo en Francia- estaban agrupadas, primero en el Comité de Mujeres que llegó a contar con 1.500 afiliadas y posteriormente en la Unión de Mujeres para la Defensa de París. Algunas de estas mujeres, como Louise Michel, Sophie Poirier, Béatrix Excoffon, Paule Mink... tuvieron un papel protagonista en los clubs de debates y fueron reconocidas oradoras políticas. No suele incluirse entre los

¹/Sobre la compleja historia de este período, ver especialmente los capítulos III a VIII de Lissagaray, 2003 y las páginas 34 a 100 de Godineau, 2010.

logros de la Comuna el decreto de abril que dio derecho a recibir a una pensión a las viudas e hijos de los guardias nacionales caídos en combate, sean o no “legítimas” y “reconocidos”. En las condiciones de la época, esta medida constituyó una brecha en el sistema de relaciones familiares impuesto por el Código napoleónico y una medida liberadora para las mujeres, aunque en ningún caso éstas tenían derechos iguales a los de los hombres (Godineau, 2010, p. 155).

En todo caso, estas limitaciones, no desmienten el análisis de Marx y sus conclusiones, que se basan fundamentalmente en hechos confirmados por los estudios históricos posteriores.

La Comuna tuvo una existencia muy breve, apenas setenta y dos días, el “tiempo de las cerezas”. Puede considerarse una temeridad que de una experiencia tan excepcional y tan breve, Marx concluya en cuestiones básicas para el proyecto revolucionario. Pero el tiempo de las revoluciones no es el tiempo de los relojes.

En sus *Tesis de filosofía de la historia*, Walter Benjamin rememora un acontecimiento de gran fuerza simbólica que tuvo lugar en la “revolución de las barricadas” de julio de 1830: “*La consciencia de estar haciendo saltar el continuum de la historia es peculiar de las clases revolucionarias en el momento de su acción (...) Cuando llegó el anochecer del primer día de lucha, ocurrió que en varios sitios de París, independiente y simultáneamente, se disparó sobre los relojes de las torres*” (Benjamin, 1940). La voluntad de detener el tiempo “homogéneo y vacío”², que es el tiempo del cronómetro, dominado por el poder establecido, e imponer otro tiempo vertiginoso y convulso, determinado por la propia lucha, está presente en todas las revoluciones, tanto más cuando la iniciativa viene de abajo.

Las revoluciones son para los pueblos como la música para Charlie Parker en el maravilloso cuento que le dedicó Julio Cortázar. Por ejemplo, en esta conversación entre Johnny Carter [*Charlie Parker*] y Bruno [*Cortázar*]. Dice Johnny: “*Bruno si yo pudiera solamente vivir como en esos momentos, o como cuando estoy tocando y también el tiempo cambia... Te das cuenta de lo que podría pasar en un minuto y medio. Entonces un hombre, no solamente yo sino ésa, tú y todos los muchachos, podrían vivir cientos de años, si encontráramos la manera podríamos vivir mil veces más de lo que estamos viviendo por culpa de los relojes (...)*”. Y Bruno comenta: “(cuando Johnny me lo está diciendo) *siento que hay algo que quiere ceder en alguna parte, una luz que busca encenderse, o más bien como si fuera necesario quebrar alguna*

² Marx lo expresa así: “*pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos, un proceso cuya única fuerza propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que sólo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse.*” (Marx, 1968, p. 46)

cosa, quebrarla de arriba abajo, como un tronco metiéndole una cuña y martilleando hasta el final” (Cortázar, 1996, pp. 233-234).

Pero éstos son períodos efímeros: el tiempo de la resistencia tras una derrota, y también el de la construcción de un poder revolucionario tras una victoria, son tiempos largos, en los que la energía popular se concentra en la “vida cotidiana” y la iniciativa política tiende a establecerse en instituciones de representación, cuyas relaciones con la base popular son siempre conflictivas, cuando no contradictorias. Los relojes rotos se reparan y el desafío es proseguir la obra revolucionaria cuando el tiempo vuelve a medirse al ritmo del calendario. La interpretación de Marx sobre la Comuna no contempla estos problemas. Marx se refiere al comienzo y a la meta de la emancipación. Cada revolución tiene que inventar su ruta.

Escribe Daniel Bensaid: “*La Comuna es un acontecimiento político complejo, en el que se articulan y se anudan tiempos y espacios discordantes y múltiples motivaciones políticas estrechamente mezcladas: un movimiento de revuelta patriótica contra la ocupación extranjera, una sublevación de la opinión republicana contra Versalles, un movimiento de rebelión contra el Estado parasitario, un movimiento revolucionario contra la burguesía y el capital*” (Bensaid, 2008)/3.

El propósito de este artículo es presentar y dialogar con las ideas de Marx sobre esa compleja trama de movimientos, reduciendo al mínimo imprescindible la narración histórica. Este propósito sólo se logrará, en el mejor de los casos, de una forma muy limitada. Afortunadamente es fácil encontrar en internet (por ejemplo en: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/71gcf/index.htm>). *La guerra civil en Francia*. Me conformo con que el artículo anime a leerlo a quien no lo conozca. Releerlo es un placer que no necesita de estímulos suplementarios.

1. El descubrimiento

“He aquí su verdadero secreto: la Comuna era esencialmente un Gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo. Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna habría de servir de palanca para extirpar los

3/ Este artículo debe mucho a largas conversaciones con Daniel Bensaid, preparatorias de un artículo común que se quedó en proyecto. Para bien de todos, el artículo lo escribió solo Daniel (Bensaid, 2008). Muchas ideas que he desarrollado ahora están ya en ese artículo. Otras tienen que ver con los debates que tuvimos entonces. En la web de VIENTO SUR está una primera versión anterior, muy reducida, del artículo de Bensaid: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=2348>.

cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase” (Marx, 1981, p. 236).

“*Al fin descubierta*”. Es decir, antes no se sabía cuál era el significado político del lema sobre el que se construyó la 1ª Internacional: “*La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*”, un imperativo político-moral que conserva hoy toda su vigencia. Ni siquiera se sabía si esa expresión misteriosa podía tener contenido político y de hecho, el anarquismo, una corriente fundamental del movimiento obrero, se lo negaba. Sólo la lucha social podía construir una respuesta.

Engels se refiere en su introducción de 1891 (Marx, 1981, p. 190) a este “adelanto” de la formulación de aspiraciones y objetivos, respecto a su comprensión, que sólo puede ser el resultado de la lucha: “*Estas reivindicaciones eran más o menos oscuras y hasta confusas, a tono en cada período con el grado de desarrollo de los obreros de París, pero se reducían siempre a la exigencia de abolir los antagonismos de clase entre capitalistas y obreros. A decir verdad, nadie sabía cómo se podía conseguir esto*”. Y más adelante: “*Nadie sabía a ciencia cierta, ni los mismos obreros, qué había que entender por república social*”.

Quienes reprochan a Marx la ausencia de discurso estratégico no entienden que para Marx la estrategia se crea en las luchas concretas, en el movimiento real; a la teoría revolucionaria sólo corresponde la tarea de reconocer el “descubrimiento”, sistematizarlo y, prudentemente, generalizarlo, en la medida en que ello es conveniente, es decir, en la medida en que la generalización no se impone como un protocolo obligado a las revoluciones futuras.

“*La forma política*”. El carácter “político” de la Comuna fue objeto de grandes controversias en su tiempo entre “marxistas” y “bakuninistas”. Pero ésta no es una cuestión ideológica. Marx no inventa este carácter: lo recoge de los propios documentos de la Comuna. Por ejemplo, el Manifiesto del 18 de marzo del Comité Central: “*Los proletarios de París en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos tomando el poder*” (Marx, 1981, p. 230). Unos días más tarde, el 22 de marzo, el Diario Oficial de la Comuna, expresa la misma idea desde un punto de vista institucional: “*Le incumbe a París hacer respetar la soberanía del pueblo. París ha sido, y debe seguir siendo, definitivamente la capital de Francia, la cabeza y el corazón de la República democrática, y debe velar por la libertad y la tranquilidad públicas con la ayuda de la guardia nacional compuesta por todos los ciudadanos, que eligen directamente a sus jefes por sufragio universal*”.

“El ‘programa’ de la Comuna fue lo que hizo, respondiendo a la experiencia concreta de la población comunera...”

Pero “*tomar el poder*” ha adquirido un significado radicalmente nuevo, tan nuevo que la expresión tradicional resulta confusa. En realidad, “*los proletarios de París*” no “*han tomado*” el poder; han destruido el poder existente y han empezado a construir una palanca política para “*la dominación de los productores*”, para la emancipación y la “*soberanía del pueblo*”

que, según Engels, “*ya no era un Estado en el verdadero sentido de la palabra*” (Engels, 1875).

2. El Estado

Entonces, ¿qué era un Estado “*en el verdadero sentido de la palabra*”? ¿Por qué afirma Marx que “*Esta nueva Comuna (...) viene a destruir el poder estatal moderno*” (Marx, 1981, p. 234)?

El poder estatal en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX se había configurado a partir de la derrota de las revoluciones de 1848. La referencia para el análisis de Marx es la instauración en Francia, bajo el mando de Luis Bonaparte, del 2º imperio, en el que considera condensadas las características comunes necesarias del Estado cuando “*si el proletariado no estaba en condiciones de gobernar a Francia, la burguesía no podía seguir gobernándola*”¹⁴. Entre esas características, algunas son propias de ese período histórico, aunque puedan reaparecer en otros, con formas similares y contenidos diversos: este es el caso del “bonapartismo”, cuando el poder político se autonomiza de las clases sociales, en torno a la figura de un “líder”, como condición para poder servir más eficazmente a los intereses de la clase dominante. Otras son consideradas por Marx como estructurales del “*poder estatal moderno*”, en especial, el carácter fundamentalmente represivo y parasitario del Estado “*que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento*”. El Ejército permanente y la policía son los agentes fundamentales de la represión, basada en el monopolio de las armas. La burocracia es el agente de la función parasitaria. La revolución aparece así como la condición del libre movimiento de la sociedad, para lo cual “*los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad*” (Marx, 1981, pp. 234-235).

¹⁴ Engels añade prudentemente: “*Por lo menos en aquel momento en que su mayoría era todavía de tendencia monárquica y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos y el cuarto republicano*” (Marx, 1981, p. 191). Esta referencia puntualiza una expresión (el proletariado “todavía no puede”, la burguesía “ya no puede”) que sólo tiene sentido coyuntural, pero frecuentemente se interpreta como un proceso lineal en el que “*todavía*” significa una víspera cierta y “*ya*” significa una sentencia inamovible.

Marx llama “*Estado moderno*” al Estado de su tiempo, que no es obviamente el Estado en el tiempo de Gramsci, ni en nuestro tiempo; no sería marxista construir una “teoría marxista del Estado” generalizando los análisis de Marx sobre este tema. Pero sí tiene sentido plantearse si los elementos que Marx considera “estructurales” corresponden al Estado en la sociedad capitalista y, por tanto, continúan vigentes, aunque combinados con otros, mientras el capitalismo exista. En este sentido, Marx plantea el conflicto entre Estado y sociedad de una forma radical, como contradicción entre el “*interés común*” y el “*interés general*”, invocado habitualmente para legitimar al Estado: “*Cada interés común (gemeinsame) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior general (allgemeines), se sustraía a la propia actuación de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno, desde el puente, la casa-escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades nacionales de Francia.*” (Marx, 1968, p. 143). Así, la posibilidad de que los individuos construyan libremente un “*interés común*” exige el enfrentamiento con el Estado que pretende expropiarlo. En este sentido hay que interpretar este texto particularmente libertario de Engels: “*Mientras que el proletariado necesite todavía del Estado no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir.*” (Engels, 1875).

La radicalidad de la crítica a la “vieja máquina del Estado” no impide a Marx y Engels ser conscientes de que en el nuevo poder se mantendrían inevitablemente restos de la “vieja máquina” y riesgos de que renacieran los males del pasado. Para Engels “*deshacerse*” del Estado es una tarea para las generaciones futuras: “*En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, es un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos que amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado*” (Marx, 1981, pp. 199-200).

El reconocimiento de ese “*mal hereditario*” es la condición para poder combatirlo: esa es una de las tareas centrales de la política revolucionaria. Engels llegará a proponer al Partido Socialdemócrata alemán que elimine la expresión “Estado popular” de su programa: “*... nosotros propondríamos remplazar en todas partes la palabra Estado por la palabra ‘comunidad’ (Gemeinwesen), una buena y antigua palabra alemana equivalente a la palabra francesa Commune.*” (Engels, 1875)

Más allá de consideraciones simbólicas, las primeras decisiones de la Comuna tendrán como objetivo combatir esos males: “*La Comuna tuvo que*

reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento.” (Marx, 1981, p. 198).

La revocabilidad es sólo uno de los elementos la democracia comunera. Desarrollaremos este tema más adelante.

3. Las armas

“Si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había desecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.” (Marx, 1981, p. 233)

Éste es uno de los párrafos en que Marx comprime un período relativamente prolongado –más de siete meses, entre el 4 de septiembre y el primer decreto de la Comuna, a finales de marzo- en el que hay episodios que deben ser destacados.

Recordemos: el 4 de septiembre de 1870, inmediatamente después de la derrota de Sedán, con Napoleón y la mayoría de su ejército prisionero de Prusia, se proclama la República y a su frente un Gobierno de Defensa Nacional, integrado por militares y políticos republicanos, sin ninguna participación de personas representativas de la resistencia popular. París comienza a sufrir un cerco que engendrará sufrimientos terribles a la población bombardeada y hambrienta. *“París campamento. París sepulcro. París prisión”*, escribe Víctor Hugo. El *“campamento”* terminará siendo decisivo.

Para hacer frente al asedio, se ha reforzado la Guardia Nacional, multiplicando por cuatro sus efectivos, hasta alcanzar entre 200 y 300.000 hombres, y mujeres, armados, en una ciudad de poco más de dos millones de habitantes. La Guardia Nacional elige a sus responsables, que forman un Comité Central, que asumirá de hecho la representación del pueblo de París hasta que la cede a la Comuna.

Esta milicia ciudadana tiene una escasa formación militar, pero una fuerza política potencial muy grande, porque está armada y es autónoma respecto al Gobierno. Nace así un embrión de poder alternativo, que se combina y se refuerza mutuamente con los comités republicanos de vigilancia que surgen en cada distrito, en principio para apoyar al gobierno y a las autoridades locales en la tareas de defensa, pero que incorporan inmediatamente reivindicaciones propuestas por los militantes revolucionarios: entre ellas, el control popular de

todas las medidas adoptadas para la defensa, el control de la Guardia Nacional sobre la policía, la mejora del abastecimiento de la población...

El 15 de septiembre, cincuenta delegados de los comités firman el “*affiche rouge*” -primero de una serie de “carteles rojos” que señalan momentos importantes de la historia de las luchas populares en Francia- que se pegará en las paredes de París, y que concluye reclamando la constitución de una Comuna, recordando así a la Comuna insurreccional de los *sans-culottes* de 1792.

Así, la fuente de legitimidad de la resistencia frente a las tropas prusianas es la revolución que ha proclamado la República el 4 de septiembre y el objetivo fundamental es la defensa nacional. Pero se va desarrollando una batalla entre el pueblo de París en armas y el gobierno republicano por quien encarna esa legitimidad y es capaz de realizar ese objetivo.

En esa batalla las armas tienen un papel fundamental. El armamento popular crea las condiciones materiales para que dentro del objetivo patriótico aparentemente compartido se vaya diferenciando una alternativa política al gobierno republicano. En este sentido, es interesante el enfoque de la AIT sobre las relaciones entre el movimiento popular y el gobierno en la primera etapa del asedio: “*Cualquier intento de derribar al nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir su deber de ciudadanos*”. Pero al mismo tiempo “*que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar más a fondo en la organización de su propia clase. Esto les infundirá nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común: la emancipación del trabajo*” (Manifiesto, 1870).

Los meses posteriores van a conocer diversos alzamientos insurreccionales sin éxito del pueblo de París, agotado e indignado por el asedio y cada vez más consciente de la incapacidad del gobierno republicano para la defensa.

El 18 de marzo, el gobierno decide pasar a la ofensiva y apoderarse de los cañones que constituían el principal armamento de la Guardia Nacional. “*El armamento de los obreros*”, dice Engels, los constituye en “*una fuerza dentro del Estado*”, y por eso “*el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado*” (Marx, 1981, p. 190).

Pero el pueblo no solamente quiere mantener su propio armamento; además considera que esos cañones le pertenecen porque fueron comprados por suscripción popular; una muestra concreta del conflicto entre el “interés común” y el “interés general”.

En Montmartre, la reacción popular hace fracasar la operación militar: soldados, comuneros y comuneras confraternizan en las calles. París se cubre de barricadas. Así estalla el conflicto de legitimidades entre el gobierno republi-

“La sustancia del planteamiento de Marx está en afirmar que el sujeto revolucionario y los objetivos fundamentales de su proyecto están ya presentes, pero como hibernados en la sociedad burguesa...”

cano y el pueblo de París, entre el “Estado” y la “sociedad”. El gobierno tiene que abandonar París que se constituye en Comuna⁵.

A veces se presenta el 18 de marzo como un ejemplo de que acontecimientos relativamente menores e imprevisibles son capaces de desencadenar procesos revolucionarios. Así ha sucedido en muchas ocasiones, pero hay que cuidarse de la tentación de dar una importancia excesiva a la “chispa” respecto a las condiciones sociales y políticas, creadas en la etapa anterior, que permiten que el fuego prenda. En realidad, el 18 de marzo es el fruto de un proceso que empezó muchos meses antes, el 4 de

septiembre de 1870, con la proclamación de la República y el desarrollo de los comités republicanos de vigilancia en los barrios de París.

4. El “programa”

“La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor.” (Marx, 1981, p. 241)

El “programa” de la Comuna no responde a ninguna ideología, estrategia, ni analogía histórica. Incluso la palabra “programa”, en la medida en que se utiliza habitualmente para un proyecto elaborado antes de su realización y que sirve de guía para la práctica, hay que usarla entrecomillada. El “programa” de la Comuna fue lo que hizo, respondiendo a la experiencia concreta de la población comunera y también reaccionando ante las acciones y provocaciones del enemigo. Por ejemplo, su internacionalismo está más que en proclamas, en el nombramiento del alemán Leo Frankel, como ministro de Trabajo y de los polacos Dombrowskiy Wróblewski como responsables de la defensa de París, o en el derribo de la columna Vêndome.

Algunas debilidades y errores importantes pueden explicarse como consecuencia de este carácter empírico. Pero, sobre todo, la fuerza, la capacidad de creación y la unidad de la Comuna nacieron y se alimentaron de esta conexión inmediata con las opiniones y las demandas concretas populares.

La combinación natural de objetivos democráticos, patrióticos e internacionalistas, de construcción de la nación y de ruptura simbólica con el Imperio, de expropiación de fábricas y de desarrollo de economías cooperativas... asombra por su audacia y por la inteligencia con las que en la pro-

⁵/Resumo aquí muy esquemáticamente la narración histórica de Lissagaray y Godineau.

pia lucha por ellos se iban constituyendo social y políticamente el “sujeto revolucionario” comunero.

Toda esta riqueza se pierde si se la somete a un juicio ideológico. Así hizo Lenin en *Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución rusa* (1905) al criticar a la Comuna por haber “*confundido los objetivos de la lucha por la república con los de la lucha por el socialismo*”; *por esta razón es un gobierno al que el nuestro (el futuro gobierno democrático revolucionario ruso) no debe parecerse.*”⁶ Años después, en *El Estado y la revolución* (1917), Lenin cambió radicalmente y basó en la Comuna el proyecto de poder revolucionario que trágicamente no pudo realizarse.

Marx da una fundamentación teórica de este proceso, que contiene también un debate complejo, y actual, sobre las condiciones sociopolíticas para el desarrollo de las luchas emancipatorias: “*La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla par décret du peuple. Saben que para conseguir su propia emancipación y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad agonizante lleva en su seno*” (Marx, 1981, p. 237).

Dejemos de lado las expresiones deterministas (“*tiende irresistiblemente*”...). La sustancia del planteamiento de Marx está en afirmar que el sujeto revolucionario y los objetivos fundamentales de su proyecto están ya presentes, pero como hibernados en la sociedad burguesa, hasta que una crisis los despierta, les “*da suelta*”, revela el proyecto revolucionario a sus protagonistas y permite poner en común el aprendizaje realizado en las resistencias frente a la dominación.

No es fácil seguir a Marx en este razonamiento. Si la emancipación “*tendrá que pasar... por toda una serie de procesos históricos que transformarán completamente las circunstancias y los hombres*” parecería que esos “*elementos de la nueva sociedad*” están en el seno de la “*vieja sociedad*” de una forma muy primaria, informe y desarticulada, y por tanto no bastaría con “*darles suelta*”. Pero a la vez, se entiende bien que el desarrollo fulgurante de la organización, la economía moral y la inteligencia política de las y los comuneros no puede ser creado de la nada en la propia crisis, y debe estar relacionado con la experiencia y la organización de los conflictos sociales en el tiempo anterior, bajo el dominio de la “*vieja sociedad*”.

Puede plantearse una interpretación razonable de la idea de Marx integrando dos elementos contradictorios que caracterizan a todos los procesos revo-

⁶/ Citado por Lowy, 2010.

“...la experiencia de la Comuna ayuda muy limitadamente a avanzar en el confuso y complejo problema de las relaciones entre la ‘democracia representativa’ y la ‘democracia directa’”.

lucionarios: por una parte, tiene que existir una fuerza social con la capacidad material, las experiencias de lucha y las condiciones políticas potenciales para hacer frente con éxito a la dominación burguesa; por otra parte esa fuerza social existe en condiciones de explotación y opresión, que la contaminan de los valores, ideologías, prejuicios de las clases dominantes y obstaculizan su papel como dirección revolucionaria. En el período crítico de la lucha por el poder, todas las potencialidades liberadoras, creativas, solidarias se desarrollan libremente y pueden hacer avanzar el proceso emancipatorio

hasta cierto punto, en el mejor de los casos, hasta la “toma del poder”. Pero el nivel alcanzado no es estable; quienes comienzan la revolución tendrán que pasar “*por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán completamente las circunstancias y los hombres*” para culminarla. La Comuna no tuvo tiempo más que para mostrar cuál podía ser el comienzo de ese camino.

Para Marx es vital la necesidad de un tiempo largo para el desarrollo de un proceso revolucionario, precisamente porque éste, al basarse en el aprendizaje por la experiencia, se equivoca, avanza y retrocede, tiene que aprender a rectificar. Así lo expresa en un párrafo formidable del *18 brumario*:

“Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: Hic Rhodus, hic salta!” (Marx, 1968, pp. 16-17).

La función esencial de la democracia en el proceso emancipatorio encuentra aquí poderosas razones de carácter práctico: para Marx la revolución no es una

marcha triunfal, con la dirección marcada por el dedo imperativo del “líder carismático”, como una de esas horribles estatuas de la imaginería burocrática; es un proceso inseguro, arriesgado, experimental, autocrítico, sometido a prueba en ensayos con aciertos y errores... Sólo puede avanzar en condiciones de plena libertad y participación popular permanente.

En fin, cada revolución es un proceso original; se mueve desde su propia dinámica y no se deja guiar por analogías históricas. En el *18 brumario*, Marx lo expresa de una forma muy polémica: “*La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido*” (Marx, 1968. p. 15). Michael Lowy hace una interpretación de este párrafo que no comparto: “*¿Se puede afirmar, como hace algunos párrafos más adelante, que las revoluciones proletarias no pueden tomar su poesía del pasado –como las revoluciones burguesas, sino solamente del porvenir? Tal no parece ser el caso, ya que la Comuna de París se refiere sin cesar a la de 1794 y la Revolución de Octubre a la Comuna de París (y así sucesivamente). Marx con esta formulación quería probablemente desembarazar al movimiento obrero socialista de la pesada herencia jacobina?*” (Lowy, 2010).

En mi opinión, los vínculos genuinos de las revoluciones con el pasado son de carácter moral (el deber de solidaridad hacia los que fueron vencidos) y simbólico (reconocer el sentido de los combates que nos precedieron, aunque hayan terminado en derrotas). Además, el estudio de las revoluciones, en su contexto, para intentar comprender lo que hicieron y por qué lo hicieron, enriquece sin duda el bagaje teórico militante.

Pero en el párrafo citado Marx se está refiriendo a la política; sólo así puede entenderse una expresión tan brutal como “*dejar que los muertos entierren a sus muertos*”. Sin entrar en temas que están fuera de los límites de este artículo, no veo que la Comuna de 1871 se refiera “*sin cesar*” a la de 1792/7. La adoptó inicialmente como símbolo y reconocimiento a la deuda moral con el heroísmo de los *sans culottes*, y luego creó, sin analogías, su propia política, y su propia poesía, en la búsqueda de la emancipación futura, arrebatando a la clase dominante, como propone David Harvey, esa capacidad poderosísima de los seres humanos que nos faculta para imaginar con anticipación lo que queremos hacer (Harvey, 2003).

7/ Creo que esta fecha es más adecuada que la de 1794, pero esto no tiene ninguna importancia.

5. Las tareas

La admiración de Marx y Engels por los decretos y decisiones de la Comuna se siente en cada frase de sus textos.

Engels le pone fecha a las decisiones que se van adoptando desde el 28 de marzo (Marx, 1981, p. 193) y el asombroso compendio es la mejor prueba de la aceleración del tiempo que producen las revoluciones.

Marx rinde homenaje a uno de los grandes hechos de la Comuna: *“Y para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos, de una parte, y del ejército bonapartista mandado por los generales bonapartistas, de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria marcial que era la columna de Vêndome”* (Marx, 1981, p. 241). La gesta es además heroica: la columna fue derribada el 16 de mayo, cuando ya la Comuna estaba al borde del agotamiento y de la derrota, ejecutada por las armas de Versalles, con la colaboración prusiana.

Tienen especial interés los análisis y comentarios sobre las medidas de carácter económico-social. También los errores que en la opinión de Marx y Engels se cometieron. Ambos temas tienen relación con dos de los debates fundamentales sobre la Comuna: su carácter de clase y la ausencia de una “vanguardia política”. Éstos van a ser los temas de este punto.

Recordemos las medidas económico-sociales más significativas: Entrega a las asociaciones obreras, a reserva de indemnización, de todos los talleres y fábricas cerradas, lo mismo si sus patronos habían huido que si habían optado por parar el trabajo, y organización de su reapertura con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizados en cooperativas, que se proyectaba agrupar en una unión nacional; supresión de las oficinas privadas de empleo, monopolio de los explotadores vinculados con la policía y posterior municipalización del servicio de empleo; condonación de alquileres de octubre de 1870 a abril de 1871 y considerar a cuenta de pagos futuros las cantidades ya abonadas; clausura de las casas de empeño, *“basándose en que eran una forma de explotación privada de los obreros en pugna con el derecho de éstos a disponer de sus instrumentos de trabajo y de crédito”*; expropiación y nacionalización de todos los bienes de la Iglesia *“fuerza espiritual de la represión”*, etc. Sobre las medidas respecto al campesinado -un aliado fundamental en un país aún muy mayoritariamente agrario, decisivo para la acción nacional de las “provincias” contra Versalles, uno de cuyos apoyos fundamentales era la patronal de los grandes propietarios, los llamados “rurales”- Marx las plantea más como proyecto, como problemas *“que sólo la Comuna era capaz de resolver, y que al mismo tiempo estaba obligada a resolver”* (Marx, 1981, p. 239). La derrota llegó antes de que pudiera hacerlo.

¿Cómo interpretar la lógica estas medidas, cuya *“sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación*

de una ciudad sitiada” (Marx, 1981, p. 241)? Pueden entenderse como el programa de un “Gobierno obrero” que busca tácticamente la alianza con otros sectores sociales. Pero pueden entenderse también, y a mi parecer con más razón, como el conjunto de demandas populares que vienen de abajo y entran naturalmente en las acciones de un Gobierno “plebeyo”, “*la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por consiguiente, el auténtico Gobierno nacional*” (Marx 1981, p. 249). Marx considera que este gobierno es, a la vez, un “*Gobierno obrero*”. Hay aquí un debate interesante.

Como es sabido, Marx nunca hizo una definición formal de “clase social”: su tema es el conflicto entre las clases. En *La guerra civil en Francia* encontramos muchas expresiones diferentes, aunque no contradictorias sobre la clase obrera: “proletarios”, “el trabajo”, “la inmensa mayoría que trabaja (frente a los pocos que viven del trabajo ajeno)”, “clase productora”, etc. Estas expresiones flexibles, nada “corporativas”, responden a la realidad social del París de la época, en el que, si bien el 70% de la población trabaja en actividades comerciales o industriales, “*se pasa fácilmente de un oficio a otro o de un status a otro. La gran mayoría de los ‘obreros’ trabajan en talleres que pueden contar con un ‘patrón’ y uno o dos asalariados y las pasarelas son numerosas entre los pequeños ‘patrones’ y los ‘obreros’*” (Godineau, 2010. p. 50).

La composición de la Comuna refleja también este pluralismo social. Entre sus 79 miembros había: “*25 obreros de los cuales trece solamente de la Internacional (que) representaban el pensamiento, el esfuerzo, el honor del proletariado de París (...) La gran mayoría revolucionaria eran por consiguiente pequeñoburgueses, empleados, contables, médicos, enseñantes, juristas, publicistas, de los que llegó a haber doce (...) La mayor parte de los elegidos eran muy jóvenes; algunos tenían como mucho veinticinco años*” (Lissagaray, 1969. p. 172).

Dice Marx que la “clase obrera” era: “*reconocida como la única clase con capacidad de iniciativa social, incluso por la gran masa de la clase media parisina –tenderos, artesanos, comerciantes- con la sola excepción de los capitalistas ricos.*” (Marx, 1981. p. 238). Es verosímil teniendo en cuenta que en 1869 y 1870 se habían desarrollado en París importantes huelgas de trabajadores de la madera, curtidores, de las fundiciones de hierro, de refinerías... reclamando derechos y mejoras salariales. Además, las organizaciones sindicales agrupadas en la Cámara Federal de Sociedades Obreras, vinculada a la AIT, llegaron a agrupar en 1870 a 30.000 afiliados. Una cifra similar se atribuye a la sección francesa de la AIT (Godineau, 2010. pp. 19-20).

Pero aunque estos datos deben ser valorados, Marx hace un discurso voluntarista cuando afirma: “*¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí caballeros, la Comuna pretendía abolir esa pro-*

“...la ausencia de ‘vanguardia política’ es un dato muy significativo. La Comuna ‘no tuvo jefes, cuando tenerlos era una idea dominante”

riedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el “irrealizable” comunismo!”⁸ (Marx, 1981, p. 237).

Ésta es una atribución de intenciones sin base en la realidad, próxima a los ramalazos de determinismo historicista que aparecen en algún momento en el texto (“Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera...” (Marx, 1981, p. 237).

También tiene relación este enfoque con la definición de la Comuna como “dictadura del proletariado”. Al menos, esta caracterización puede servir para mostrar las contradicciones radicales entre la “dictadura del proletariado” de 1871 y las que adoptaron ese nombre en el siglo XX (Debord et al., 1962). Daniel Bensaid trata ampliamente este tema en el texto incluido en la bibliografía y me ahorra volver ahora sobre él.

Veamos ahora los tres errores principales señalados por Marx.

“¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina, originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será, exclusivamente, de su ‘buen corazón’. Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían iniciar la guerra civil, ¡como si el mischievous avorton [malvado engendro] de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar a París!” (Marx, 1871).

Hay que leer la cita completa: el error se señala después de la admiración. Y se atribuye fraternalmente al “buen corazón”. Hay algo de esto en todas las

⁸/ Marx expresa aquí claramente la distinción fundamental, y habitualmente mal comprendida o tergiversada, entre “propiedad individual” y “propiedad privada”. La desarrollará en el tomo I de *El Capital*.

revoluciones sociales: un deseo de evitar la violencia y la guerra, que viene de la clara conciencia de quienes siempre terminan siendo sus principales víctimas y de los valores de convivencia de la sociedad que se quiere construir; incluso, la magnanimidad de la Comuna le hizo autorizar la participación en las elecciones del 26 de marzo de representantes de quienes habían enviado tropas unos días antes para desarmarla. Pero hay circunstancias en las que es imperativo reconocer la violencia consustancial del enemigo y aprovechar la ocasión de desarmarle. No podemos saber cuál habría el resultado de esa no realizada ofensiva el mismo 18 de marzo contra Versalles, con sus tropas desmoralizadas, mal armadas, en retirada y en parte confraternizando con la Guardia Nacional, ni cómo habría reaccionado Prusia si la Comuna hubiera vencido. Pero es verdad que parece haber aquí una equivocación importante y de graves consecuencias unas semanas después.

También se entiende que se considere un error el “respeto” al Banco de Francia. Engels lo destaca aún con más fuerza que Marx. *“Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste además un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que 10.000 rehenes”* (Marx, 1981, p. 196).

¿Por qué ese “santo temor”? Debord, Kotányi y Vaneigem dan una explicación convincente y de alcance general: *“El mito de la propiedad y el robo protege al Banco de Francia”* que siguió siendo *“un enclave de los versalleses en París”*. Y concluyen: *“La Comuna ha sido vencida más que por la fuerza de las armas, por la fuerza de la costumbre (...) La verdadera quinta columna está en el espíritu mismo de los revolucionarios. El viejo mundo conserva sus bases (la ideología, el lenguaje, las costumbres, los gustos) en el desarrollo de sus enemigos y se sirve de ello para reconquistar el terreno perdido”* (Debord et al., 1962).

La generalización es brillante; plantea debates necesarios, e inquietantes, y desafíos actuales. Pero centrándonos en lo que se refiere a la Comuna, este error me parece una prueba de que sus medidas económicas venían “de abajo” y respondían a aspiraciones inmediatas, fruto de la experiencia cotidiana, más que a cálculos políticos. *“Los insurgentes se consideraban dueños de su propia historia no tanto en el terreno político ‘gubernamental’ como en la vida cotidiana”* (Debord et al., 1962). Ahí estuvo su fuerza, pero también debilidades importantes.

Llama la atención que en la carta a Kugelman, citada anteriormente, Marx no se refiera al error del Banco de Francia, y en cambio añada otro que no está ni siquiera aludido en *La Guerra Civil...*: *“El segundo error consiste en que el Comité Central renunció demasiado pronto a sus poderes, para ceder su pues-*

to a la Comuna. De nuevo ese escrupuloso `pundonor' llevado al colmo". No se entiende bien el razonamiento de Marx. La composición del Comité era social y políticamente muy similar a la de la Comuna. Quizás Marx piensa que el Comité debería haber concentrado sus esfuerzos en la ofensiva contra Versalles en vez de convocar elecciones inmediatas. Pero es justo que el Comité considerara su mandato representativo como excepcional y temporal, justificado por el papel de la Guardia Nacional durante el cerco de París. Convocar elecciones por sufragio universal inmediatamente después de la huida de las tropas de Versalles tenía una fuerza potencial democrática y movilizadora considerable. También es verdad que resultó ser sólo potencial, porque la abstención fue superior al 50% y sólo en los barrios populares hubo una participación más elevada (Godineau, 2010. pp. 44-45). En fin, otro debate abierto. Ya decía Bensaid, que la Comuna es una "causa no archivada".

Esto nos lleva a enlazar con otro tema polémico: la ausencia de "vanguardia política" en la Comuna. Dice Marx en la carta a Kugelmann: "*De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio. Que se compare a estos parisienses, prestos a asaltar el cielo, con los siervos del cielo del sacro Imperio romano germánico-prusiano, con sus mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a junkers y, sobre todo, a filisteísmo.*" (Marx, 1871) Una vez más, la cita merece leerse completa, pero destaca en ella la expresión: "*constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio*".

¿Qué "partido"? Marx utiliza habitualmente la expresión "partido" con dos significados: como movimiento de la clase en obrera en sentido histórico y como organización política concreta. Aquí parece claro que está utilizando el primer sentido, puesto que lo refiere también a la insurrección de junio de 1848. Si es así, puede deducirse que Marx no daba mucha importancia a que en la Comuna no hubiera un partido dirigente en el sentido concreto del término, ni siquiera el suyo, la AIT.

En todo caso, la ausencia de "vanguardia política" es un dato muy significativo. La Comuna "*no tuvo jefes, cuando tenerlos era una idea dominante*" (Debord et al., 1962). Casi todas las corrientes políticas se definían con el nombre de su jefe (una desgraciada costumbre que ha seguido hasta hoy, dicho sea entre paréntesis, con sentidos cada vez más ridículos): "blanquistas", "lasallianos", "jacobinos", "proudhonianos"... la etiqueta "socialistas internacionalistas" agrupaba a los "independientes" de la AIT, más o menos vinculados con la ideas del Consejo General y, en ese sentido, de Marx. Pero no había entonces sectores políticos significativos que pudieran calificarse como "marxistas", o "bakuninistas".

Todas estas corrientes tuvieron una presencia significativa en el movimiento de la Comuna, y antes de él, en los comités de base, los clubs, los periódicos o en el propio organismo comunal. Pero ninguno aspiró a dirigir el movimiento y todos se limitaron a tratar de influir con sus propuestas, en muchos casos, como destacan Marx y Engels irónicamente refiriéndose a “blanquistas” y “proudhonianos”, contrarias a su “ideología”.

¿Fue una debilidad de la Comuna? ¿Una “vanguardia” habría decidido atacar Versalles el 18 de marzo, arrebatar el Banco de Francia a los versalleses y nacionalizarlo...? Pero, ¿y qué más habría decidido, qué errores en otros momentos habría cometido?

No tiene ningún interés especular con el pasado. Está claro que la Comuna no tuvo tiempo para afrontar los problemas de la participación legítima y necesaria de las organizaciones y corrientes políticas en ella. Pero a mi parecer está claro también que fue *“la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo”* porque no estuvo sometida a ninguna “vanguardia”.

6. La democracia

“Nada podría ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica” (Marx 1981, pág. 235).

Para Marx hay dos principios democráticos básicos en las instituciones políticas de la Comuna: el sufragio universal y la elección y control estricto por el pueblo de todos los funcionarios y representantes a cualquier nivel y de cualquier organismo, desde la administración pública hasta la judicatura. Se trata así de devolver a la sociedad los poderes que el Estado le había expropiado y de oponer una barrera que quiere ser infranqueable a la profesionalización de la política y la reaparición de una burocracia incontrolable.

Hay que destacar la importancia que Marx da al sufragio universal, eliminado en el “socialismo realmente existente”, en el que fue de hecho sustituido por “investiduras jerárquicas” del aparato partidario y estatal, pero también cuestionado frecuentemente desde puntos de vista marxistas revolucionarios, por considerar contradictorias las instituciones representativas de tipo parlamentos nacionales y la “democracia directa”. Marx lo enfoca de una manera funcional, como un instrumento democrático necesario para la selección y control de los servidores públicos, utilizando una metáfora arriesgada: *“En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Es bien sabido que cuando se trata de negocios, saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que les corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza”* (Marx, 1981, pág. 235). Así la revocabilidad, “con

presteza”, se plantea como una condición esencial de la representación democrática.

Pero la experiencia de la Comuna ayuda muy limitadamente a avanzar en el confuso y complejo problema de las relaciones entre la “democracia representativa” y la “democracia directa”. Hubo una convivencia conflictiva entre un organismo representativo, la propia Comuna, sometido a reglas radicalmente diferentes a las del parlamento de un Estado burgués, y una multitud de organismos de base de muy diferente naturaleza, que expresaban sin duda aspiraciones de sectores populares, pero a las que sería excesivo englobar bajo la categoría común de “democracia directa”. Hubo también un intento por parte de Versalles de utilizar medios parlamentarios para fines contrarrevolucionarios, convocando el 30 de abril, con una ley electoral a su medida, elecciones municipales que deberían servir enfrentar a “la provincia” con París, legitimar a la Asamblea Nacional bajo su poder y con ella a la ofensiva militar que ya estaba en marcha contra la Comuna⁹.

Ha habido en la historia del movimiento obrero otras experiencias similares, que han servido de argumento para la prevención o el rechazo hacia los “parlamentos”. Pero instituciones representativas de tipo parlamentario elegidas por sufragio universal parecen necesarias para la organización política de sociedades masivas y complejas. El problema está en las condiciones para que esa representación lo sea efectivamente, es decir quede en todo momento en manos de los representados, y en la articulación entre este organismo y otras formas de organización política social de base que quiera darse un pueblo a partir de sus tradiciones y experiencias.

En la Comuna la relación con los organismos de base funcionó con la espontaneidad y el desorden naturales en condiciones de excepción, pero sin que se plantearan conflictos de legitimidades, que posiblemente habrían aparecido si la experiencia se hubiera prolongado y extendido a escala nacional. En cuanto a la elección y control de los cargos públicos, los criterios básicos fueron, además de la elegibilidad y revocabilidad, el mandato imperativo y la limitación de ingresos a un salario obrero medio. Se buscaba eliminar así los privilegios de impunidad y de ingresos habituales en la profesionalización de la política, uno de esos “males” del Estado que era necesario “amputar” inmediatamente. Es más complejo el problema general de la función pública, en la cual parece comprometido prescindir de la profesionalización y, por tanto, de la reproducción de tendencias burocráticas. Más allá de las cuestiones norma-

⁹/ La operación fue un completo fracaso: de los 700.000 concejales en 35.000 municipios, sólo 8.000 pertenecían a la coalición versallesa de monárquicos y bonapartistas. La deslegitimación de la Asamblea Nacional dio paso a la ofensiva militar, que comenzó el 22 de mayor, provocando la carnicería que se conoce con el nombre de Semana Sangrienta.

tivas, éste es un problema que sólo puede afrontarse desde una acción política y una sociedad prevenida y vigilante.

Se discute también el mandato imperativo, defendido con mucha fuerza por Marx y, especialmente por Engels. El objetivo está claro: evitar la autonomía de los representantes políticos respecto a la sociedad. Pero su contenido es oscuro. Puede entenderse como un procedimiento de ratificación por los organismos locales de base de las decisiones de política general adoptadas en los organismos nacionales. Puede entenderse también considerando a los representantes como simples portavoces de las decisiones de los territorios u organizaciones de base a las que representan. O alguna combinación entre ambos criterios.

La “flexibilidad”, la “iniciativa histórica”, la “capacidad de sacrificio” de la Comuna a las que Marx rindió homenaje nos descubrió el camino para la convivencia entre poder político y emancipación social, pero apenas tuvo tiempo para empezar a construirlo. Ese es su legado: un desafío, no un protocolo, para la acción revolucionaria de las generaciones futuras.

7. Epílogo

“Los éxitos aparentes de ese movimiento (el movimiento obrero clásico) son sus fracasos fundamentales (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal) y sus fracasos (la Comuna o la revuelta de Asturias) son hasta ahora sus éxitos abiertos, para nosotros y para el porvenir” (Debord et al., 1962).

Así es. Y en esos dos “éxitos” estuvieron ausentes dos corrientes: el marxismo revolucionario y el anarquismo. Que estuvieron presentes, con expresiones diversas, y actuaron unidas en esos dos “fracasos”.

Quizás sea porque el ADN del movimiento obrero, como el del genoma humano, está constituido por dos hélices, y para que haya vida tienen que estar entrelazadas, próximas, comunicadas... convencidas de que sólo tienen sentido si actúan juntas. Ojalá forme parte de la “poesía del futuro”.

Miguel Romero es editor de *VIENTO SUR*

Bibliografía citada:

- Benjamin, W. (1940) “Tesis de filosofía de la Historia. Tesis 15”. Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc_frank_benjam0007.pdf
- Bensaid, D (2008) “Politiques de Marx”. En *Inventer l'inconnu*. París: La Fabrique.
- Cortázar, J. (1996) “El perseguidor”. En *Cuentos Completos /I*. Madrid: Alfaguara.
- Debord, G., Kotányi, A. y Vaneigem, R. “Sur la Commune”. 18/03/1962. Disponible en <http://raforum.apinc.org/bibliolib/HTML/Debord-commune.html>.

- Engels, F. “Carta a Bebel”. 18-28/03/1875. Disponible en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e18-3-75.htm>
- Godineau, L. (2010) *La Commune de Paris par ceux que l'on vécut*. París: Parigramme.
- Harvey, D. (2003) *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.
- Lissagaray, P.-O. (1969) *Histoire de la Comune de 1971*. París: Maspero (hay edición en castellano: (2003) *La Comuna de París*. Tafalla: Txalaparta.
- Lowy, M. (2010a) “La Comuna de París (1871) y los debates que ha suscitado”. *VIENTO SUR*, 110.
- Lowy, M. (2010b) “Karl Marx, Friedrich Engels et les révolutions de 1848”. *ContreTemps*, 6 (nueva serie). Disponible en <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article21195>.
- Marx, K. (1843) “Carta a Ruge”. Septiembre de 1843. Disponible en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m09-43.htm>
- Marx, K. *La Guerra Civil en Francia. 2º Manifiesto del Consejo General de la AIT sobre la guerra franco-prusiana*. 9/09/1870. Disponible en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/manif2.htm>
- Marx, K. *Carta a Kugelman*. 12/04/1871. Disponible en [http://es.wikisource.org/wiki/Carta_de_Marx_a_Ludwig_Kugelman_\(12_de_abril_de_1871\)](http://es.wikisource.org/wiki/Carta_de_Marx_a_Ludwig_Kugelman_(12_de_abril_de_1871))
- Marx, K. (1967) *Las luchas de clases en Francia*. Madrid: Ciencia Nueva.
- Marx, K. (1968) *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Ariel.
- Marx, K. (1981) *La guerra civil en Francia (1871)*. En C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.

*Canción que simboliza a la Comuna. Ha sido interpretada por muchos de los más grandes cantantes franceses: Montand (<http://www.youtube.com/watch?v=ncs4WlWfIZo&feature=fvst>), Trenet, Ferré, Greco, Bruel, y recientemente en versión pop-rock, por el grupo Noir Désir. Clément fue él mismo un “communard” y dedicó su letra a una enfermera que murió durante la “semana sangrienta”.

Las obsesiones de Domenico Losurdo

Antonio Moscato

Cuando hice mi primera reseña del libro *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra* (Editorial El Viejo Topo, 2011), de Domenico Losurdo, que se publicó en la web de *VIENTO SUR*, probablemente dediqué más líneas al ensayo de Luciano Canfora que cierra el libro (“De Stalin a Gorbachov: cómo acaba un imperio”, pp. 365-383 de la edición española) que al mismo Losurdo. La razón es que Canfora había sido inspirador de Losurdo y empezaba a cambiar su orientación, lo que me parecía interesante. Pero Domenico Losurdo merece una análisis más amplio y detallado.

Destiqué entonces un punto importante: Losurdo ignora completamente la inmensa literatura soviética y rusa sobre el Gulag (ignora a Soljenitsin y a Salámov, a Grossman y a Rybákov, a Ginzburg, Mandelstam y muchísimos más que sufrieron el estalinismo en propia carne o en la de sus seres queridos), y siempre se ha apresurado a confrontar la supuesta “leyenda negra” con lo que escribió Stalin o algún cortesano suyo, contraponiéndolo después a cualquier frase, sacada de contexto, de un “denigrador” posiblemente poco avezado y no muy digno de confianza. La fuente principal con respecto a las críticas a Stalin es el “Informe secreto” de Jrushchov al XX Congreso del PCUS, que Losurdo asimila descaradamente a Trotsky y al movimiento trotskista, ignorando que éste formuló de inmediato una crítica radical a la metodología utilizada. Ernest Mandel, por ejemplo, ya sostuvo en 1956 lo que Losurdo presenta ahora como descubrimiento suyo: Jrushchov concentraba todas las responsabilidades del estalinismo en una sola persona, Stalin, justamente para exculparse a sí mismo y a todo el grupo dirigente de la prolongada complicidad con el tirano. Añadiré que el método de Jrushchov era prácticamente el mismo que el de Stalin.

A veces, sin embargo, Losurdo cita incluso textos de Trotsky, en general malinterpretándolos por no tener en cuenta los sucesos a los que se referían. Sobre todo, no tiene en cuenta que buena parte de lo que escribía Trotsky no obedecía al deseo de polemizar, sino que pretendía analizar los procesos profundos con el fin de comprender las transformaciones de la URSS. Así, Losurdo contrapone las escasas referencias incluidas en *La revolución traicionada* al resurgir del antisemitismo (y no podían ser sino escasas, ya que el fenómeno no se desarrolló plenamente hasta después de la segunda guerra mundial) a una serie de frases de condena ritual del antisemitismo pronunciadas por Stalin mucho antes de comenzar a perseguir a los miembros del

“Losurdo ignora completamente la inmensa literatura soviética y rusa sobre el Gulag”

Comité Antifascista Judío, a ordenar la incoación de los procesos contra los “médicos asesinos” y a programar la deportación total de la población de origen judío. En el colmo del absurdo, llega a decir que, en todo caso, es Trotsky quien fue antisemita, porque al referirse a la Rusia zarista describe el papel del poder

financiero judío. Los sionistas más fanáticos emplean este mismo método para incluir en la definición del término al propio Marx...

Losurdo está tan obsesionado con la palabra “traición”, según él la esencia de la crítica de Trotsky (tal vez no sepa que el título de *La revolución traicionada* lo eligió el primer editor), que la repite varias veces en una misma página para liquidar de un plumazo a los críticos de Stalin: he estado tentado de contar cuántas veces la repite, pero renunció; por otro lado, la insistencia exagerada se nota a primera vista. Otra obsesión es la referida al “mesianismo anarcoide” que Losurdo ve por todas partes entre los opositores a Stalin y que asocia al “cosmopolitismo” y al “universalismo abstracto”, frente a los que se remite a la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel, que conoce mejor que la historia de la URSS.

La obsesión del terrorismo

Así, le parece natural que Stalin, en aras de la “autodefensa” frente al “terrorismo” que supuestamente preconizaba el programa de la Oposición de Izquierda, lanzara la violenta represión contra el modesto intento de colgar carteles contra la burocracia durante las celebraciones del décimo aniversario de la revolución. De manera análoga, ignorando por completo las reglas democráticas vigentes en el Partido Bolchevique y mantenidas formalmente hasta después del X Congreso, que suprimió el derecho de *fracción pública*, hace suya la leyenda estaliniana de una “imprensa clandestina”. En realidad no era más que el intento de la oposición de reproducir al menos en multicopista el documento alternativo al de la mayoría, dado que las imprentas del partido se negaron a reproducirlo, a pesar de los estatutos.

En cuanto al peligro de terrorismo, Losurdo cree verlo confirmado sobre todo en un mediocre panfleto juvenil del periodista fascista Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*, interpretando así el terror estaliniano como legítima respuesta a un intento de “golpe de Estado de las oposiciones”. Tan fuerte es la obsesión por el peligro de una guerra civil que la alusión a los criterios clásicos de militancia, que incluyen también la formación militar, se interpreta como la preparación de una insurrección. Entre otras cosas, dicha alusión figura en un documento interno de la Oposición de Izquierda, no la del exilio, como escribe Losurdo, sino de antes y, por tanto, todavía desde el interior del partido y de la Internacional, en armonía con los criterios en vigor. Si Losurdo

hubiera leído de veras la biografía de Trotsky de Pierre Broué, de la que cita una frase sacada de contexto, sabría que durante largos siete años, de 1926 a 1933, la Oposición de Izquierda rusa e internacional estuvo discutiendo a fondo sobre su propia ubicación y que Trotsky defendió tenazmente la negativa a aceptar las expulsiones, reivindicando la reincorporación en el partido, incluso a costa de perder una parte de los propios apoyos.

La falta de un conocimiento profundo lleva a Losurdo a un uso escandaloso, aunque tal vez inconsciente, de la terminología estaliniana: así, escribe que los agentes de Trotsky “son omnipresentes”, “anidan” en el ejército e incluso en la GPU, “se infiltran” y tratan de “poner pie” en todas partes. Losurdo tampoco se da cuenta de que la mayoría de los presuntos “infiltrados” representan una parte importante del partido que hizo la Revolución de Octubre y que, por el contrario, los verdaderos infiltrados son los que les dan caza y les acechan y que entre 1925 y 1928 empiezan a expulsarlos. Son los mismos que se afiliaron masivamente tras la muerte de Lenin, con la llamada “generación Lenin”, que dobló el número de inscritos contrariamente a las indicaciones precisas del líder moribundo, quien propuso reducirla drásticamente para excluir a los arribistas que acudieron en gran número tras el fin de la guerra civil. Los recién llegados fueron educados para la fidelidad y la obediencia ciega en los “breves cursos” de “marxismo-leninismo”, y utilizados para agredir físicamente a los opositores y quitarles la palabra. Citaré un único nombre para caracterizar a esta generación posrevolucionaria: Andrei Januaryevich Vishinsky, el exmenchevique que en los años treinta se convertirá en el implacable fiscal en los procesos que acabaron con la vieja guardia bolchevique.

Losurdo suele presentarse como devoto seguidor de Gramsci, de quien cita varias frases tomadas de los *Quaderni* para contraponer el internacionalismo de Stalin al “*cosmopolitismo*” de Trotsky, pero ha olvidado la dura carta que envió Gramsci al Comité Central del Partido Comunista de Rusia, en la que denunciaba en 1926 la expulsión de Trotsky, Zinoviev, Kámenev y otros de los órganos dirigentes del partido, antesala de su expulsión del partido al año siguiente. La carta fue interceptada por Togliatti en colaboración con Bujarin, y su existencia fue ocultada durante décadas a los comunistas italianos. Después de reconocer el papel desempeñado por el partido ruso “*en estos nueve años de historia mundial*” como “*elemento organizador y propulsor de las fuerzas revolucionarias de todos los países*”, Gramsci exclamaba: “*Pero ahora estáis destruyendo vuestra obra, degradáis y corréis el riesgo de anular la función dirigente que* había conquistado el Partido Comunista de la URSS bajo el impulso de Lenin”. Por otro parte, ya en 1926 se había sustituido en gran medida la elegibilidad de los dirigentes por las cooptaciones y por la masa de personas de confianza que no respondían más que ante quienes las habían nombrado desde arriba y no ante los militantes de la estructura del partido que habían sido delegados para dirigir.

Desconocimiento de la historia

El conocimiento deficiente del contexto histórico explica varios deslices y no pocos anacronismos: por ejemplo, al hablar del caso Kírov, Losurdo confunde con una justificación del terrorismo (y por tanto con una confirmación de la tesis que ha deducido del panfleto de Malaparte) un análisis de Trotsky que se toma en serio las explicaciones oficiales y se pregunta si el asesinato del dirigente de Leningrado responde a una protesta individual o refleja una actitud de amplios sectores de la juventud. Me faltan elementos para descartar, como hace categóricamente Losurdo, la veracidad de las insinuaciones avanzadas por Jrushchov en el informe secreto de 1956 y repetidas con idénticas palabras en las conclusiones del XXII congreso cinco años más tarde, lo que tampoco me parece muy importante: los crímenes demostrados de Stalin son tan grandes y numerosos que podemos incluso quitarle algunos de la lista sin que cambie ni un ápice el juicio general. No sé de dónde ha sacado Losurdo un libro con una tesis exculpatoria, pero incluso si fueran mera coincidencia las circunstancias referidas por Jrushchov (por ejemplo, la muerte repentina de todos los testigos, como ocurrió en el caso del asesinato de Kennedy), queda el hecho inequívoco de que la muerte de Kírov fue atribuida a las oposiciones y aprovechada como pretexto para desencadenar una represión sin precedentes, que al cabo de dos o tres años golpearía también a los dirigentes que se habían echado para atrás y abandonado la oposición. Pero es cierto que Losurdo ignora que Kírov, después de haber sido durante mucho tiempo un fiel colaborador de Stalin, en el XVII congreso de 1934 había aparecido como punto de referencia de una nueva oposición potencial, madurada entre los cuadros estalinistas preocupados por el resultado catastrófico de la colectivización forzosa, que había agravado la crisis de abastecimiento de alimentos de las ciudades, y por el éxito de Hitler, consecuencia directa de la táctica enloquecida impuesta por Stalin al partido comunista alemán, que se había visto obligado a apoyar a los nazis en contra de la socialdemocracia en el referéndum prusiano de 1932.

Peor aún, hace pasar por un aval o apoyo al terrorismo un planteamiento de Trotsky sobre los posibles motivos del asesino de Kírov, que en sustancia es el mismo que hicieron el propio Trotsky y Lenin en 1916 para comentar el asesinato del primer ministro austriaco por el joven secretario del partido socialista austriaco Fritz Adler. Y no se percata de que para la mentalidad del fundador del Ejército Rojo, común a toda una generación de revolucionarios, en 1934 era difícil siquiera imaginar la lógica perversa del NKVD. Ya en el exilio, Trotsky creyó durante un tiempo que en algunos procesos contra categorías enteras (ingenieros, etc.) hubo alguna exageración, pero que partía de datos reales. No sospechaba todavía la monstruosa capacidad de inventar acusaciones y “pruebas” absurdas, que seguiría siendo una constante de la URSS hasta su lento declive. Cuando

lo comprendió, al leer las increíbles confesiones arrancadas a antiguos compañeros a los que había estimado, encanecerá de golpe.

Con su falta de conocimientos sobre el periodo de los primeros años de la revolución, Losurdo se escandaliza cuando Trotsky (que según él estaba enfermo como siempre de “*mesianismo anarcoide*” y “*universalismo abstracto*”...) sostiene que “*la verdadera familia socialista, liberada por la sociedad de las pesadas y humillantes cargas cotidianas, no tendrá necesidad de ninguna regulación*”. Horror, esto quiere decir que “*la simple idea de regulación jurídica de las relaciones familiares ya provoca la protesta y el desdén de Trotsky*”... Losurdo opone a esto la sabiduría de Kaganóvich, quien polemiza con presuntas tendencias extremistas que según él pretendían “*suprimir cualquier espacio de convivencia común entre marido y mujer*”. Un pecado que los hechos sitúan bajo una luz un poco distinta: la posición de Trotsky se reclamaba de lo que la revolución había *hecho* en los primeros años, cuando el poder de los soviets reconoció que al Estado no le correspondía intervenir en cuestiones privadas como el matrimonio y el divorcio y hubo una batalla por liberar a las mujeres de las pesadas tareas domésticas mediante la creación de guarderías, lavanderías y comedores colectivos. La posición de Kaganóvich registraba, en cambio, el fracaso en este terreno, y a través de la nueva santificación del matrimonio (salvo para la burocracia) descargaba de nuevo sobre las espaldas de la mujer la tarea añadida de los quehaceres domésticos. Lejos de estar inspirada en el sectarismo polémico, como imagina Losurdo cuando habla de “*protesta y desdén*”, la posición de Trotsky, reiterada en *La revolución traicionada*, era fruto de una larga batalla librada cuando todavía se hallaba en la cúspide del poder, a través de artículos publicados en la prensa oficial, recopilados posteriormente en un precioso opúsculo publicado en *Rivoluzione e vita quotidiana*. A Trotsky le preocupaban tanto las infraestructuras comunitarias necesarias para reducir el peso de las tareas domésticas como la batalla contra las resistencias machistas y patriarcales de tantos compañeros, como hará decenios después el Che Guevara.

Pero donde Losurdo revela en mayor medida los límites de su conocimiento histórico es cuando atribuye a Trotsky y al conjunto de la oposición una visión mezquina, que según él les llevó a “*denunciar la degeneración de la Rusia soviética a causa de la persistencia de la economía privada en el campo y de la colaboración de clases de los comunistas con los campesinos*”. Una calumnia derivada de las exageraciones del Bujarin más sectariamente alineado con Stalin contra la Oposición, pero totalmente desprovista de fundamento. Trotsky no solo había aceptado la NEP (Nueva Política Económica), sino que la había propuesto él mismo con un año de antelación, sobre la base de su conocimiento de la situación de los campesinos en la última fase de la guerra civil. Cuando dos años después la Oposición se alarmó ante las diferenciaciones sociales generadas por la NEP y la formación de una capa social que

“El problema es el método de Losurdo, que es todo lo contrario del de un historiador riguroso: ha hallado citas de Trotsky en algún panfleto de denuncia y las reproduce sin conocer el contexto”

aspiraba a la restauración del capitalismo y desabastecía a las ciudades y a los propios campesinos pobres, la solución que propuso no consistía en poner fin a la colaboración con los campesinos, sino, por el contrario, su refuerzo mediante la orientación de la industria ligera a la satisfacción de las necesidades del campo, con el propósito de crear un interés material de los campesinos pobres por entrar *espontáneamente* en las cooperativas.

Asimismo, resulta molesto ver cómo se presenta el debate posterior a la muerte de Lenin como fruto de una lucha por el poder y de ambiciones personales, cuando todos los historiadores rigurosos, empezando por Carr, Deutscher y Broué, han tratado siempre de comprender por qué Trotsky renunció a librar algunas de las batallas todavía posibles, probablemente asqueado precisamente por el tono miserable de las polémicas empleado por la camarilla reunida en torno a Stalin. Losurdo está obsesionado con la idea de que hubo cierta reciprocidad entre ambos dirigentes: en realidad, cuando se iniciaron los grandes procesos, Trotsky escribió en una carta que si Stalin hubiera previsto, al comienzo de su batalla a favor del socialismo en un solo país, de todo lo que acabaría haciendo en defensa de esa opción equivocada, probablemente se habría suicidado. Lejos de demonizar a Stalin, trataba de comprender su lógica y no olvidaba que había sido un revolucionario. Para Stalin, en cambio, la denigración, incluso retrospectiva, de Trotsky y de todos sus adversarios alcanzó niveles inimaginables. Por otro lado, desde el comienzo de la confrontación, aunque todavía no hubiera sacado a relucir el antisemitismo de sus últimos años, Stalin no dudaba en agitar los bajos instintos de las masas más atrasadas subrayando que “no es casualidad” que la mayor parte de la Oposición de Izquierda fuera de origen no ruso (y por tanto, judío)... Pero volveré sobre esto más adelante.

No me detendré en los despistes menores de Losurdo, como el relativo a Kronstadt, que revela la voluntad habitual de absolver a Stalin (quien en realidad en 1921 era todavía absolutamente marginal y no desempeñó papel alguno en aquella tragedia) y retoma, aunque sea tan sólo de forma indirecta, la atribución al “gendarme”, es más, al “mariscal Trotsky” la responsabilidad directa y principal en la represión, en la que de hecho no participó. Dado que Losurdo cree que la denuncia de Trotsky se reduciría en sustancia a la acusación de traición, contempla como una némesis histórica que los insurgentes de Kronstadt le hicieran esa misma acusación.

Un caso flagrante de anacronismo y desconocimiento de la Rusia soviética prestalinista (que habría podido subsanarse leyendo a Carr, o a Victor Serge)

se refiere al papel de Yakov Blumkin quien, en 1918, siendo un joven social-revolucionario de izquierda, participó en el asesinato del embajador alemán Wilhelm von Mirbach y fue condenado a muerte. Se salvó de la ejecución y después, como tantos otros en aquella época, fue indultado y consiguió un puesto en la Checa, una vez conjurado el peligro de reanudación de la guerra con Alemania. Losurdo no imagina que el dato que menciona no es más que la prueba del hecho de que en los primeros años de la revolución hubo militantes de otras tendencias del movimiento obrero que gozaban del pleno derecho de ciudadanía en los soviets e incluso en la Checa. Así, comenta: “*A los ojos de las autoridades soviéticas, no podía ser otra cosa que un provocador*”; en 1929, Blumkin se reúne con Trotsky en Prinkipo, y apenas vuelto a Moscú, es fusilado (para estupor de los soviéticos, ya que hasta entonces la represión solo había golpeado a quienes se declaraban en contra de los soviets). Sin embargo, a Losurdo le parece lógico y, por tanto, insinúa que Trotsky tuvo alguna afinidad con el joven autor del atentado de 1918, dado que ambos pensaban en un “*golpe de látigo*” para que Rusia volviera a despertar; la prueba entonces es que Blumkin participó en la “*conspiración dirigida por Trotsky*”, es decir, en las “*intenciones de la oposición de tomar el poder*”...

La prueba definitiva sería un artículo de Trotsky sobre Ucrania, en el que se declaraba a favor de su independencia. Losurdo ni siquiera sospecha que el derecho de autodeterminación de Ucrania fue defendido insistentemente en 1917 no solo por Trotsky, sino también por Lenin, quien se indignaba ante la hipocresía de los mencheviques que proponían resoluciones a favor de la independencia de Irlanda e India: “*Nuestra India o Irlanda son Ucrania y Finlandia*”, decía Lenin, antes y después de la toma del poder. Sin embargo, para Losurdo, Trotsky terminaba de este modo de llevar agua al molino de Hitler...

Falta de rigor histórico

El problema es que el método de Losurdo, es todo lo contrario del de un historiador riguroso: ha hallado citas de Trotsky en algún panfleto de denuncia y las reproduce sin conocer el contexto. Y pone como autoridad máxima (creyéndole “*antiestalinista*”...) a Dimitry Volkogónov, quien fue un “*historiador oficial*” cuando Brezhnev intentó rehabilitar a Stalin, y más tarde con Andrópov, Chernenko, Gorbachov, Yeltsin y Putin... Un “*historiador*” que durante años había calificado a Trotsky de traidor proimperialista, pero en la última fase, cuando empezó a cambiar la dirección del viento, comenzó a describirlo como un aventurero peligroso: lo importante era presentarlo como un personaje execrable y tratar de evitar que la gente lo leyera...

Con semejantes fuentes, es lógico que Losurdo dé por buena la fábula de que la guerra de Finlandia se debió a la negativa de este país a aceptar “*un inter-*

“Stalin podía hacer escribir a Bujarin la ‘*Constitución más democrática del mundo*’ al mismo tiempo que él preparaba el gran terror (y Bujarin ya sabía muy bien que se hallaba camino del patíbulo)”

cambio pactado de territorios” propuesto por la URSS y que relacione los hechos con una vergonzosa justificación de la masacre de Katyn: en ese clima “¿cómo habrían reaccionado los oficiales polacos al desmembramiento de Polonia?”, se pregunta Losurdo (sin preguntarse asimismo por qué ese desmembramiento fue pactado con Hitler e ignorando naturalmente que Stalin no lo había aceptado pasivamente, sino que se había manifestado varias veces en contra de la existencia del Estado polaco). Con respecto a Finlandia habría sido mejor recordar que el supuesto “intento de intercambio de terri-

torios” se produjo tras la imposición, en la estela del Ejército Rojo, de un gobierno provisional presidido por Otto Kuusinen, como también se hizo –con mayor éxito, al menos de momento– en los países bálticos y los demás territorios trocados con Hitler. La evidente dificultad del Ejército Rojo en Finlandia (fue necesario enviar al final a 1.200.000 hombres, más o menos el equivalente a toda la población finlandesa masculina adulta en aquel periodo) fue justamente el dato que animó a Hitler a desencadenar el ataque antes de lo previsto.

Sin embargo, Losurdo utiliza varias veces la existencia de la Alemania nazi para explicar y justificar muchas decisiones de Stalin: por ejemplo, el exterminio de la élite militar del Ejército Rojo en 1937-1938. Y para justificar el proceso contra Tujachevsky y los demás mandos militares se aferra a una apreciación de Churchill, pasando por alto la catástrofe militar del primer año de guerra, cuando a causa de la falta de preparación y de oficiales experimentados (algunos habían sido ascendidos hasta tres veces en un año a fin de cubrir las vacantes creadas por las purgas) murieron o cayeron prisioneros de los nazis millones de rusos, civiles y militares que no recibieron órdenes útiles. Se aferra a varios testimonios para refutar las alusiones negativas del “Informe secreto” a la desorientación de los primeros días de la invasión. Como si no se hubiera descrito ya en tantas memorias no apologéticas.

Losurdo considera un sectarismo inadmisibles el lúcido análisis de Trotsky sobre la fatal carrera por el acercamiento a Hitler tras la conferencia de Múnich. Trotsky había previsto que después de haber sacrificado la revolución española para complacer al imperialismo franco-británico, Stalin se haría ilusiones de conseguir una larga tregua al amparo de un pacto con Alemania. Ahora bien, en vez de reforzar a la URSS, dicho pacto la debilitó porque introdujo en sus confines a pueblos que no habían conocido la Revolución de Octubre y que tras una breve experiencia de la brutalidad de la represión (que no solo acabó con decenas de miles de oficiales en Katyn, sino con muchos

cientos de miles de ciudadanos de Polonia oriental y de los países bálticos) aportaron no pocos colaboracionistas con las tropas nazis. Lo que escapa a Losurdo es que para Stalin, con tal de retrasar la guerra, lo lógico era intentar cualquier alianza, no solo haciéndose ilusiones sobre su duración y solidez, sino sobre todo olvidando el mínimo criterio moral y no teniendo en cuenta las repercusiones de sus decisiones: el pacto Ribbentrop-Mólotov provocó en todos los partidos comunistas graves problemas de desorientación y debilitó después sus fuerzas, creando las premisas de la crisis reiterada de posguerra en Hungría y sobre todo en Polonia, donde en vísperas del reparto el partido comunista fue suprimido sin más, y con una justificación ultrajante. El precio pagado tras la reconstitución tardía del partido fue su desconexión del potente movimiento de resistencia antinazi.

El antisemitismo de Stalin

La preocupación principal de Losurdo consiste en desmentir categóricamente que la acusación de antisemitismo contra Stalin tuviera el mínimo fundamento. Además de recordar las simpatías por el nazismo de Churchill y de tantos exponentes de Estados Unidos (ciertas, aunque no se entiende qué tienen que ver), aparte de que llama la atención el hecho de que por un lado denuncie y por otro destaque las calificaciones hechas con respecto a Stalin por esas mismas personas, Losurdo aduce otras argumentaciones sumamente contradictorias. Por ejemplo, cita numerosos testimonios (también ciertos) sobre el papel de Stalin y la URSS en el apoyo militar y los suministros directos, o a través de Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia, a los sionistas entre 1945 y 1949, retomadas de un libro muy interesante de un ruso, Leonid Mlecín, cuyo título es significativo: *Perché Stalin credè Israele* (Sandro Teti, Roma, 2010). Explica la razón de fondo de esta opción, que no era otra que contraponerse al imperialismo británico, pero omite las escandalosas citas de frases hostiles a los palestinos y los árabes, rayanas en el racismo. Y también pasa por alto que este apoyo no excluía el fastidio ante cualquier forma de defensa de la cultura judía y yidish en territorio soviético, y que ya en 1948 fue eliminado sin proceso, mediante un accidente de circulación simulado, el principal animador del Comité Judío Antifascista, Solomon Michoels, mientras que otros exponentes del mismo fueron procesados y condenados a muerte poco después.

Domenico Losurdo está obsesionado con recalcar que no había nada que uniera a Stalin con Hitler, y podemos estar de acuerdo (aunque es sabido que en muchos momentos uno y otro habían sentido admiración recíproca), pues sus motivos eran distintos. En el caso de Stalin no se trataba de una judeofobia particular, sino simplemente de una concepción que atribuía a toda una población las culpas ciertas y a menudo presuntas de algunos individuos. No me parece, sin embargo, que la diferencia con respecto al antisemitismo clási-

“El pacto Ribbentrop-Mólotov provocó en todos los partidos comunistas graves problemas de desorientación y debilitó después sus fuerzas”

co la haga más aceptable. Su hostilidad creciente hacia los judíos rusos, como reacción a la frustración de su deseo de utilizar el Estado de Israel contra Gran Bretaña y EE UU, no era distinta de la que profesaba contra los chechenos, calmuco, tártaros de Crimea, alemanes del Volga y todas las demás poblaciones que tuvieron que sufrir terribles castigos colectivos, como la deportación en condiciones letales para los más débiles, en las que en algunos casos murieron casi la mitad de los expulsados de sus tierras.

Con su escaso conocimiento de la URSS, Losurdo aporta como prueba una declaración de Ilyá Ehrenburg, en la que propone la asimilación de los judíos, a quienes había que “dejar en paz” y que “deben cesar todos los intentos de inducirles a abrazar el sionismo y a repatriarse”, pero sin sospechar que también era una respuesta al proyecto de Stalin de trasladar a los judíos soviéticos al lejano Birobiyán o a Crimea, donde la deportación de los tártaros había dejado espacio. El proceso contra los médicos, sobre el que ha corrido mucha tinta, no le parece a Losurdo atribuible a un prejuicio étnico, porque en la lista de los asesinos de “bata blanca” también había, como es habitual, algunos no judíos. Y eran los años en que las detenciones y torturas para hacer confesar un “complot sionista” afectaron incluso a la mujer judía de Mólotov, quien era asimismo ministra. Y eran los años en que primero fue repetidamente masacrada por la censura preventiva, después retenida y finalmente bloqueada la publicación de una extraordinaria documentación sobre el “genocidio nazi en los territorios soviéticos”, recopilada por el Comité Judío Antifascista a propuesta de Albert Einstein y custodiada por Ilyá Ehrenburg y Vasily Grossman. Tan sólo en los años noventa se recuperaron primero las pruebas de imprenta censuradas y después los manuscritos originales en los archivos de los servicios secretos soviéticos, publicados en italiano con el título de *Libro nero. Il genocidio nazista nei territori sovietici. 1941-1945* (Mondadori, Milán, 1999). La prohibición de publicarla se debió a la voluntad de “rusificar” la “Gran Guerra Patriótica”: entre otras cosas, en aquellos años no se quiso admitir la participación de otros grupos étnicos en la resistencia y se tacharon o modificaron los nombres de los miembros de los “pueblos castigados” hasta en los monumentos erigidos en memoria de su sacrificio.

Losurdo cita (aunque solo sea para extrapolar una “aceptación” de su tesis exculpatoria) un libro que reconstruye el terrible periodo final de la vida de Stalin (Louis Rapoport, *La guerra di Stalin contro gli ebrei*, Rizzoli, Milán, 1991), pero dice que el título del libro es menos convincente que la declaración de Stalin, quien denunció la “guerra de los sionistas contra la Unión

Soviética”... En cualquier caso, Losurdo no lo ha aprovechado para comprender lo sucedido en aquel periodo y la razón por la que la gran mayoría de los judíos soviéticos, que durante años fueron firmes defensores de la revolución, quisieron salir del país. Así, por ejemplo, rechaza toda caracterización antisemita del proceso contra Rudolf Slansky (ampliamente documentada por Arthur London y en el precioso libro de Karel Kaplan, *Relazione sull’assassinio del segretario generale*, Valerio Levi, Roma, 1987), basándose en dos testimonios faltos de toda credibilidad: uno de la propia hija del exsecretario del PCC obligada a declarar –como ocurría a menudo en los “procesos espectáculo”– contra su padre, que habría “favorecido la emigración a Israel”, y el del estalinista francés Duclos, quien aseguraba que en Checoslovaquia el proceso estaba dirigido “justamente” contra los “traidores sionistas al servicio de la política belicista de Washington”. Losurdo se complace también de que en Rumania Ana Pauker se saliera con pocos meses de cárcel a pesar de ser inculpada de “no haber impedido el éxodo de los judíos rumanos hacia Israel”; sin embargo, no dice que sólo se salvó gracias a la muerte repentina de Stalin, seguida inmediatamente de la liberación de los médicos y el sobreseimiento de su juicio, calificado de montaje, y la suspensión en cadena de los procesos análogos entablados en todos los países de la zona.

Como no pocos filósofos de la historia, Losurdo no se preocupa mucho de reconstruir los acontecimientos históricos sobre los que filosofa. En otro libro suyo reciente, *Il peccato originale del Novecento*, habla, por ejemplo, de una “revolución por arriba” proyectada por Stalin hacia las regiones asiáticas. El “fardo del hombre blanco adquiere ahora una configuración peculiar, con la ciudad rusa empeñada en exportar por la fuerza de las armas la civilización (socialista) a las campañas asiáticas”. ¡Qué absurdo! ¿Cómo puede hablar un marxista de “revolución por arriba”? El término ha sido utilizado en abundancia (hasta por el sha), pero nunca se ha producido una verdadera revolución por decisión externa, y mucho menos “por arriba”. En vez de por los hechos, juzga a Stalin por sus discursos, que no guardaban casi ninguna relación con lo que estaba haciendo: por ejemplo, un día podía criticar a los ejecutores de la colectivización forzosa decidida por él, hablando del “vértigo del éxito que nos ha hecho perder la cabeza”, para retomar pocos meses después la misma política de manera todavía más insensata (provocando millones y millones de muertos y dejando el campo en un estado ruinoso irrecuperable por el que Rusia sigue pagando hoy el precio). Stalin podía hacer escribir a Bujarin la “Constitución más democrática del mundo” (cosa que no era cierta, pero muchos lo repiten hasta nuestros días) al mismo tiempo que él preparaba el gran terror (y Bujarin ya sabía muy bien que se hallaba camino del patíbulo).

Losurdo llega a resultados de un humor macabro cuando alude a un episodio efectivamente contado por Pasternak (de quien extrae la cita) y muchos otros, pero que tenía un significado muy distinto. En efecto, escribe que “con

“Para reconstruir un período histórico, Losurdo se basa exclusivamente en lo que dice de sí mismo el grupo dirigente (con este criterio, dentro de cincuenta años, leyendo a Berlusconi se podría concluir que en Italia hubo durante decenios un régimen comunista...)

el estallido de la guerra, a los detenidos se les ofrece incluso la posibilidad de una movilidad y promoción social” puesto que “muchos deportados pidieron enrolarse como voluntarios” y otros, “en particular los oficiales y cuadros técnicos supervivientes, fueron liberados y reincorporados a filas”. En vez de una promoción social se trataba simplemente de una impresionante confesión: saltaba a la vista que Stalin y los demás dirigentes soviéticos sabían perfectamente que los condenados como “enemigos del poder soviético” no eran tales y que en caso de necesidad podían confiarles armas para defenderlo. Y necesidad había: el episodio se produjo a finales de 1941, cuando la absoluta falta de preparación frente a la invasión alemana, consecuencia de las absurdas ilusiones de Stalin en la

duración de la alianza con Hitler, precipitó la catástrofe de los primeros meses de la guerra: el frente occidental, donde entre muertos y prisioneros las pérdidas se contaban por millones, reclamaba cada día refuerzos del frente oriental, que quedó desguarnecido contraviniendo toda lógica. Al final, los generales que comandaban las tropas siberianas, y que temían un posible ataque japonés, solicitaron poder sustituir a los hombres enviados al frente occidental reclutando algunas divisiones entre los “enemigos del pueblo”. La petición fue aceptada, demostrando de paso el hecho de que todos conocían la falsedad de las acusaciones que habían llenado los campos de prisioneros. Pero parece increíble que hoy se hable de “movilidad y promoción social” para los supervivientes que obtuvieron la posibilidad de combatir para salvar el Estado soviético, después de que Stalin los hubiera lanzado al “matadero”, tal vez con la acusación de proferir “calumnias antialemanas”, como ocurrió a muchos oficiales durante el periodo de idilio con Hitler. Losurdo pasa por encima de todo esto, pues resulta difícil justificar con las necesidades de la defensa la entrega a Hitler de dos mil comunistas alemanes y austriacos, en gran parte judíos, en 1940.

Fuentes sospechosas

Para reconstruir un periodo histórico, Losurdo se basa exclusivamente en lo que dice de sí mismo el grupo dirigente (con este criterio, dentro de cincuenta años, leyendo a Berlusconi se podría concluir que en Italia hubo durante decenios un régimen comunista...). Losurdo cita tranquilizado una de tantas declaraciones de Stalin a la prensa extranjera, donde sostenía que “*sería ridículo identificar a la camarilla hitleriana con el pueblo alemán*”. ¡Qué bonito!

¡Qué ejemplo de internacionalismo! Lástima que durante toda la “Gran Guerra Patriótica”, no sólo en la URSS, sino en la prensa “comunista” de todo el mundo, incluida la revista teórica del PCI, *Rinascita*, se publicaran artículos que tergiversaban citas de Marx y Engels para condenar la “*barbarie prusiana y germana*”. Lástima que el Ejército Rojo obtuvo licencia para violar y saquear a placer en Alemania y en Hungría. Lástima que millones de alemanes de toda edad y condición social fueran expulsados, al término de la guerra, de los Sudetes y de las regiones anexionadas por la URSS y Polonia. Para Losurdo, estos hechos cuentan menos que las declaraciones propagandísticas del gran mentiroso y que los elogios no casuales que hicieron de Stalin anti-comunistas notorios como Churchill o De Gasperi.

Por otro lado, viendo el uso que hace de las abundantes citas de Stalin, se comprende que Losurdo no sienta la necesidad de periodizar la historia soviética, además de la del propio Stalin, quien cambió varias veces de tono y de argumentación incluso cuando, tras el gran terror, se hizo con el poder absoluto. Por ejemplo, en la segunda mitad de los años veinte, y hasta la inflexión de 1934 (el asesinato de Kirov), los oponentes fueron discriminados, separados de sus cargos, privados del derecho a expresarse, pero no liquidados físicamente. Incluso después de los primeros procesos de Moscú, el ritmo de las ejecuciones creció bastante lentamente, hasta que se produjo la sustitución de Yágoda por Etsov en 1937, que precipitó un auténtico salto cualitativo. Un libro reciente de Nicolas Werth, *L'ivrogne et la marchande de fleurs* (París, Tallandier, 2009), documenta claramente el fuerte incremento de la represión durante aquel bienio, mucho más amplia que la más conocida que golpeó a las élites políticas mediante los procesos espectáculo. En tan sólo dos años hubo alrededor de un millón y medio de detenciones, de las que la mitad vinieron acompañadas de condenas sumarias a la pena capital; la represión se abatió sobre segmentos muy amplios de la población, sustancialmente ajenos a cualquier lucha política contra el régimen, seleccionados con los más diversos criterios, a menudo pseudoétnicos: por ejemplo, los “alemanes” eran a veces ciudadanos soviéticos de lejano origen germano, o prisioneros de guerra alemanes que permanecieron en Rusia por simpatía, o directamente exiliados políticos huidos de Alemania o Austria; los “polacos”, que fueron los que pagaron el precio más alto, eran seleccionados inicialmente entre los exprisioneros polacos que permanecieron voluntariamente en la URSS, luego entre los exiliados, refugiados e inmigrantes políticos, antiguos miembros del partido socialista polaco, todos los presuntos “nacionalistas” de las regiones en las que había una fuerte comunidad. Los mismos criterios se aplicaron para golpear a los letones (que habían constituido un pilar del bolchevismo durante la Revolución de Octubre y se habían refugiado en la URSS para huir de las persecuciones anticomunistas en su país), los finlandeses, los bielorrusos, los ucranianos, siempre sospechosos de mantener vínculos con miembros del

mismo grupo étnico en el extranjero y acusados de haber urdido complots y formado organizaciones militares.

En un discurso pronunciado en la ceremonia del 20º aniversario de la revolución, Stalin dijo: *“Eliminaremos a todos los enemigos del Estado y de los pueblos de la URSS; eliminaremos incluso a sus familias y sus estirpes. Alzo mi copa por el exterminio definitivo de todos los enemigos y de toda su estirpe (rod)”*. Losurdo se afana en negar toda acusación de antisemitismo contra Stalin, pero debería reflexionar sobre estos datos: las detenciones, aunque en aquel momento no afectaran a los judíos, se basaban de todos modos en un criterio de *pertenencia étnica*. Entre otros, algunos judíos marxistas procuraron evitar el término antisemitismo incluso al referirse a la *shoah*, prefiriendo hablar de *“etnicismo esencialista”*, es decir, de la atribución de características negativas a una determinada etnia para reprimirla. Obviamente, el término también puede emplearse así para las persecuciones de los chechenos, los hutus o los gitanos, refutando la pretensión de los sionistas de presentar a los judíos como los únicos perseguidos en la historia.

Tras el gran terror se instaló una tregua momentánea y la guerra comportará después un gran viraje, con una fuerte utilización del nacionalismo panruso, la movilización de la jerarquía de la iglesia ortodoxa, incluso de mulás y rabinos, pero sobre todo una notable disminución de la represión. Era sumamente peligroso proseguirla, pues estaba visto que el terror indiscriminado no reforzaba al Estado, sino que revelaba su debilidad. Después, terminada la guerra, se reanuda de nuevo, y esto explica la persecución de las élites judías, que va en aumento y sólo se interrumpe con la muerte del “jefe”, así como la terrible suerte reservada a millones de soldados apresados por los nazis, que serán trasladados de un campo de concentración alemán al Gulag, donde muchos de ellos protagonizarán las grandes revueltas de 1953.

Las causas de la involución estaliniana

Losurdo tiene una visión edulcorada de la historia de la URSS, pero no puede negar, de todos modos, que algo acabó torciéndose. ¿Por qué ocurrió? Tiene una explicación, pero de poco sirve. En efecto, utiliza muchas veces el concepto de “dialéctica de Saturno”, que no explica nada y en la práctica equivale a decir en plan fatalista que “la revolución devora a sus propios hijos”. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Lo hace siempre inevitablemente? ¿O acaso lo ha hecho únicamente, tras una larga involución, en la URSS, que después transmitió el mal a los países que copiaron el modelo? Y ¿quién devora y quién es devorado? ¿Son los principales dirigentes de la revolución los que toman la iniciativa de exterminar a los adversarios o son los elementos que al comienzo eran marginales? Esto también convendría saberlo. ¿Cuántos son devorados? Si son la mayoría de los protagonistas de la primera fase más difícil de la revolución, debería significar algo.

A Losurdo se le escapa que se trató de una inflexión profunda no sólo en la historia de la URSS, sino también de la del “comunismo” mundial. ¿No le da que pensar el hecho de que fuera aniquilada casi la totalidad de la dirección de la revolución rusa? Hay que tener presente que las víctimas no fueron dos o tres, sino 18 de los 31 miembros del comité central del periodo 1917-1921, y 8 de los 10 miembros del *politburó*. Incluso en los años posteriores a la victoria de Stalin sobre las oposiciones, el exterminio de cuadros del partido alcanza proporciones inimaginables (por ejemplo, fueron eliminados el 70 % de los delegados y miembros electos del comité central al XVII congreso del PCUS de 1934, el llamado “congreso de los vencedores” porque las oposiciones habían sido derrotadas y sus miembros deportados). Algunos todavía repiten el dicho de que “*cuando se tala un bosque, vuelan las astillas*”, pero ¡hubo mucho más que astillas! Y no sólo se trata de los muertos, sino también de la desnaturalización del partido, que dejó de ser un centro vivo de debate y de iniciativa política para convertirse en un cuartel: los toques de alarma de Gramsci en 1926, por lo que parece, siguen siendo ignorados y silenciados. Los compañeros como Losurdo se indignan, sin duda, cuando lo piensan, ante los millones de víctimas de la represión estalinista, pero aparte de tratar de reducir el número, no comprenden su significado: en aquellos años se produjo una verdadera contrarrevolución. No fue la revolución (“Saturno”) la que devoró a sus hijos, sino la contrarrevolución, que se vengó por su derrota anterior, una derrota que no había sido definitiva. Como había previsto el viejo Marx, una revolución que se detiene acabará viendo aflorar de nuevo la “misma mierda de siempre”...

10/06/2011

Antonio Moscato es autor de numerosos libros sobre la historia de la Unión soviética y de su sistema, y sobre Cuba y el Che. Fue profesor de Historia del movimiento obrero en la Universidad de Lecce.

Traducción: *VIENTO SUR*

**JESÚS
ALBARRACÍN**

ADAPTACIÓN, SÍNTESIS Y ACTUALIZACIÓN DE DANIEL ALBARRACÍN

**LA CRISIS DE
LA ECONOMÍA
DE MERCADO**

Maia
EDICIONES

5 Voces miradas

Guía del odio

Ferran Fernández (Barcelona, 1956)

Profesor de Periodismo en la Universidad de Málaga y diseñador gráfico. Ha fundado y dirigido diversas publicaciones de carácter político-cultural y se ha dedicado al diseño gráfico, sobre todo al cartelismo político-social y al diseño editorial y periodístico. Desde finales de 2009 dirige la editorial *Luces de Gálibo*, publicando, sobre todo, poesía en cuidadas y hermosas ediciones. Como poeta visual ha realizado numerosas exposiciones y su obra ha sido recogida en antologías y publicaciones internacionales. Ha publicado los poemarios *Lógica sentimental* (Barcelona, 1997), *Sufrir en público* (Barcelona, 2007), *Xeografía nocturna* (Ribeira, Galicia, 2007), *Peligro de vida (99 haikus)* (Málaga, 2008). Vale la pena visitar: www.ferranfernandez.com para acercarse a su obra poética y disfrutar con sus poemas objetos, poemas animados, humor gráfico, diseño...

Guía del odio (Vela de Gavia, La isla de Siltolá, Sevilla, 2011): poemas breves, intensos, exactos. La ironía, el humor, el desdén ante los poderosos, una fraterna mirada... Esta "Guía del odio" se convierte casi en su contrario: un tratado de dignidad lleno de dudas y silencios que, en todo caso, sería Guía de perplejos. De los que permanecen y no claudican, de los que caminan sobre el alambre. Y lo que se salva con ellos. A pesar de la desesperación, la conciencia de las derrotas, la rabia sin voz y las dudas. La puerta abierta y la espera del amigo, la intacta emoción "cuando veo a gente desfilar/ por la calle/ enarbolando banderas/ de derrota". Hablamos de dignidad: porque "hay ocasiones en las que lo mejor es callarse" y "hay momentos en los que permanecer mudos/ es sencillamente una vergüenza". Y allí, en ese delgado límite, "entre un punto y otro se define nuestra dignidad". La cita de Erich Fried que cierra el libro dice: "quiero tener amigos/ tan seguros/ como mis enemigos". El odio les pertenece; ante ellos es mejor el desdén y la lucidez para reconocerlos. Y con los amigos: luchar, resistir, vencer la melancolía y compartir. De todo esto nos habla este breve tratado de la dignidad humana para perplejos.

Antonio Crespo Massieu

no voy a contradecir
a las matemáticas

efectivamente
la línea recta es la distancia
más corta entre dos puntos

pero no siempre es conveniente trazarla

en algunas ocasiones
puede resultar más interesante
acercarse en círculo
de un punto a otro
dándonos tiempo a comprobar
si es bueno unirlos
o si por el contrario
lo mejor es dejarlos indefinidamente inconexos

a veces
trazar una simple línea recta entre dos puntos provoca
una catástrofe

una verdadera catástrofe

proclamo
la enemistad
de mis adversarios
no por altanería
o aires de suficiencia
sino por simple precaución

es conveniente
no despreciarlos
para no alimentar
su odio
sin razón

abro la ventana

para ventilar la alcoba
y se me llena de humo

abro la puerta
para recibir al amigo
y se me escapa el amor

abro la boca
para gritar mi rabia
y me la tapa el eco

ando dubitativo sobre el alambre

un día de éstos acabaré con la nariz
contra el suelo

ando dubitativo sobre el suelo

un día de éstos acabaré colgado
en el alambre

me arrepiento de la mayor parte

de lo que he leído
y de casi todo
de lo que he escrito

lo poco que se salva
me perdona la vida

cuando parece que por fin

el destino me va a dar alcance
yo me agacho o le hago un quiebro
a la izquierda

y lo vuelvo a dejar con la miel en los labios

no lloro porque el banco del amor

me haya denegado otro crédito

lloro porque la caja del odio
me ha embargado el corazón

de vez en cuando

últimamente bastante a menudo
mi sombra se cansa
antes que yo
y se apoya
en la pared
menos pensada
y me obliga
a detener el paso
para no perderme

cuando dedicamos más tiempo

a nuestros enemigos que a nuestros amigos
la vida nos empieza a ir mal

huyo siempre en espiral

conviene no perder de vista
las razones del abandono

porque a veces el silencio

es la genuina expresión
del amor de la belleza de la libertad
hay ocasiones en las que lo mejor es callarse

pero aunque solo seamos capaces
del grito del llanto del suspiro
hay momentos en los que permanecer mudos
es sencillamente una vergüenza

entre un punto y otro se define nuestra dignidad

cada mañana

cuando salgo para ir
a la labor diaria
dejo abierta la puerta de casa
por si regresa el amigo que se fue

pero es el enemigo que acecha
quien entra y me la destroza

mas yo no desespero

tanto estrago será un ínfimo peaje
si un día vuelvo
y encuentro al amigo ido
esperándome junto al fuego

no sé por qué
pero aún me emociono
cuando veo a gente desfilar
por la calle
enarbolando banderas
de derrota

a quienes aman
se les puede perdonar que se equivoquen

a quienes odian no

participo en todas las escaramuzas
en las que pueda salir perdiendo

es mi forma de prepararme
para la gran batalla final

confío en que las continuas derrotas
acaben por hacerme invencible

de tanto correr
delante de mi enemigo
he olvidado su rostro
y ahora temo
encontrármelo de frente
y no reconocerlo

6 aquí y ahora

Humor y subversión de la Doxa. El humor del 15M contra el neo-caca-pipi-talismo/1

María Dolores Vivero García

El humor es importante como actitud o postura distanciada que ayuda a ver con serenidad situaciones adversas. Por definición, supone una distanciaci3n con respecto a la realidad. Cuando hablamos con humor, lo que decimos no es exactamente lo que pensamos, incluso a veces es todo lo contrario. Esta distancia entre lo expresado y lo sentido puede ser 3til para relativizar nuestros propios criterios y reducir la carga emocional producida por las situaciones de conflicto que afrontamos. En la acci3n social ayuda a desdramatizar, facilita la comunicaci3n y las relaciones humanas liberando tensiones/2. La connivencia que establece puede estrechar lazos y crear complicidades.

Adem3s, el humor puede transmitir eficazmente la cr3tica. Las analog3as c3micas, por ejemplo, hacen pasar mejor el mensaje pol3tico. En este sentido, puede ser un arma poderosa y, a veces, la 3nica forma que tienen los dominados de expresar la contestaci3n de manera aceptable para su entorno. Contra el esp3ritu de seriedad de cierto militan-tismo tradicional, es importante poder ejercer igualmente el humor sobre el discurso militan-te.

Pero sobre todo, el humor en s3 mismo y especialmente algunas de sus formas, como veremos, puede incluso ayudar a transformar, si no directamente el mundo, al menos la manera de concebirlo, transgrediendo los c3digos socio-discursivos y, en particular, las representaciones y mentalidades socialmente dominantes, es decir lo que se suele denominar la *doxa*.

1. ¿Se puede explicar el humor?

A pesar de la gran cantidad de estudios que existen desde perspectivas tan diversas como la ret3rica, la ling33stica, la filos3fica (Bergson, 1901) o la psi-

1/ Retomando la c3lebre f3rmula de Aguigi Mouna, que denunciaba ya en los a3os 50 la forma de vida "caca-pipi-talista".

2/ V3ase, a este respecto, el n3mero 2 (2010) de la revista *Vie sociale*, dedicado al papel del humor y de la risa en diferentes 3mbitos del trabajo social.

coanalítica (Freud, 1905), no hay actualmente categorías descriptivas generalmente admitidas que permitan dar cuenta del funcionamiento del discurso humorístico. Sin embargo, como cualquier otro fenómeno, sólo puede ser descrito a partir del establecimiento de categorías conceptuales. Para identificar un fenómeno, es necesario poseer una categorización. Por ejemplo, “hablar en broma” / “hablar en serio” son dos categorías que nos permiten clasificar y entender los discursos; por supuesto, el hablante puede jugar con los límites entre ellas, pero para reconocer ese juego, hay que poseer ambas y conocer la frontera que las separa.

Para comprender el humor en el discurso es, pues, necesario partir de categorías establecidas en función de propiedades discursivas. Explicitaremos a continuación someramente las que nos permiten, dentro de nuestra perspectiva de análisis del discurso, delimitar las principales. Así, nos fijaremos en si el juego humorístico surge de:

I. la manera de presentar el mundo y las cosas como incoherentes, en cuyo caso distinguimos tres fuentes de incoherencia, según se establezca una conexión

- I.1. entre ámbitos diferentes pero que comparten algo en común,
- I.2. entre nociones contrarias,
- I.3. entre ámbitos que nada tienen en común.

O bien si el humor surge de:

II. la propia manera de asumir o no asumir las palabras y las opiniones, es decir de lo que se llama en lingüística la enunciación, según una de estas tres formas de juegos enunciativos:

- II.1. hablar dejando ver que exageramos caricaturalmente lo negativo,
- II.2. decir algo (en general, positivo) dando a entender que pensamos lo contrario,
- II.3. decir algo como si lo dijéramos nosotros, pero mostrando al mismo tiempo que, en realidad, retomamos, mediante lo que se llama habitualmente una parodia, lo que se dice o lo que otros dicen.

Estas dos grandes categorías del humor y las tres subcategorías en que pueden subdividirse cada una no se excluyen entre sí, como veremos. Pero para comprender cómo se combinan unas con otras es necesario poder distinguir las de partida.

El objetivo que nos proponemos es intentar entender mejor cómo funcionan los lemas surgidos de las protestas que se iniciaron el 15-M y compararlos con otras manifestaciones de humor militante, en particular con otros eslóganes ya

célebres, que hacen también prueba de humor: los de Mayo del 68. Se trata, en definitiva, de entender no sólo la seducción que el humor puede ejercer sino también su fuerza de provocación y de contestación.

2. Los eslóganes del 15-M y las formas de incoherencia insólita y paradójica

En lo que respecta al primer tipo de juegos, la forma de incoherencia más frecuente en los eslóganes del 15-M es la primera (I.1.), resultante de la conexión de ámbitos diferentes que presentan sin embargo algo en común. Llamaremos “insólita” a esta forma de incoherencia. Aparece, en su manifestación más sencilla, en esta consigna:

*Ni cara A, ni cara B. Queremos cambiar de disco*³

en la que el humor nace de la conexión insólita entre dos ámbitos, el político y el de la reproducción de los discos de vinilo, sobre la base de un rasgo común que queda así puesto de manifiesto: la existencia de sólo dos opciones tanto en un disco como en el contexto político actual. El paso de uno a otro se apoya en el sentido figurado de la expresión “cambiar de disco” que, además de su empleo en el ámbito musical, puede referirse, en un lenguaje relajado o familiar, a la conversación cotidiana y a sus redundancias. En general, en esta forma de humor, el universo comparado (el del poder político, en el ejemplo) queda desmitificado o devaluado por contaminación con el que sirve de comparación (el de las repeticiones tanto en la reproducción musical como en el ámbito familiar).

De manera semejante, en el siguiente eslogan:

No hay pan para tanto chorizo

se produce una conexión insólita entre la esfera de la alimentación y la del robo, que en el contexto está estrechamente asociada a la esfera política. La utilización de “chorizo” en su doble sentido facilita el paso de la primera a la segunda, de manera que cualquiera puede reconocer el juego de palabras al mismo tiempo que la parte de verdad y de justeza que encierra más allá de la exageración, puesto que al insólito se une aquí (categoría II.1.) la exageración de lo negativo.

Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir

El mecanismo del humor estriba igualmente en la conexión insólita entre dos ámbitos: por un lado, la actividad fisiológica necesaria de dormir, de la que forma parte la actividad de soñar; por el otro, el sueño en el sentido de los anhelos. El poder de seducción de esta frase viene dado por el juego con el doble sentido de “soñar”, que hace aparecer la conexión entre estos dos ámbitos diferentes como respondiendo a cierta lógica.

³/3 Para todos los slogans del 15-M, se ha utilizado como fuente Cabal, 2011.

El humor que procede de conexiones insólitas es quizá el más frecuente no sólo en los lemas del 15-M sino, en general, en todos los géneros humorísticos. En sí misma, esta forma de humor no tiene un fuerte poder subversivo, a no ser que uno de los ámbitos sirva para devaluar fuertemente al otro, es decir para rebajarlo con respecto a la representación dominante y generalmente compartida que forma parte de la *doxa*. Algo así ocurre con el subtítulo de este artículo, donde la separación y reduplicación de las dos primeras sílabas de “capitalismo” rebajan tal noción por conexión con los excrementos y con el modo infantil de nombrarlos. En el siguiente lema del 15-M:

¿Dónde está la izquierda? Al fondo a la derecha

lo insólito se combina con la paradoja que, como veremos más adelante, surge de una contradicción (II.2): en este caso, la situación de la izquierda a la derecha. Pero el humor de este eslogan viene quizá, sobre todo, de la conexión insólita, tremendamente denigrante para la izquierda política, que queda comparada con los retretes de los bares, a menudo emplazados, al menos según el dicho parodiado (la parodia (II.3) también juega aquí cierto papel), “al fondo a la derecha”.

En contextos distintos del 15-M, encontramos formas de insólito en acciones militantes como perturbar un mitin, una conferencia u otros lugares del poder simbólico jugando con contrastes de situación y con el desfase entre la función asignada a un lugar y el uso que con tal acción se le da. Como ejemplo, citaremos la acción del colectivo vasco Bizi! consistente en la ocupación de un supermercado abierto los domingos, durante la cual los activistas se dedican a pasatiempos más propios de un día festivo: en la sección de frutas, una pareja en una colchoneta prolonga amorosamente la mañana del domingo; en la de libros, tres activistas alrededor de una mesa toman el aperitivo; mientras que otro disfrazado de pescador dominguero intenta en vano que pique uno de los pescados de la sección de pescadería... y todo ello ante la mirada incrédula y divertida de la clientela.

En Francia, fueron también famosos los atentados pasteleros inventados por Noël Godin, que incitaba a emprender “cruzadas pasteleras” contra personalidades políticas como Sarkozy, ministro del interior y candidato a las presidenciales, o contra Bernard-Henri Lévy, quienes en cada aparición pública se exponían a ser recibidos por un bombardeo de tartas. En este ejemplo, el insólito estriba en dar a estas personalidades un tratamiento que corresponde a otro ámbito, como el de los payasos de circo, con el fin de ridiculizarlas/4.

En Italia, en 2005, durante la semana de la alta costura de Milán, un colectivo de lucha contra la precariedad se inscribió para participar en el desfile

4/ Puede encontrarse una recopilación de este tipo de acciones en la página web de la Brigade activiste des clowns de Paris: <http://www.brigadecloons.org>. Véase también Les désobéissants, 2010 y Bichlbaum y Bonanno, 2005.

bajo el nombre de una supuesta estilista aún desconocida, que presentaba en Internet un clip con extractos de su colección; al mismo tiempo, iniciaron una campaña de denuncia de las condiciones de trabajo precario en las empresas que subcontractaba dicha estilista para la fabricación de sus vestidos. Consiguieron así que la prensa comenzase a cuestionar las prácticas de la alta costura; además, con sus amenazas de perturbar el desfile, provocaron que se produjera un despliegue policial para asegurar su protección. Llegado el momento, ante la policía, ante la prensa internacional y ante un público perplejo, en lugar del esperado pase de modelos de la “estilista”, desfilaron un centenar de activistas denunciando la precariedad (Baba, 2008).

En la reapropiación de espacios públicos por el movimiento 15-M, aparece también este componente insólito en acciones como la instalación de un huerto en la Puerta del Sol de Madrid.

La segunda forma de incoherencia que distinguimos es la paradójica. Al comentar más arriba el eslogan “¿Dónde está la izquierda? Al fondo a la derecha” veíamos ya cómo la paradoja surge de una relación de contradicción entre los aspectos conectados humorísticamente, según la categoría II.2. La paradoja se utiliza con frecuencia en los eslóganes por su fuerte impacto, pero su fuerza subversiva es muy variable. En los eslóganes publicitarios, por ejemplo, la paradoja (*paradoxa*) no suele subvertir ninguna *doxa*. En las frases del 15-M, su poder de transgresión puede consistir en una simple inversión de evaluaciones, como en:

No somos antisistema, el sistema es anti-nosotros

donde la evaluación negativa ligada comúnmente a “antisistema” pasa a ser aplicada al propio sistema.

La contradicción puede incluso limitarse a un juego verbal consistente en emplear nociones opuestas, como apagar/encender en:

Apaga la TV, enciende tu mente

que asocia de manera lúdica dos acciones contrarias para insistir en el carácter alienante de la televisión.

La paradoja cobra, por el contrario, toda su fuerza de contestación en otro de los eslóganes del 15-M, donde se combina con la exageración caricatural (II.1) de lo que se critica:

Me sobra mucho mes al final del sueldo

Según una inversión paradójica, no sólo encontramos “mes” donde era esperable “sueldo”, sino que, además, “sueldo” figura donde era esperable “mes”; y sobre todo, encontramos “me sobra” donde era esperable lo contrario, es decir “me falta”: “me falta mucho sueldo al final del mes”. En realidad, es esto lo que viene a decir el eslogan y eso es también lo que entendemos. Pero lo dice desde una lógica contraria a la más habitual; lo expresa utilizando la lógica del mercantilismo a ultranza, que lleva a considerar la vida en función del

trabajo remunerado y del sueldo. Y nos obliga, por ello, a efectuar un recorrido interpretativo que pasa por el restablecimiento de la lógica habitual (según la cual es el dinero lo que sobra o falta en relación con las necesidades del mes, y no al contrario) y por el rechazo de la lógica que el eslogan exagera caricaturalmente llevándola a sus últimas consecuencias, una lógica que corresponde a la dominación de la racionalidad económica alienante, según la cual, como decía André Gorz, que manejaba también el arte de la paradoja, “*on perd sa vie à la gagner*” (perdemos la vida ganándonosla).

Acentuando los contrastes y las oposiciones, la paradoja puede así denunciar las absurdidades y contestar radicalmente la autoridad o la legitimidad de la ideología, desarmando eficazmente al adversario. Está muy presente en otros eslóganes hoy célebres, los de mayo del 68, en los que introduce una resistencia a la lógica y a los principios generalmente admitidos:

Soyez réalistes, demandez l'impossible (Sed realistas, pedid lo imposible)

Dessous les pavés c'est la plage... (Bajo los adoquines está la playa)

René Viénet (1968, p. 142) apunta que este último eslogan aparece cuando una carta firmada según parece por el CNPF aconsejaba cínicamente a los trabajadores olvidar las ocupaciones de fábricas y aprovechar sus aumentos salariales para pasar las vacaciones en el Club Méditerranée. El humor de este eslogan, que constituye una invitación implícita a levantar los adoquines, está en la superposición de elementos pertenecientes a dos universos opuestos: el de la arena de la playa, asociada a las vacaciones, y el de los adoquines de la ciudad, asociados en ese contexto a la lucha y a la explotación. La paradoja añade al humor de Mayo del 68 una dimensión subversiva. Transgrede representaciones generalmente admitidas y subvierte la idea que tenemos del mundo, por ejemplo la relación de oposición entre lo que representan tanto la playa como la ciudad: las vacaciones podrían ser una prolongación, bajo modalidades diferentes, de la vida cotidiana, si la dureza de ésta no las convirtiese en una necesaria ruptura.

En el siguiente,

Je t'aime!!! Oh! Dites-le avec des pavés!!!!

(;;Te quiero!!! ¡Oh! ;;;Dígalo con adoquines!!!!)

la paradoja denuncia ciertas ideas generalmente admitidas y los principios que dirigen los esquemas de acción habituales (regalar flores como muestra de amor). Al mismo tiempo, se parodia la conocida fórmula del día de los enamorados (“*Dígaselo con flores*”) y el discurso amoroso romántico enfatizado por la parodia, sugiriéndose que es en la lucha donde está el amor.

Para Pierre Bourdieu, una crisis con dominante simbólica, como la del 68, supone una puesta en cuestión global, que exige una respuesta sistémica y que determina la aparición, en un sector del universo, de actos y de discursos paradjicos, capaces de poner en cuestión la *doxa* sobre la que reposa el orden

habitual. Bourdieu ve en la paradoja y en su capacidad de subvertir las realidades y las posibilidades consideradas comúnmente como razonables el signo de un momento crítico en el que, rompiendo con la experiencia habitual del tiempo como continuidad con respecto a un pasado o a un futuro inscrito en el pasado, todo se vuelve, al menos aparentemente, posible; el signo de un momento en el que los futuros parecen efectivamente contingentes, los porvenires realmente indeterminados y el instante verdaderamente instantáneo, suspendido y sin continuación previsible o prescrita. La crisis del 68 introduce en la duración una ruptura, deja en suspenso el orden habitual de las sucesiones y la experiencia habitual del tiempo como presencia de un futuro ya presente, revolucionando las estructuras y las conductas “razonables”, que construyen el orden social como mundo esperable, previsible y calculable (Bourdieu, 1984, p. 235-237).

Sin pretender establecer paralelismos a nivel sociológico entre la crisis del 68 y el movimiento del 15-M, nos limitamos a subrayar, desde nuestra perspectiva, el papel que tiene en ambos contextos el humor y, en particular, la paradoja, que, jugando con las contradicciones, puede desenmascarar normas lógicas, sociales, culturales o discursivas.

Desde la perspectiva sociológica, citaremos, en lo que respecta al 15-M, a Jaime Pastor (2011), que subrayaba recientemente cómo “*la irrupción de este movimiento ha sido un ‘Acontecimiento’, en el sentido fuerte del término, que permite ampliar cada vez más el campo de lo posible y, con ello, combatir el ‘sentido común’ hasta ahora dominante*”. Tal “acontecimiento” sería, por tanto, favorable a la aparición de actos y discursos paradójicos.

3. La parodia de otros discursos

Entre los procedimientos que juegan con las responsabilidades de las palabras o de las opiniones (II), hemos visto la relativa importancia de la exageración caricatural de lo negativo (II.1) en, por ejemplo un eslogan como “*No hay pan para tanto chorizo*”. Sin embargo, el más utilizado en los lemas del 15-M (y en los de mayo del 68, como veremos) es el que consiste en retomar otros discursos mediante el procedimiento de la parodia (II.3). Así,

Error 404: Democracia not found

parodia los mensajes de error informáticos. Lo mismo puede decirse de esta otra consigna:

Error de sistema. Reinicie, por favor

La parodia se articula, en estos ejemplos, con la incoherencia insólita, que lleva a devaluar cómicamente la esfera de la política o de lo social por asimilación con el ámbito de la informática, al tiempo que pone en evidencia el rasgo común: un fallo en el sistema.

De manera semejante, la parodia de un enunciado reconocible se combina con la incoherencia insólita en:

Manos arriba, esto es un contrato

eslogan bajo el que resuena, como en eco, la expresión “*Manos arriba, esto es un atraco*”. Donde dice “*contrato*” oímos pues, al mismo tiempo, “*atra-co*”, noción con la que se comparan las formas actuales de contratación laboral.

Democracia, me gustas porque estás como ausente

También aquí la parodia deja oír tras lo dicho otro discurso relativo a un contexto diferente, que es en esta ocasión poético (“*Me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca...*”, Pablo Neruda, poema 15, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*), abriendo así paso a una conexión insólita entre el ámbito de la política y el de la poesía, aunque en este caso dicha conexión no devalúa directamente el ámbito de la política, sino que va más en el sentido de una evaluación irónicamente positiva (II.2) (“*me gustas*”) de la democracia realmente existente. En este contexto irónico, la relativización de la cualidad “*ausente*” mediante el adverbio “*como*” (“*como ausente*”) da a entender casi lo contrario, es decir una intensificación de la misma (“*muy ausente*”).

La variante

Me gustas cuando votas porque estás como ausente

resulta quizá más paradójica, sobre todo si se tiene en mente el verso de Neruda parodiado, puesto que “*cuando votas*” sería, de alguna manera, lo contrario de “*cuando callas*”. La interpretación de esta paradoja pasa por la neutralización de la oposición entre “*votar*” / “*callar*” y por el consiguiente cuestionamiento de la utilidad actual del voto.

Una forma de parodia es la caricaturesca, que (combinando II.3 y II.1) imita un discurso exagerando, al mismo tiempo, los aspectos que se trata de denunciar. Hemos visto más arriba cómo funciona este procedimiento en uno de los eslóganes insólitos de Mayo del 68: *Je t’aime!!! Oh!...* Entre las acciones humorísticas que utilizan sobre todo la parodia caricaturesca, destacan algunas parodias conocidas como la de los Billionarios “*for Bush (or Gore)*”: disfrazados de manifestantes “de derecha” (los hombres con esmoquin y sombrero de copa, las mujeres con collares de voluminosas perlas), los activistas gritan eslóganes caricaturescos a favor de Bush o de Al Gore como “*Dos millones de empleos perdidos. No es más que el principio*”, “*Votar a quien queráis. Los hemos comprado a todos*” o “*Let workers pay the tax, so investors can relax*” (*Dejad que los trabajadores paguen impuestos, así los inversores podrán relajarse*).

En los eslóganes de mayo del 68, resulta frecuente la parodia del discurso militante: “*Vibration permanente et culturelle*”, lema bajo el que resuena el discurso trotskista (revolución permanente) y la referencia a la revolución china (revolución cultural); un ejemplo muy semejante sería “*Récréation permanente*”; o también “*Millionnaires de tous les pays unissez-vous, le vent*

tourne”, que transforma el conocido “Proletarios de todos los países...” en una amenaza dirigida contra los millonarios: “... *uníos, el viento cambia de dirección*”.

Por último, cabe observar que no se utiliza de forma significativa, ni en los eslóganes del 15-M ni en los del 68, formas de humor como la I.3, que da lugar a efectos de absurdo (sin duda poco propicios para la crítica).

A modo de conclusión, diremos que el humor y el placer que genera tienen un importante papel en momentos de resistencia a la lógica del beneficio económico y permite combatir el sentimiento de impotencia ante el rodillo neoliberal y ante el conformismo social alimentado por el discurso dominante. La dimensión profundamente crítica del humor en los lemas del 15-M se alía con una connotación lúdica que mina el espíritu de seriedad. Frente a lo que en el lenguaje dominante se considera como “serio” y respetuoso del orden, frente a lo que según Bourdieu puede en ocasiones corresponder con una manera de tomarse uno mismo en serio y de tomar en serio el mundo tal y como es, identificándose sin distanciamiento alguno con el orden de las cosas, el antidogmatismo lúdico de movimientos como el 15-M o como Mayo del 68 puede considerarse como una toma de distancia que resulta ser lo contrario de la integración, ya que aparece como el rechazo de todo lo que hace participar del orden, es decir de todo aquello que nos integra en el mundo normal compartido por las gentes de orden (Bourdieu, 1984, p. 72).

María Dolores Vivero García es filóloga, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid y autora, entre otros trabajos, del libro *El texto: teoría y análisis lingüísticos* (2001). Ha dirigido la obra *Humour et crises sociales. Regards croisés France-Espagne*, Paris, L'Harmattan (en prensa).

Bibliografía citada:

- Baba, M. (2008) *Guerilla Kit. Ruses et techniques des nouvelles luttes anticapitalistes*. París: La Découverte.
- Bergson, H. (1993 [1901]) *Le rire. Essai sur la signification du comique*. París: PUF.
- Bichlbaum, A. y Bonanno, M. (2005) *Les YesMen. Comment démasquer l'imposture néolibérale (en s'amusant un peu)*. París: La Découverte.
- Bourdieu, P. (1984) *Homo academicus*. París: Minuit.
- Cabal, F. (2011) (ed.) *¡Indignados 15-M!*. Madrid: Mandala Ediciones.
- Freud, S. (1948 [1905]) “El chiste y su relación con lo inconsciente”. En *Obras completas*, vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 825-938.
- Les désobéissants (2010) *Désobéir par le rire*. París: Le passage clandestin.
- Pastor, J. (2011) “Indignación, legitimidad y desobediencia”. Disponible en: <http://www.cuartopoder.es/invitados/indignacion-legitimidad-y-desobediencia-civil/1529>, consultado el 15 de julio de 2011.
- Vie Sociale* (2010) “De l'humour et du rire dans le travail social”, 2.
- Viénet, R. (1968) *Enragés et situationnistes dans le mouvement des occupations*. París: Gallimard.

■ **En el mes de septiembre** hemos publicado textos con puntos de vista originales y críticos del “desorden global” existente, con una especial atención a las experiencias y debates de la izquierda anticapitalista, sobre:

■ **Libia, Egipto, Siria**, las movilizaciones estudiantiles en Chile, la crisis capitalista, el debate sobre el futuro del euro, la deuda, Dinamarca, Reino Unido, Israel-Palestina, el aniversario del 11-S, Francia, el libro póstumo de Daniel Bensaïd, el caso Strauss-Kahn...

■ **Cada mes**, el audio del Foro *VIENTO SUR* en *Traficantes de Sueños* (en septiembre, “La dación en pago es la solución. Luchas y reivindicaciones en torno al problema de la vivienda”).

■ **Cada quince días**, el boletín *VIENTO SUR* para suscriptores de la lista de correo.

www.vientosur.info

Vota y no te metas en política: Democracia y sistema electoral

Pablo Iglesias Turrión

“La democracia es un estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son de obra suya, actúa por sí mismo siempre que le es posible, y por sus delegados cuando no puede obrar por sí mismo”

Maximilien Robespierre, *Discurso ante la Convención Nacional el 7 de febrero de 1794*

La Democracia, tras la derrota de los fascismos y el éxito de las luchas de liberación nacional, se convirtió en el fundamento indiscutido de la legitimidad en política. Cualquier régimen, partido o movimiento social trata siempre de identificarse con la Democracia y no sólo en las áreas de cultura política euroatlánticas (como trataron de convencernos ciertos científicos sociales de régimen, escribas sentados de cuya capacidad de adaptación al poder -venga éste de donde venga- es buen ejemplo una parte de la politología española) sino en el conjunto del planeta, como demostraron las luchas de los pueblos colonizados, las protestas de los estudiantes chinos o, esta pasada primavera, los movimientos sociales en buena parte de los países árabes.

Además, la Democracia como concepto, como forma de gobierno o como cultura política no ha dejado ni un momento de ser una de las áreas más importantes para la reflexión de politólogos, filósofos, sociólogos e historiadores. Es también una cuestión aceptada que la representación de la voluntad o las voluntades del pueblo, a través mecanismos de elección de representantes, es condición necesaria para poder hablar de Democracia. Condición necesaria pero ni mucho menos suficiente, pues no hemos de perder de vista que los sistemas electorales son solo subsistemas de los sistemas políticos. La Democracia, antes que una característica del sistema electoral de que se trate, habrá de ser una característica de la organización del poder político que, para ser realmente democrático, no podrá renunciar a organizar la voluntad y el interés general en todos los ámbitos, incluido por supuesto el económico.

Déficit democrático. Salvo que aceptemos los argumentos liberales de que la Democracia es básicamente un mecanismo de selección de élites políticas cada cierto tiempo y que sus caracteres fundamentales son la división de poderes, la salvaguarda del derecho de propiedad, ciertas libertades civiles y, sólo últimamente, el sufragio universal y la existencia de varios partidos políticos (lo que conocemos como democracias representativas liberales tras la Segunda Guerra Mundial), tendremos que asumir que lo que comparten todos los regí-

menes políticos que la humanidad ha conocido, es un gran déficit democrático. La transferencia de poder por parte de los Estados nacionales a agencias supranacionales (el G8, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Unión Europea, la OTAN e incluso las agencias de calificación) por no hablar del poder político efectivo que ejercen las grandes corporaciones a través de *lobbies* y de otros dispositivos por definición antidemocráticos, no han hecho más que aumentar las dificultades para la democratización de nuestras sociedades.

Hay que tener todo esto presente a la hora de afrontar un análisis sobre el sistema electoral español en un momento tan especial como el presente, en el que el movimiento 15M ha situado en el centro del debate político en el Estado español la necesidad de una democracia real y ha planteado entre sus reivindicaciones la exigencia de una reforma del sistema de elección de representantes parlamentarios que vaya en la dirección de una mayor proporcionalidad que limite el bipartidismo asfixiante de nuestro sistema político.

Pero no detengamos la vista en el dedo y miremos hacia donde señala. Desde que los atenienses en el siglo V a.C. unieron los términos *demos* (pueblo; referido a los artesanos y a los campesinos) y *krátos* (poder o gobierno) para construir un régimen de poder diferente de la monarquía (gobierno de uno) y de la aristocracia (gobierno de unos pocos), ha habido diferentes experiencias que han avanzado en el reparto de poder entre los más. Éste es el sentido político de la Democracia como movimiento que reparte el poder quitándoselo a los que lo acaparan para repartirlo entre los que carecían de él.

Desde esta perspectiva es como se puede entender el significado democrático en la Historia de las revoluciones y de la extensión del sufragio, desde la Revolución Francesa (que arrebató el poder a los nobles y al rey para entregárselo al Tercer Estado primero y a una parte del pueblo después, en una segunda revolución, la de los *sans-culottes*, que inauguró el periodo más democrático de la Revolución, el de Robespierre, donde los *cordeliers*, el pueblo llano, de Marat y Danton luchaban por la instauración del sufragio universal masculino frente a la defensa del sufragio censitario de los girondinos, representantes de la burguesía de las provincias) pasando por la lucha del movimiento obrero por la extensión del derecho al voto en el siglo XIX, hasta las revoluciones anticoloniales que desafiaron el racismo constituyente de los sistemas políticos creados por los europeos.

La equívoca noción de dictadura del proletariado, que tanto ha desprestigiado al marxismo por su aberrante deformación en las dictaduras burocráticas de los regímenes del llamado socialismo realmente existente, aludía al carácter intrínseco de dictadura de la propia forma Estado. Sólo el ejercicio del poder por parte de los más (el proletariado) podía destruir la existencia de clases sociales y la estructura de poder desigual (antidemocrática) que generaba. Tenían razón los marxistas y los anarquistas al afirmar que la Democracia llevada a sus últimas consecuencias, implica la desaparición del Estado.

¿Vota y no te metas en política? Si decíamos que el debate sobre la Democracia va mucho más allá del debate sobre los sistemas electorales, lo mismo cabe decir de la participación democrática y el voto. Limitar la primera al ejercicio periódico del segundo es el mayor secuestro que puede hacerse de la Democracia, si la entendemos como derecho a la participación en los asuntos públicos. Por ello la Democracia sólo puede ser participativa; de otro modo estaríamos regalando, mediante un gesto no despreciable pero extremadamente limitado, nada menos que el ejercicio del poder a una élite, a los menos. No quiere ello decir que en la articulación democrática del poder no sean necesarias formas de representación y de delegación, como advertía Robespierre, pero limitar la participación política de los ciudadanos al ejercicio del derecho al voto cada cierto tiempo es una perversión de la Democracia.

La demanda del 15-M a propósito de la reforma del sistema electoral (en el sentido de una mayor proporcionalidad) no sería en sí misma una garantía de nada, aunque abriría la posibilidad de nuevos escenarios políticos que podrían favorecer una mayor participación de los ciudadanos de nuestro país en los asuntos públicos. Sin embargo no debe olvidarse que la Democracia va mucho más allá de la manera en que se vota. Se preguntaba Jean-Paul Marat, uno de los más demócratas de los revolucionarios franceses, de qué podía servir la libertad política a los que no tenían pan. Si algo hay detrás de la extensión de los derechos de participación política en la Historia, es la indignación de los que no tenían pan, pues sin indignados nunca habría habido Democracia.

Pablo Iglesias Turrión es profesor de Ciencia Política en la Universidad Complutense y miembro de la Fundación CEPS.

7 subrayados subrayados

Los libros de *VIENTO SUR*

Supongo que nuestras lectoras y lectores no se habrán extrañado que *VIENTO SUR* haya sacado su colección de libros. Es algo que encaja con la evolución de la revista y con las necesidades de los tiempos que estamos viviendo.

Al principio (1991), y durante mucho tiempo, éramos sólo una revista impresa. Luego vino la Web, para poder seguir más de cerca la actualidad. Más tarde llegaron los foros, las presentaciones y los debates. Y más recientemente el Boletín para informar de las novedades de la Web. Hicimos también acuerdos con editoriales amigas para editar libros patrocinados por la revista. Y ahora han llegados los Libros de *VIENTO SUR* gracias a la colaboración, el interés y el esfuerzo de la editorial La Oveja Roja.

Se trata de un esfuerzo grande y de una apuesta. Pero hemos creído que valía la pena intentarlo en los tiempos que corren, marcados por acontecimientos tan importantes como las revueltas árabes, el movimiento del 15-M y los estragos provocados por la mayor crisis capitalista posterior a la segunda guerra mundial. Porque son tiempos que exigen, sin duda, actividad, capacidad de iniciativa, movilización y organización. Pero también, al mismo tiempo, ideas, formación y debate en profundidad.

Para algunos temas la Web, la revis-

ta y los foros hacía tiempo que se habían quedado pequeños. Eran necesarios documentos más largos, mejor estructurados, capaces de un análisis en profundidad. En una palabra, necesitábamos libros.

Queremos editar libros que nos ayuden a comprender y a transformar el mundo en que vivimos. Escritos desde posiciones de izquierda alternativa, con una visión plural de la misma y que interesen a sus gentes. Libros que traten los temas a fondo, pero que se lean bien y se entiendan sin necesidad de ser especialistas. Y que, al mismo tiempo, sean económicos; lo cual implica que sean modestos en su edición y no demasiado extensos.

Ya han salido los dos primeros y nuestro proyecto es intentar editar seis cada año. Más abajo encontréis dos críticas de cada uno de los títulos. Esos cuatro comentarios, esperamos que motiven su lectura. Pero la continuidad del proyecto depende del apoyo que encuentren los libros: entre la gente de izquierda alternativa y, muy particularmente, entre las lectoras y lectores de la revista.

Por eso queremos pedir vuestra colaboración. No sólo para comprarlos y leerlos. Sino para ayudar a difundirlos, para hacernos llegar sugerencias sobre temas o mejoras en la edición y para criticarlos. Queremos pedir también vuestra colaboración para escri-

birlos: os agradeceremos que, si pedimos vuestra colaboración para un libro, la atendáis con el mimo cariñoso que lo hacéis con los artículos para la revista; y que nos propongáis libros para editar con la misma confianza y libertad con la que os dirigís a la revista.

La dirección para ponerse en contacto con el Consejo Editorial es: libros@vientosur.info
Sabemos que podemos contar con vosotras y vosotros. Y os lo agradecemos de antemano.

Martí Causa

El imposible capitalismo verde

Daniel Tanuro. *Los libros de VIENTO SUR y La Oveja Roja*. Madrid, 2011.

Comentario 1. Una solvente crítica al New Green Deal

¿Cuánto está dispuesto a gastar para evitar que 3.000 millones de personas tengan acceso a los recursos básicos que les garanticen la supervivencia? ¿Cuánto le parece razonable pagar para evitar una profunda crisis energética y minimizar los efectos del cambio climático?

El capitalismo se rige por la ley del valor basada en criterios de coste-eficiencia. Este criterio se presenta como racional y eficiente a todos los niveles y se erige como una ley natural, pero en realidad es tremendamente ideológico. De fondo sólo responde a una pregunta ¿qué merece la pena destruir para obtener un determinado beneficio?

En “*El imposible capitalismo verde*”, Daniel Tanuro realiza una solvente crítica a la viabilidad de un capitalismo compatible con el mantenimiento de la vida, aunque este se presente teñido de verde. Se trata de un libro importante en un momento en el que, ante la evidencia del desastre que ha supuesto sobre todo los últimos 200 años de productivismo, surge con fuerza un discurso que defiende la posibilidad de un capitalismo verde, un *Green New Deal* capaz de crear negocios lucrativos compatibles con la salud de los ecosistemas.

El capitalismo verde se postula como un sistema en el que los parámetros cualitativos, sociales y ecológicos pueden ser considerados espontáneamente por los numerosos capitales en competencia, desde el interior del propio sistema económico.

Tanuro desgana las bases que sostienen el modelo de producción capitalista: la producción al servicio del beneficio, la tendencia a la acumulación y la competencia entre capitales. Son estas premisas, junto con la ley del valor capitalista, las que impiden realizar el gasto necesario para rediseñar urgentemente el modelo productivo y energético protegiendo a las personas. En esta tarea la aplicación de la relación coste-beneficio capitalista no nos sirve. Hay que aplicar estos costes sin que conlleven necesariamente ningún tipo de retorno monetario.

Se trata de rediseñar el modelo energético hacia un sistema de renovables que se pregunte cuánta energía es necesaria y para qué. Se trata de reconvertir el conjunto del sistema de producción-distribución y consumo en virtud de las necesidades de todas las personas, teniendo en cuenta que no se puede presionar a la naturaleza por encima de su capacidad de renovación.

En el momento actual estos límites

biogeofísicos ya han sido superados y, por tanto es necesario reducir o decrecer el metabolismo físico en términos absolutos. Siendo conscientes de que en el planeta hay millones de personas que carecen de recursos básicos, resulta evidente que el mayor peso de la reducción lo deben soportar aquellos sectores de población que sobreconsumen, sobreproducen, se transportan o se iluminan en exceso.

Necesitamos que la producción esté ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción. En un planeta con recursos finitos la única posibilidad de justicia es la distribución de la riqueza y el freno a una acumulación inmoral que atenta contra la propia esencia del ser humano.

Por ello, tal y como señala Tanuro, no nos encontramos ante un problema meramente tecnológico, ni lo pueden resolver las ecuaciones de la economía neoclásica. Es un problema fundamentalmente político, que no podrán resolver unos gobiernos y estados que en muchos casos se han convertido en el brazo administrativo-legislativo-represor que opera al dictado de los mercados y sus dueños. Tanuro defiende el ecosocialismo como la vía política de escape del colapso al que nos dirigimos.

Sólo nos quedamos con un pequeño sabor amargo al comprobar la escasa integración que Tanuro hace en su obra de la crítica feminista al capitalismo. Una pena, sobre todo porque se trata de un enfoque enormemente potente del cual la ecología política, a mi juicio, no puede prescindir. Afortunadamente. El magnífico postfacio de Jorge Riechmann viene a paliar en parte esta importante carencia.

Yayo Herrero

Comentario 2. La única libertad posible

La publicación de *El imposible capitalismo verde* hay que agradecerla al empeño del director de La Oveja Roja, Alfonso Serrano, que convenció tanto al autor como a los miembros de la Fundación VIENTO SUR del interés y oportunidad de la edición de la presente versión en castellano.

El subtítulo del libro, *Del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista*, es una excelente presentación del contenido del mismo. Tanuro nos presenta una hoja de ruta clara, sistemática y racional para desbrozar el camino desde los pormenores científico-técnicos del principal reto global actual, el calentamiento atmosférico, de cuya magnitud nos hace conscientes a la vez que defiende la necesidad del “saber indispensable para la decisión” frente a la pereza intelectual que suele mostrar la izquierda ante los temas ecológicos, hasta desentrañar la naturaleza social y política de las causas de las emisiones de gases de efecto invernadero.

Para el autor el modelo energético, basado en las energías fósiles, está íntimamente ligado al modo de producción capitalista, por tanto el problema energético “*es estructural. (...) no es físico, sino social. El fondo de la cuestión es político*”. Tanuro ancla la voracidad energética a la ley del valor y a la tasa de beneficio de un capitalismo cuya existencia se basa en la explotación de sus dos fuentes de riqueza: la naturaleza y el trabajo humano. Por ello critica como ilusoria una salida “verde” del propio sistema capitalista ya que no es posible la “ecologización” del mismo –como también es imposible su “humanización”– respetando su

existencia. También disecciona las insuficiencias de las opciones decrecentistas, especialmente atentas a la reducción del consumo individual (absolutamente necesario en los países desarrollados) pero que no prestan la atención debida a la producción, o sea a la esfera colectiva, de un sistema, el capitalismo, basado en la producción generalizada de mercancías y que comporta sobreproducción y sobreconsumo –coexistente con el infraconsumo de millones de seres humanos- cuyo nudo gordiano hay que cortarlo en la esfera social productiva.

La propuesta ecosocialista, según Tanuro no es simplemente un enverdecimiento de las tesis socialistas, sino una nueva recreación teórica y programática que integra desde el primer momento la cuestión de los límites de la naturaleza. Para ello, desde la reivindicación que hace el autor de Marx, incluida la tesis de El Capital sobre el metabolismo social en la relación entre la humanidad y la naturaleza, también disecciona con rigor el “caballo de Troya” de la ecología de Marx: no haber dado importancia al análisis de las consecuencias de las energías utilizadas y no haber diferenciado entre las de stock (muertas y contaminantes como las procedentes del carbón y el crudo) y las de flujo (continuo) de las solares, limpias y renovables.

Presenta una batería de propuestas programáticas para la acción colectiva de los “productores” (las clases trabajadoras en tanto que tales) sin cuyo concurso no hay solución ni alternativa al capitalismo, que constituyen las piezas de la socialización, descentralización, planificación democrática y cambio de fuentes de energía, medidas entre las que incomprendiblemente no incluye una nueva fiscalidad ecológica, que significarían una nueva forma de abordar una política de contención, disminución y ahorro en el uso de la energía y los recursos naturales, incompatible con la pervivencia del capital. A modo de síntesis de su proyecto estratégico, el autor afirma en sus conclusiones taxativamente que “*el único socialismo posible es un ecosocialismo*”.

Especialmente brillante resulta la presentación de lo que denomina “cuatro pistas de trabajo” para integrar el socialismo en la ecología – ver páginas 193 a 196 de obligada lectura y discusión para las gentes revolucionarias- que permitan avanzar en “*la única libertad posible (...) que los productores asociados regulen racionalmente los intercambios de materia entre humanidad y naturaleza... en el respeto prudente de la complejidad de ésta*”.

Manuel Garí

Juan Andrade (1897-1981) Vida y voz de un revolucionario

Pelai Pagès, Jaime Pastor y Miguel Romero (eds.). *Los libros de VIENTO SUR y La Oveja Roja*. Madrid, 2011

Comentario 1. Lecciones de ayer para hoy

En los últimos años, distintos colectivos y fundaciones están haciendo un intenso trabajo para recuperar

nuestra memoria histórica. En concreto, el doblemente olvidado POUM ha sido objeto de investigaciones y publicaciones recientes, pasando por muchas figuras que van

desde Andreu Nin hasta Mika Echeverhe. Estos estudios y homenajes comienzan a arrojar verdad sobre los sucesos ocurridos antes, durante y después de mayo del 37; sin embargo, quizás nos estábamos dejando olvidado a un revolucionario destacable, que este libro da a conocer al lector/a: este personaje es Juan Andrade.

Cuando hablamos del POUM, siempre lo relacionamos con Cataluña o el Frente de Aragón, pero este libro nos recuerda que no solamente allí existía el POUM. A través de distintos escritos, el texto nos lleva directamente a la fundación del Partido Comunista, y su rápida degeneración; nos ilustra sobre la manera de trabajar del PSOE (formas que, dicho sea de paso, parecen no haber cambiado mucho); nos recuerda la importancia de la existencia del pequeño POUM madrileño, así como las tensiones internas que existían con respecto a la IV Internacional entre la gente del Bloque Obrero y Campesino e Izquierda Comunista. Por último, el libro ofrece una serie de escritos que llevan el testigo de Juan Andrade desde el proceso contra el POUM hasta la LCR, pasando por el análisis de todo lo ocurrido durante años comprendidos entre estos dos sucesos. Todo ello introducido y comentado por aquellos que tuvieron la suerte de conocerle.

Esta recopilación de textos abre una ventana que arroja luz sobre un periodista madrileño con una intensísima vida política. Esta gran selección nos da a conocer la vida política de este militante no tan recordado como otros. En mi opinión, cabe destacar tres hechos que el libro nos explica y de los que todavía podemos aprender: La necesidad del trabajo del POUM en Madrid, ya que la política del Estado pasaba en gran medi-

da por esta ciudad. En segundo lugar, las tensiones que no solamente se explicitaban entre Andreu Nin y Trotsky, sino que también existían dentro del propio seno de la militancia del POUM. Y por último, la posterior y casi eterna lucha y crítica que los militantes del POUM llevaron a cabo en un exilio en el que eran doblemente perseguidos, llevando incluso a Juan Andrade a enfrentarse a Pierre Broué.

Resulta por tanto inevitable recomendar la lectura de este libro con el que comienza la colección de Libros de *VIENTO SUR*; es un, libro que merece la pena ser leído con papel y lápiz al lado, por lo que aprendes de él. Como Juan Andrade dice en la carta publicada en el número 1 de la revista *Comunismo*, aunque adaptándola a nuestra época y a una colección de libros, mi deseo es que esta colección de libros sea tribuna de exposición de todos los marxistas revolucionarios/as que tengan algo que enseñarnos, como muy bien comienza haciendo “Juan Andrade (1897-1981) Vida y voz de un Revolucionario”.

Carlos Huerga

Comentario 2. El debate de Andrade con Broué

Desde finales de los años veinte, hablar de Juan Andrade es hacerlo también de María Teresa García Banús, de los que decir que, por el grado de sus afinidades, formaron un todo, y lo hicieron hasta el final. Situados en la sombra de los dos grandes líderes destinados –según el deseo expresado por Maurín- a presidir un equipo, Andrade desarrolló una obra propia, un ingente trabajo de reflexión teórica sobre la que esta recopilación nos ofrece una buena muestra.

Entre todos estos trabajos, seguramente el apartado más polémico sea el apartado *La revolución española y el POUM*. Se trata de una conferencia leída el 10 de enero de 1970 en el local del POUM de la rue Charenton de París, y en la que Andrade arremete contra las posiciones expresadas por la corriente lambertista, y más expresamente contra un acto organizado por esta corriente que, ulteriormente, fue recogido en un suplemento especial de *Etudes Marxistas* nº 7-8, París, 1969. Dicho acto dio lugar a un conflicto interno en el grupo exiliado, y tanto Juan Andrade (considerado como representante del sector “trotskista”) como Pere Bonet (“maurinista”), se habían negado a asistir. Es más, Andrade, criticó severamente a los que si lo hicieron como Wilebaldo Solano o el propio “Quique” Rodríguez, tan cercano a Juan.

Leyendo la edición del texto, pareciera como si el POUM, fuera el obstáculo “centrista”, término tomado de 1917 cuando las líneas de demarcación eran muy otras. En España la iniciativa la tenía una contrarrevolución armada “preventiva”, y el espacio revolucionario había sido ocupado por el anarcosindicalismo. La idea de Trotsky, según la cual de haber contado con sólo 500 militantes, los bolcheviques-leninistas podrían haber dado un vuelco a la situación en mayo del 37, era puro delirio. Ciertamente algunas de las críticas de Trotsky al POUM tenían bastante sentido, pero estos aciertos van acompañados por una visión “a vista de pájaro” en la que parece hablar en nombre de un “programa correcto” impuesto sobre unas circunstancias que le eran totalmente extrañas.

Con esta misma lógica, se podría haber juzgado la derrota de Oposición de Izquierdas frente a la burocracia (y Trotsky reaccionaba ácidamente con razón cuando le preguntaban cómo era que había perdido contra Stalin), en la Alemania prehitleriana o en la misma Francia de las “jornadas de junio” del 36, momentos en los que la izquierda revolucionaria trató de dar respuesta sin poder evitar que los acontecimientos les atropellaran durante varias décadas más. Por cierto, esta presunción sigue en el corazón de muchos grupos sectarios “auténticos”.

Como señala Pelai en su nota de presentación, Andrade y Broué pudieron más tarde poner las cosas algo más en su sitio. Pero lo cierto es que aquel acto lambertiano resultó ser una muestra de lo que se podía llegar a hacer en nombre de Trotsky y del “verdadero trotskismo”, aunque su lectura permite apreciar que el principal acusado no era el POUM, sino lo que ellos llamaban el “pablismo”, o sea la quintaesencia del virus “revisionista”. Así, aparte de los comentarios virulentos del tipo “traidores” y otras lindezas, alguien dice que a pesar de todo, el POUM era un partido obrero como Dios manda, y por lo tanto, muy distinto a los “revisionistas” que teorizaban aquello de la “periferia” (juventud radicalizada) al “centro” (movimiento obrero). En este texto, Andrade muestra una capacidad de elaboración crítica propia, en función de su conocimiento de los hechos y no en base a la palabra revelada (del clásico).

Pepe Gutiérrez

normas de edición

1. Todas las referencias bibliográficas irán dentro del texto (Alonso, 1970, p. XX o pp. XX-YY) **vinculadas a una bibliografía que figurará al final del texto según las normas siguientes:**

Libros, informes, tesis

Apellido, Inicial. (fecha) *Título en cursiva*. Lugar de edición: editorial.

Gallo, A. M. (2004) *Asesinato de un trotskista*. Oviedo: Madú Ediciones.

Capítulos de libros

Apellido, Inicial. (fecha) "Título del capítulo entrecomillado". En Inicial. Apellido (editores o compiladores: ed. eds. comp. comps.) *Título del libro en cursiva*. Lugar de edición: editorial.

Gowan, P. (2002) "The American Campaign for Global Sovereignty". En L. Panitch y C. Leys (eds.) *Fighting Identities: Race, Religion and Ethno-Nationalism*. Londres: Merlin Press.

Artículos en revistas

Apellido, Inicial. (fecha) "Título del artículo entrecomillado". *Revista en cursiva*, número o volumen, páginas.

Pastor, J. (2004) "Argumentos para un 'no' al Tratado Constitucional Europeo". *VIENTO SUR*, 78, 51-58.

Artículos de prensa

Apellido, Inicial. "Título del artículo entrecomillado". *Periódico en cursiva*, día/ mes/ año, página. El día se numera de 1 a 31; el mes se numera de 01 a 12.

Calvo, J.M. "El enemigo invisible". *El País*, 6/03/2005, pp. 23-24.

2. Sólo se admitirán notas a pie de página para textos complementarios del principal, de una extensión no superior a 500 caracteres. Se recomienda reducir todo lo posible el uso de estas notas.

3. Recordamos otras normas de edición vigentes:

-Nunca se utilizan negritas, subrayados o palabras en mayúsculas en el cuerpo de un artículo (con la excepción del nombre de la revista: *VIENTO SUR* que se escribe siempre en caja alta y con la primera palabra en cursiva).

-Nunca se utiliza dentro de palabras, sustituyendo al masculino o femenino, la arroba @ o el asterisco *.

-No se utilizan puntos para separar siglas: EE UU (y no EE.UU.). CC OO (y no CC.OO.).

-Las "cursivas" con comillas se utilizan exclusivamente para expresiones y frases literales.

-Las *cursivas* sin comillas se utilizan para títulos de periódicos, libros, películas, etc.; apodos; palabras en idiomas distintos al castellano, que no sean de uso aceptado;... o para destacar una palabra o expresión.

-Las palabras "entre comillas" en letra recta, según el uso en el lenguaje cotidiano (para expresar una distancia con el significado literal de la palabra).

-No se utilizarán las comillas llamadas "francesas": « »

-Los corchetes [] sólo se utilizan para notas de la redacción.

-El formato de fecha es 9/04/2005.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

C/ Limón, 20. Bajo ext. dcha. • 28015 Madrid • Tel y Fax: 91 559 00 91

Correo electrónico: vientosur@vientosur.info

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ País / Estado _____
Teléfono _____ Móvil _____ Fax _____
Correo electrónico _____ NIF _____

SUSCRIPCIÓN NUEVA SUSCRIPCIÓN RENOVADA CÓDIGO AÑO ANTERIOR

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 NÚMEROS)

ESTADO ESPAÑOL 40€

EXTRANJERO 70€

SUSCRIPCIÓN DE APOYO 80€

MODALIDAD DE ENVÍO

ENTREGA EN MANO

ENVÍO POR CORREO

MODALIDAD DE PAGO

TRANSFERENCIA (*)

DOMICILIACIÓN BANCARIA

DATOS BANCARIOS para INGRESO POR TRANSFERENCIA

Banco Santander. C/ Lehendakari Agirre, 6. 48330 - Lemoa (Bizkaia)

Número de cuenta: **0049 // 3498 // 24 // 2514006139** - IBAN: **ES68 0049 3498 2425 1400 6139**

DOMICILIACIÓN BANCARIA - AUTORIZACIÓN DE PAGO (datos del titular de la cuenta)

Apellidos _____ Nombre _____
Calle _____ Nº _____ Escalera _____ Piso _____ Puerta _____
Localidad _____ Provincia _____
Región/Comunidad _____ C.P. _____ NIF _____

ENTIDAD _ _ _ _ OFICINA _ _ _ _ DÍGITO CONTROL _ _ _ _ NÚMERO CUENTA _ _ _ _ _

Fecha: _____ Firma: _____

Observaciones: (*) Comunicar los pagos por transferencia por medio de un correo a: vientosur@vientosur.info indicando oficina de origen, fecha y cantidad transferida.



Foto: Cynthia González

*“...un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York